

calibrite

colorchecker classic

APUNTES
DE
PSICOLOGÍA CIENTÍFICA

POR
José Verdes Montenegro y Montoro

catedrático del Instituto General y Técnico de Alicante.



TERCERA EDICIÓN

Dep
2229

MADRID
IMPRESA DE FELIPE PEÑA CRUZ
Calle de Pizarro, núm. 16.
1911

100mm

VERDES
MONTENEGRO

PSICOLOGIA
CIENTIFICA

10 P1

7081

BIBLIOTECA
PROVINCIAL Y DEL INSTITUTO
DE GUADALAJARA.

Estante

Tabla

Número de la tabla

21-IV-64

*Est

*Tab

*Núm

10-V-64

411002266

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura.

de pro
or cac

6

APUNTES

DE

PSICOLOGÍA CIENTÍFICA

POR

José Verdes Montenegro y Montoro

catedrático del Instituto General y Técnico de Alicante.



TERCERA EDICIÓN

Rep
2224

MADRID

IMPRESA DE FELIPE PEÑA CRUZ

Calle de Pizarro, núm. 16.

1911

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósi-
to que marca la ley.

Preliminar de la tercera edición.

Cuando publiqué la primera edición en 1902 decía: «He procurado reflejar la cultura moderna en la materia, no repetir una enseñanza arqueológica; aunque forzoso ha sido adaptarme en algo á la tradición docente». Con tales palabras quería indicar, y más aún sugerir, cómo el libro marcaba una dirección nueva entre nosotros y, al mismo tiempo, mi deferencia á lo que era acostumbrado en nuestra enseñanza al prescindir de ciertas innovaciones en la forma de exposición que pudieran hacer más chocante é hiriente el contraste entre la moderna manera de considerar la Psicología con independencia de toda Metafísica—por ende, de todo criterio de escuela—, basándose tan sólo en la observación y el experimento.

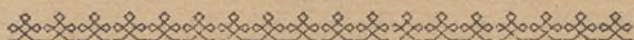
Era esta mi actitud un modo prudente de expresar cómo en mi mente había un más allá que dejaba en cierto modo en silencio—no del todo—para que el tránsito entre lo antiguo y lo nuevo, á que aspiraba, pudiera más fácilmente efectuarse. Por eso, hasta siempre que pude vacié mi pensamiento en una expresión ya admitida.

Por lo mismo, no siéndome ajeno, desde tiempo, aquel atisbo genial de Aristóteles que comparaba la distinción del alma y el cuerpo á la línea curva, ya cóncava, ya convexa, según el punto desde que se la mira—pensamiento que trajo á luz modernamen-

te Bain en su obra El espíritu y el cuerpo, y que á mi entender constituye el embrión de la concepción actual de Wundt, expuesta primero en el primer número de su revista Estudios Filosóficos y, más tarde, en la introducción de su Compendio de Psicología—, preferí apoyarme en la distinción vulgar de lo animado y lo inanimado, y en la precientífica que distingue los fenómenos psíquicos de los fisiológicos, según que éstos tienen ó no forma consciente, y, en cambio, mostrar los fenómenos psíquicos en toda ocasión, más bien como procesos que derivan de otros procesos, que cual emanaciones de particular substancia. En cuanto á la teoría de las facultades, si por la construcción de la obra en tres secciones, en que trataba de las representaciones, de las afecciones y de las acciones, parecía recordarlas, bien claramente manifestaba en su lugar correspondiente cómo ello no era sino modos de ver nuestro, pues en la realidad no se daban aparte.

Yo hubiera deseado que mi modo de pensar tuviera expresión más adecuada en esta edición, renovando por completo la forma de exposición y purgándola de ciertas remembranzas; pero he aquí que una demanda perentoria é inusitada de la obra me obliga á servirla á los lectores como estaba y sin otra modificación que la de mejorar la expresión, aclarar y ordenar más convenientemente la exposición de la materia y ampliar y completar alguno de los asuntos tratados.

Madrid, Agosto de 1911.



PSICOLOGIA CIENTIFICA

Introducción.

Origen de las ciencias.— Algunos, mirando á su propio espíritu, consideraron ya la admiración de la naturaleza, ya la curiosidad ó deseo de conocer las cosas, ya el gozo ó deleite que el saber proporciona, como causas del origen de las ciencias. Mas teniendo presente que los hombres de los pueblos más atrasados, como los incultos de nuestras sociedades, y aun los niños, cuya constitución mental recuerda la de los primitivos, no se sienten movidos por tales estímulos, sobre todo de un modo permanente, no podrán admitirse como válidas semejantes afirmaciones.

La raíz de la ciencia es mucho más profunda y robusta. El hombre, ser de necesidades, se ve impulsado á satisfacerlas, y para ello ha menester conocer los medios adecuados para el logro de sus fines. Ahora bien; en contrario á cuanto en la actualidad acontece, en que, en general, vemos cómo el conocimiento preside á la acción,

primitivamente el hombre actúa, aun sin conocer, por una especie de instinto, y, tanteando las condiciones en que se encuentra, el éxito favorable ó adverso de su acción le enseña; esto es, de la acción deriva primariamente el conocimiento de las cosas. Como de diminuta semilla brota árbol corpulento y frondoso, así en la historia, de la simple acción surge la delicada trama de las construcciones científicas modernas.

De consiguiente, fué el acicate del hambre y de la sed, del frío y del calor; fué el espolero perentorio y continuado de las múltiples exigencias de la vida social los que dieron origen á las ciencias.

Cazadores primero y ganaderos luego, aprendieron á conocer las costumbres y tretas de los animales para cobrar su presa ó para domesticarlos; los navegantes observaron las posiciones y movimientos de los astros para que les sirvieran de guía; el labrador se dió cuenta del ritmo de las estaciones y de las condiciones más generales de la vida de las plantas para llevar á cabo sus cultivos. Sólo á tal precio era posible la existencia de los humanos. Y cuanto ocurriera en los primitivos tiempos aconteció después y acontece al presente: la necesidad estimula y guía al hombre. Así, la inclinación moderna de aprender lenguas extrañas, cada vez más difundida, deriva del más rápido y frecuente contacto entre los pueblos y de la exigencia consiguiente de tener que entenderse y fraternizar entre sí. De igual suerte, el auge y hasta nuevo rumbo del estudio de la Psicología responde á la mayor cooperación social establecida entre individuos de distintas razas, edades, sexos, condición so-

cial, etc., y al natural deseo de no caminar á ciegas en lo tocante á la conducta social: la educación del niño, la elección de profesión, el acertado consorcio familiar, el tratamiento racional del loco y el delincuente, el gobierno de los pueblos...

Testimonio de valor en apoyo de cuanto decimos, lo encontramos también en la etimología de las voces que sirvieron para dar nombre á la mayor parte de las ciencias particulares. Así, la palabra Geometría indica medición de la tierra; Aritmética significa contar; Mecánica, de las máquinas; Botánica, de los forrajes. Por tanto, la dirección utilitaria y práctica de las ciencias ha dejado su huella en el lenguaje (1).

Ahora bien, si de la necesidad nace la ciencia y á su satisfacción por tanto se encamina, es decir, si constituye una labor profundamente *interesada*, ¿cómo se nota, andando los tiempos, que precisamente aquellos conocimientos más lejanos, en apariencia, de toda utilidad, sean los que un día irradian más viva luz para la práctica? ¿Cómo tantos sabios trabajan al presente sin otra mira que el descubrimiento de la pura verdad, la más desinteresada? Y, sin embargo, por ejemplo, de los *desinteresados* trabajos de un Pasteur respecto á las fermentaciones, ¿deriva profunda modificación en la Veterinaria y en la Medicina?

(1) El vulgo no distingue los hombres de ciencia, según la diversa ciencia que cultivan sino en atención á la profesión que ejercen: el albeitar es quien sabe de animales, el labrador ó jardinero quien conoce las plantas, el médico el enterado del cuerpo humano y su funcionamiento, el astrólogo quien de los astros induce el destino de los hombres, etc. Sea dicho entre paréntesis, eso de las influencias de los astros en nuestra vida no es un disparate sin sustancia; reflexi6nese cómo el curso del tiempo — días y noches, lunas y estaciones, etc. —, determina nuestras ocupaciones y modo de vivir. Lo cual no niega que de cosas racionales se haya pasado á otras irracionales.

Es que el hombre, en el transcurso de la Historia, dióse cuenta de que la verdad, un momento sin fruto, lo da mañana—un mañana cada vez más lejano—y también que la imparcialidad y desinterés en indagarla es condición precisa para hallarla más fácilmente. De ahí esta paradoja: que el *desinterés científico*, es decir, la despreocupación en la investigación del fin que se persigue, constituya el más alto *interés* del científico.

Conocimiento vulgar y conocimiento científico.—Muchos creen que la Ciencia difiere *por completo* del saber ordinario y que los procedimientos ó métodos para llegar á la verdad difieren totalmente para el saber vulgar y el científico.

Algunos llevan tal disparidad hasta el punto de suponer que el hombre de ciencia posee un cierto don ó naturaleza especial, y creen que su ciencia más es producto de semejante privilegio que de la paciente perseverancia. Pero nada menos exacto; la verdad está abierta á todos y no hay varios modos de alcanzarla.

Sin embargo, entre el conocimiento científico y el vulgar existen diferencias. El vulgo, como el niño y el hombre primitivo—aguijoneados por la necesidad del momento, ó preocupados por la aplicación inmediata que se proponen hacer de lo sabido—, dirigen una mirada superficial sobre las cosas y no se cuidan de fijar sino las más directas relaciones entre las mismas; en cambio, el científico, libre de toda exigencia perentoria, imparcial y desinteresado respecto del resultado, atiende más profundamente á los hechos, amplía la observación mediante el experi-

mento y procura fijar hasta las conexiones más remotas que puedan existir entre los mismos, á fin de llegar á formular sus leyes.

Muestra de la superficialidad del vulgo es su creencia de tomar á la ballena por un pez y al murciélago por un ave, en atención á que el aspecto y género de vida más notables de tales animales les asemeja á los verdaderos peces y aves. Ejemplo de su descuido en apreciar las relaciones de los hechos lo tenemos, en cómo no le cabe duda de la causa de la muerte cuando ésta proviene de una lesión accidental (golpe ó herida), y cómo, en cambio, la ignora é incurre en error cuando supone á la enfermedad producto de hechizo.

Mas no por eso sería razonable desdeñar el conocimiento vulgar; pues aparte de constituir la base y el obligado precedente de las Ciencias, en numerosos casos el conocer vulgar forma gran parte del contenido de las mismas (1).

De lo dicho resulta: 1.º, que el conocimiento vulgar es superficial, aislado é impreciso, y el conocimiento científico, profundo, sistemático y exacto; 2.º, que las verdades del saber vulgar, como producto de una observación limitada á los casos particulares y á las conexiones más cercanas de los hechos, son de corto alcance; en tanto las verdades á que llega el saber científico, como derivadas de la más amplia experiencia, siendo generales, tienen muy gran alcance.

Saber propio y saber ajeno.—Como todas las grandes obras, la Ciencia no es producto de

(1) Muchas veces los conocimientos del vulgo son los de antiguos sabios.

un hombre solo, por grande que sea, sino labor secular y colectiva de las generaciones. Así, nuestra ciencia contemporánea que, á veces enorgullecidos, estimamos únicamente cual obra nuestra, representa el acúmulo inmenso de experiencia de todos los hombres que viven y vivieron sobre la Tierra, en todo pueblo y en toda época, y, por tanto, en pequeña medida se debe á los contemporáneos. Y nuestro saber que, en ocasiones locamente pretendemos proviene no más de nuestra propia experiencia, es el fruto de innúmeras gentes y, por consiguiente, de bien poco podemos vanagloriarnos como nuestro.

Mas si modesto resulta el trabajo de cada generación y de cada hombre en particular—así sea el genio—cuando se les considera aisladamente, necesario y valioso aparece el más humilde esfuerzo cuando se le mira como elemento de la obra colectiva.

De consiguiente, todos y cada uno podemos y debemos contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, al incremento y perfección del saber, mas no abriguemos la insensata pretensión de pensar que todo cuanto sabemos, como cuanto somos, lo debemos á nosotros mismos y sintamos gratitud hacia todos aquellos que, merced á su sagacidad y perseverancia, nos prepararon el bienestar material y moral de que disfrutamos al presente.

Ciencia y Arte.—En general, todo conocimiento es Ciencia como toda acción es Arte. Hacer para saber, saber para hacer, he aquí todo el campo de la actividad mental del hombre. De

tan fundamental diferencia derivan otras que conviene señalar.

En la Ciencia se trata de conocer los hechos ó fenómenos á fin de descubrir sus leyes, ó sea la manera regular y constante como se nos manifiestan. En el Arte se trata de predisponer ciertos hechos para que se den otros: de combinarlos para obtener un resultado propuesto.

La Ciencia se inspira en *lo que es*; el Arte, en *lo que debe ser*. De ahí que la ciencia sea *impersonal*, esto es, presente los hechos tal cual son, sin preocuparse de si son buenos ó malos, feos ó bellos, útiles ó inútiles. Por eso, al científico le es igual la cizaña que el trigo, el deforme sapo que la bella mariposa, la grandeza del hombre ó la nimiedad del infusorio. En cambio, el Arte siendo *personal*, no se concibe sin que el artista seleccione el material de la experiencia y lo informe según su gusto ó conveniencia, mirando ya á satisfacer las necesidades materiales de la vida, ya á proporcionar el deleite del espíritu (1). Para evidenciar estas diferencias compárese la Fisiología con la Medicina, la Botánica con la Agricultura, ó la Acústica con la Música.

Ahora bien; aun cuando diferentes Ciencia y Arte, saber y hacer, teoría y práctica, ambos están tan estrechamente unidos, que no van uno sin otro. Por lo cual pretender que la práctica puede prescindir de la teoría ó ésta de aquella, es locura.

Porque, «¿qué es la práctica sin la teoría? Una rutina. ¿Pero y la teoría sin la práctica? Una es-

(1) La diferencia de finalidad marca la distinción entre Industria y Bellas Artes.

peculación sin verificación, que puede degenerar en una especie de *diletantismo* y, á veces, de misticismo.»

«Por eso—dice Berthelot—insensato el teórico que se encerrase en la soledad egoísta de los sistemas, «afectando desdeñar las aspiraciones incesantes de la Ciencia á la civilización, á la riqueza y á la felicidad de los pueblos». Pero no menos insensato el práctico que, «satisfecho con los conocimientos de nuestros antepasados, se inmovilizara en su admiración conservadora y tradicional, rehusara dilatar y transformar los procedimientos de su industria, de modo que se mantenga cada día al corriente de la teoría más nueva y más refinada» (1).

La teoría se transforma constantemente en práctica, y la práctica conduce á la teoría. Con justa razón ha dicho Roller Collard: «En querer prescindir de la teoría hay la pretensión excesivamente orgullosa de no estar obligado á saber lo que se dice cuando se habla y lo que se hace cuando se obra.»

Ciencia es previsión y poder.—Si los hechos constituyen la base de las ciencias, determinar las leyes de tales hechos son su cima. Ahora, es de notar cómo las leyes de los fenómenos, al mostrarnos la mutua dependencia existente entre los mismos, lo hacen de un modo *atemporal*, valga la palabra. Así, al decir: el calor dilata los cuerpos; se expresa, no sólo cuanto acontece al presente, sino cuanto aconteció en el pasado y acontecerá también en lo porvenir.

(1) FOUILLÉE, *Le mouvement positiviste et la conception sociologique du monde.*

De consiguiente, en toda ley se implica una anticipación ó profecía, la cual nos hace prever lo venidero. Por eso, á medida que avanza la civilización se desarrolla nuestra previsión, en función de la mayor ciencia adquirida. Por eso, conocedores de las leyes de los eclipses, podemos vaticinar al presente, con una anticipación de siglos, cuantos eclipses presenciaron las generaciones futuras cuando ya la nuestra haya desaparecido y ni aun memoria acaso quede de ella. Por eso, sabiendo que los estímulos de intensidad media causan placer y los de intensidad máxima ó mínima producen dolor á todos los seres vivos, podemos predecir lo que ocurrirá á un animal cualquiera en presencia de tales ó cuales estímulos.

Mas, si el hombre prevé cuanto ha de suceder; unas veces, le será posible evitar los daños que le amenacen ó se aprovechará de las coyunturas que le fuesen favorables; y, en otras ocasiones, si está en su mano poner determinadas condiciones, podrá producir, disminuir, retardar ó anular á voluntad ciertos efectos, según le convinieren. No otra cosa representa la utilización del barómetro para librarse del naufragio, el aprovechamiento de la fuerza del viento como motor, el valerse del conocimiento de la ley de herencia para producir un nuevo tipo de plantas ó animales, etc.

El filósofo inglés Bacon, acaso el primero, expresó, por modo maravilloso, tales pensamientos cuando escribió:

«El hombre servidor é intérprete de la Naturaleza no extiende sus conocimientos ni su acción sino á medida que descubre el orden natu-

ral de las cosas, ya por la observación, ya por la reflexión; fuera de esto, nada más sabe ni nada más puede. La ciencia y el poder del hombre se corresponden y van al mismo fin. La ignorancia de la causa nos priva del efecto, pues no se puede vencer la Naturaleza sino obediéndola, porque lo que es principio, efecto ó causa en la teoría, deviene regla, fin ó medio en la práctica» (1).

En efecto, tanto se sabe tanto se prevé ó se puede, é ignorancia y error señalan el límite de la imprevisión y la impotencia. Y por eso, cuanto más ignorante individuo, pueblo ó raza tanto más impotente se ofrece ante las fuerzas naturales ó el poder de otros más cultos.

Inspirándose en tales pensamientos de Bacon, el gran fisiólogo francés Claudio Bernard nota, cómo las ciencias de observación (la Astronomía, la Meteorología, etc.), ciencias *contemplativas* de la Naturaleza, no pueden conducir sino á la *previsión*; en tanto que, las ciencias experimentales, ciencias *explicativas*, llegan á ser *conquistadoras* de la Naturaleza (2). Y añade en otro lugar:

«La civilización moderna conquistando, por la ciencia, la naturaleza inorgánica y la naturaleza organizada, se encuentra colocada en nuevas condiciones, enteramente desconocidas de las civilizaciones antiguas. La Humanidad parece haber comprendido al presente que su fin no es ya la contemplación pasiva, sino el progreso y la acción. Estas ideas penetran más profundamente de día en día en las sociedades, y el papel activo de las ciencias experimentales no se limita

(1) *Novum Organum*, I, I.

(2) De la *Physiologie générale*, pág. 187 et passim.

á las ciencias físico-químicas y fisiológicas: se extiende hasta las ciencias históricas y morales. Se ha comprendido que no basta permanecer espectador inerte del bien ó del mal, gozando del uno ó preservándose del otro. La moral moderna aspira á una función más elevada: investiga las causas, quiere explicarlas y obra sobre ellas: quiere, en una palabra, dominar el bien y el mal, hacer nacer al uno y desarrollarlo, luchar contra el otro para extirparlo y destruirlo... Es una tendencia general, y el soplo científico moderno es eminentemente conquistador y dominador» (1).

LECCIÓN 1.^a

De la Psicología.—Como todo organismo, la Ciencia una, se diversifica, con el tiempo, en ciencias particulares, bien por razón del distinto objeto que investiga, bien por el diferente modo como lo considera. Dicho en otra forma, distinguiéndose las ciencias por su objeto—éste puede ser una cosa ú objeto natural, ó un particular aspecto de las cosas ú objeto formal. La Zoología, la Botánica ó la Mineralogía estudian respectivamente los animales, los vegetales ó los minerales, seres existentes por sí mismos, objetos reales; la Morfología, la Fisiología, se ocupan de propiedades ó aspectos especiales de los seres naturales, de la forma, de las funciones de los mismos. La Psicología en cuanto ciencia del

(1) *La Science experimental.*

alma, según la indicación etimológica del vocablo, se asemeja á las últimas citadas, pues se ocupa únicamente de un aspecto de los seres vivos; su objeto, pues, no es *real*, sino meramente *formal*.

La experiencia vulgar atribuye un alma á todo ser vivo, principalmente á los animales. Cuando se ve un ser inmóvil que no sufre modificación alguna ante un estímulo cualquiera exterior, decimos que está muerto ó no tiene alma. Así, pues, ser capaz de sentir y de moverse por sí propio, es señal de vida y de alma.

Ahora, así como el físico al comenzar su estudio no se pregunta qué sea la materia, ni el geómetra qué sea el espacio, la Psicología, en sus comienzos, ni puede ni debe definir el alma.

El hombre: cuerpo y alma.—El vulgo distingue en el hombre, como en cualquier animal, un cuerpo y un alma, esto es, algo pesado é inerte que ocupa un lugar en el espacio, y algo impalpable, etéreo é invisible que anima ó presta movimiento al cuerpo (1). Sea lo que fuere, lo cierto es que al pretender indagar en qué consiste uno ú otro, notamos la imposibilidad de formar ideas de ellos, en sí mismos, y que sólo podremos comprenderlos, acaso, atendiendo á sus manifestaciones ó fenómenos.

Se ha de advertir que esto no constituye una

(1) «En todos los órdenes de la experiencia humana hay ciertos conceptos que la Ciencia encuentra completamente formados antes de comenzar su obra... El alma, el espíritu, la razón, el entendimiento, etc., no son sino conceptos existentes antes de toda psicología científica... Ahora, nosotros consideramos el alma, previa y únicamente, como el *sujeto lógico* de la experiencia interna; y esta interpretación, resultado directo de la formación de los conceptos operados por el lenguaje, queda purgada, mientras tanto, de esas adiciones de una metafísica prematura que, en todas partes, la conciencia natural introduce en los conceptos por ella creados.»—WUNDT, *Elements de Psychologie physiologique*, introducción, págs. 8 y 9.

especialidad del caso, pues lo mismo ocurre, en general, con el conocimiento de todo objeto; por ejemplo: la electricidad la desconocemos en sí misma, y únicamente tenemos idea de ella por sus fenómenos ó por los modos en que opera. Un cuerpo, para nosotros es un conjunto de propiedades, y un alma una suma de fenómenos.

Atendamos, pues, en primer término, á los fenómenos que todo hombre nos ofrece, y distingamos, si es posible, sus diversas maneras de ser, para ver si ha lugar á distinguir el objeto propio de nuestra ciencia.

Fenómenos fisiológicos y psicológicos.—

La observación atenta nos hace reconocer en el hombre fenómenos, por ejemplo, cual la digestión y un dolor, cual la contracción muscular y una intención, que en nada se parecen. En efecto los momentos de la digestión, notoriamente, se ofrecen como una serie de posiciones ó cambios de la materia, mientras el sentir no se presenta como cambio material alguno. Asimismo, no nos cabe duda de cuál sea la parte en que la digestión se efectúa, en tanto sentimos *no sabemos dónde*. Además—y en esto estriba la mayor diferencia entre unos y otros fenómenos del hombre—de la digestión, de la respiración, de la circulación... no tenemos noticia directamente, sino mediante el empleo de los sentidos, y una vez estamos ya capacitados para semejante observación: de que sentimos placer ó dolor, de que deseamos é ideamos... nos damos cuenta inmediatamente y sin ningún aprendizaje. Por eso, que el hombre imagina, que intenta, que razona... lo sabe de siempre; mas que circula la san-

gre por sus venas no lo supo hasta Harvey. Y es que unos hechos van acompañados de conciencia y otros no.

En suma: hay fenómenos del hombre que se caracterizan por ser cambios materiales, ser localizados y no concientes, tales los fenómenos corpóreos ó fisiológicos; en tanto hay otros que no aparecen como materiales, ni localizados y son concientes, cuantos denominamos psíquicos ó atribuimos al alma.

Observación interna y observación externa.—Si toda ciencia se funda en la percepción de los hechos á que se refiere y acabamos de ver cómo los fenómenos psíquicos son hechos concientes de que sólo puede tener noticia *directa* aquel en quien se producen, tendremos que la Psicología para constituirse ha de partir necesariamente de la observación de la propia conciencia, pues nadie más que el mismo sujeto es capaz de conocer su interior.

Este género de observación se adjetiva interior para diferenciarla de aquella otra que se refiere á los hechos exteriores ó que se dan fuera de nuestra conciencia, y que encuentra su aplicación en todas las demás ciencias. La observación interna, el examen de conciencia ó introspección, que de todos estos modos se señala dicho método, versa, ya sobre el estado de conciencia en el momento mismo en que el fenómeno observado se efectúa, ya sobre su recordación ó evocación, una vez realizado.

Conviene notar, saliendo al encuentro de cualquier duda que pudiera suscitarse, que los hechos de conciencia—sentimientos, emociones,

ideas, ficciones, deseos, propósitos, etc. —son tan reales como puedan serlo otros cualesquiera, sobre los cuales investigan las demás ciencias. Aparte de que, al afirmar un hecho de los que se tienen por más objetivos, en rigor, no se hace otra cosa que declarar cuál es el estado de nuestra conciencia producido por su presencia.

El método introspectivo fué practicado en todo tiempo; pero si en remotas épocas lo usaban sin darse cuenta de lo que hacían, después llegó á emplearse intencionadamente.

Ahora bien, se ha de reconocer que la observación interna no puede informar al sujeto sino de cuanto acontece en su interior y que sin alguna perspicacia del observador sólo pueden conocerse, por decirlo así, los fenómenos más globales.

De ahí, que por mucho tiempo, en tanto los psicólogos de profesión se valieron únicamente de ese método, la Psicología se limitó á ser, como dice Maudsley, el conocimiento del alma del hombre blanco, adulto, civilizado y versado en el método de la introspección (1), pues la observación interna nada podía decirnos de los fenómenos mentales del niño, del salvaje, del loco ó del criminal, y mucho menos de los tocantes al alma de las muchedumbres ó de los pueblos. Por otra parte, si la introspección bastaba para fijar los estados de conciencia y hasta el orden y enlace en que se producen, evidentemente resultaba

(1) «La psicología oficial ha prescindido en su cuadro, no solamente de todos los animales, excepto el hombre, omisión á la cual la condenaba con anterioridad su método, sino también de todas las razas inferiores; en lugar de ser la ciencia de los fenómenos internos, tal cual existen en la Naturaleza, no es sino la expresión de la conciencia compleja de un hombre blanco, civilizado y versado de larga fecha en su método (de la introspección).»—MAUDSLEY, *Physiologie de l'esprit*, página 19.

ineficaz para explicar la conexión entre los hechos de conciencia y, entre éstos y los del mundo exterior.

Por donde la Psicología obtenida mediante la observación de la propia conciencia quedaba reducida á una Psicología meramente *descriptiva*; pero en modo alguno *explicativa*.

Mas, fuera de la órbita trazada por los psicólogos de profesión—é introduciendo furtivamente, á las veces, en la labor de éstos el fruto de sus experiencias—, el común de los hombres hacía uso de otro procedimiento para conocer el alma de sus semejantes, y aun el alma de las bestias; el que hoy seguimos practicando en el trato de gentes.

En efecto, nótese lo que hacemos. Apenas vemos ó nos presentan un individuo, nos fijamos en sus ademanes, en sus gestos, en sus palabras... y por sus manifestaciones nos formamos idea de si es pacífico ó violento, astuto ó ingenuo, bondadoso ó malvado, torpe ó listo; en una palabra, llegamos á conocer, más ó menos, su alma.

¿En qué se funda tal modo de investigar? Tan sólo en esto: nosotros sabemos que cuando estamos tristes, lloramos; que cuando alegres, reímos; que los movimientos del apático son lentos; y los del violento, rápidos... En suma, que cada estado de nuestra conciencia se revela al exterior de alguna manera.

Ahora, si esto nos pasa á nosotros, no será arbitrario pensar acontece lo propio á los demás, es decir, que las manifestaciones de otros seres revelan su interior, que sus actos traducen sus estados de conciencia.

Esto reconocido, varias consecuencias de gran importancia nos son manifiestas. En primer lugar, contamos con un medio para penetrar en la conciencia de otro y efectuar su examen más fácil y copiosamente; después, desde el momento que la Psicología adopta tal método, se coloca en el plano de las demás ciencias, las cuales se constituyen, á partir de la observación y aun del experimento; y, por último, en lugar de ser la Psicología la obra de un hombre más ó menos genial, se convierte, como el resto de las ciencias, en una obra de todos.

Semejante método, acogido por los psicólogos modernos, constituye al presente el más extensamente aplicado á las investigaciones psicológicas. Y la cosecha científica por él obtenida ha sido incomparable. Natural, así haya sucedido. De un lado, la inferencia aplicada á nuestros semejantes, trasladada gradualmente á nuestros desemejantes, ha permitido estudiar el estado mental del niño, del salvaje, del hombre anormal y aun de todos los animales. De otra parte, considerando que el hombre, no sólo exterioriza su alma de un modo efímero y fugaz, por obra del lenguaje (en su más amplia acepción), si que también plasma su espíritu de un modo permanente en aquellas concreciones materiales producto de sus manos, nos es posible adoptar como material constructivo para la Psicología, los mitos, las lenguas y las costumbres, los conceptos y teorías científicas, las obras del artista y, en general, todo producto de la labor humana. Y en tal sentido aun la Historia entera, haciendo presente lo

pasado, resulta fuente preciosa en enseñanzas para la Psicología (1).

No he de terminar este punto sin que haga dos observaciones. Teniendo presente que fundamentalmente los fenómenos psicológicos sólo pueden conocerse *directamente* por la conciencia, resulta evidente que la primera condición para la observación externa es la introspección; pues, como dice Sully, «El tratar de descubrir los fenómenos mentales y sus leyes tan sólo por la observación de los signos externos y los efectos de los pensamientos, sentimientos y voliciones de otras personas, sería simplemente absurdo; pues estas manifestaciones externas, en sí mismas, son tan vacías de sentido como las palabras de un idioma desconocido, y sólo reciben su significación cuando las referimos á lo que nosotros mismos hemos pensado ó sentido (2).

De consiguiente, la observación interna y la externa son igualmente necesarias y se completan entre sí.

Además, respecto á la observación externa, hay un peligro tanto mayor cuanto mayor sea la

(1) Abundando en este sentido, Taine ha escrito, entre otras con igual objeto, las siguientes palabras:

«Cuando volvéis las grandes páginas roídas de un infolio, las hojas amarillentas de un manuscrito, en suma, un poema, un código, un símbolo de fe, ¿cuál es vuestra primera observación? Que no se ha hecho él solo. No es sino un molde, semejante á una concha fósil; una huella, semejante á una de esas formas depositadas en la piedra por un animal que ha vivido y que ha perecido. Bajo la concha habia un animal, y bajo el documento habia un hombre. ¿Por qué estudiáis la concha, sino para representaros el animal? De la misma manera no estudiáis el documento sino para conocer el hombre; la concha y el documento son restos muertos, y no valen sino como indicios del sér entero y vivo. Es menester llegar hasta ese sér; es preciso tratar de reconstituirlo. Se engañan los que estudian el documento como si fuera solo, tratando las cosas como un simple erudito, cayendo en una ilusión de biblioteca. En el fondo no hay ni mitología, ni lenguas, sino solamente hombres que combinan palabras é imágenes según las necesidades de sus órganos y la forma original de su espíritu.»—TAINNE, *Histoire de la littérature anglaise*, introducción, págs. IV y V.

(2) SULLY, *Psicología pedagógica*, pág. 20.

diferencia existente entre el observado y el que observa; el de interpretar indebidamente sus manifestaciones, pues propendemos siempre á ver en otros nuestra manera de ser. Así que, nunca será excesiva toda cautela en el empleo de este método.

La experimentación en Psicología.— La observación en ciertas condiciones constituye la experimentación (1). Cuando esperamos impasibles á que los fenómenos se produzcan y atendemos á ellos tal cual se dan, observamos; cuando se producen ó modifican por nuestra intervención, efectuamos un experimento. Merced á la experimentación se hace más copioso el número de hechos que se pueden observar y, además, evidéncianse los fenómenos y se hace más preciso y expedito el análisis, *cuantitativo* ó *cuantitativo*, de aquellos más complejos (2).

Los experimentos pueden llevarse á cabo, ya sin valerse de aparato alguno, ya por mediación de determinados instrumentos. Adviértase que aun en la observación, á veces, se usa de instrumentos.

Observación y experimento tienen su campo propio de acción, pues cada uno de ellos se adapta á particulares asuntos y circunstancias.

Siendo posible provocar la aparición de cier-

(1) «Ahora bien, la esencia de la experimentación consiste en modificar á voluntad las condiciones del hecho, é imprimir á esas condiciones una alteración *cuantitativamente determinable*, si se trata de obtener el conocimiento de las relaciones constantes que existen entre las causas y los efectos. Sólo las condiciones físicas *externas* de los fenómenos internos pueden, con cierta certeza, modificarse á voluntad, y sobre todo ellas solo son asequibles á una determinación directa de mensuración.» — WUNDT, *Elements de Psychologie physiologique*, pág. 5.

(2) Tanto el método de observación externa como el de experimentación, permiten colaborar á infinidad de individuos en este género de investigaciones, como en cualquier otro.

tos fenómenos en la mente del hombre y aun de otros animales, claro es que en determinadas condiciones, pueden efectuarse experimentos en Psicología.

Experimentar es, comunicar á un individuo una noticia para ver qué efecto le produce; interrogarle respecto de cualquier asunto para enterarse de su grado de inteligencia ó de memoria, ó hacerle practicar una operación cualquiera para juzgar de su habilidad. Experimentar es, usando el estesiómetro de Weber, determinar las regiones del cuerpo más ó menos sensibles al tacto; ó por el tonómetro de Hornbostel fijar el grado de estimación de los sonidos, ó valiéndose del cronómetro de Hipp, medir el tiempo de cualquier proceso mental. Toda labor experimental en general requiere gran delicadeza; pero en Psicología ésta ha de ser extrema.

Concepto preliminar de la Psicología científica.—En vista de lo expresado anteriormente, puede concluirse que: la Psicología, en cuanto ciencia—por tanto, libre de toda dirección de escuela ó de secta—, consiste en el conocimiento de los fenómenos psíquicos y de sus leyes obtenido mediante la observación y la experimentación (1).

La Psicología científica nada tiene que ver con el espiritualismo ni con el materialismo (2) que

(1) «Este conocimiento de las condiciones y de las leyes es del mayor valor práctico, pues sólo comprendiendo cómo se forma un producto mental es posible ayudar á formarlo ó intervenir para que se modifique el proceso de su formación.»—SELLY, *Psicología pedagógica*, pág. 24.

(2) «El carácter que distingue á la Psicología metafísica de la empírica es que aquélla no deriva los procesos psíquicos de otros procesos psíquicos, sino de un *substratum* completamente distinto ó de los actos de una sustancia especial ó de la propiedad y procesos de la materia. Según la naturaleza que se atribuya á este *substratum*, la Psicología metafísica da lugar á dos direcciones.»—WUNDT, *Compendio de Psicología*, pág. 12.

defienden determinadas escuelas, deja la cuestión abierta á todas las soluciones, y únicamente exige que, al formar el concepto del alma y resolver los problemas derivados, se funden para ello en los conocimientos que aporta esta ciencia.

LECCIÓN 2.^a

Ampliación del concepto de la Psicología. — Ya se vió anteriormente cómo, mediante la observación externa de nuestros semejantes, podemos llegar á inferir sus estados internos ó de conciencia y cómo aun, tales inferencias, podemos hacerlas extensivas al estudio mental de los animales. Asimismo se mostró también, cómo en la Psicología era posible utilizar el procedimiento experimental.

Esta orientación de la Psicología, que podemos llamar moderna, en atención, no á la nueva dirección, sino al auge y predominio que tomara en nuestros días, ha transformado la Psicología en una ciencia que no sólo se refiere al hombre blanco, adulto, sano y civilizado, cual notara el citado Mandsley, sino también al hombre de todas las razas, de todas las edades, de toda anormalidad mental, ya considerado aisladamente, ya formando los diversos consorcios sociales.

Además, la Psicología se ocupó con mayor celo de la mentalidad de los animales, sobre todo, desde el momento en que manifestóse vigorosa la doctrina transformista en el campo de las Ciencias de la naturaleza.

También, el gran fruto obtenido en las modernas indagaciones conduciendo á la especialización del trabajo de los indagadores, vino á repercutir en la estimación de ciertos fenómenos psíquicos y producir otras diversas direcciones en la Psicología de nuestros días.

De esta suerte, la importancia de los estudios psicológicos, en la época presente, ha llegado á grado tal, que únicamente la Mecánica puede comparársele, pues si esta ciencia sirve de base á toda explicación de los fenómenos de la materia bruta, la Psicología constituye el eje de toda comprensión de los fenómenos de la materia viva (1).

Psicología antropológica y animal.—Reconocido que por las demostraciones externas era dable estudiar los fenómenos psíquicos de otros hombres que nosotros mismos, aplicóse igual procedimiento para conocer el alma de las bestias. Y lo que se había hecho en pasados tiempos por los naturalistas, incidentalmente, al tratar de las costumbres de los animales, fué ya un derrotero concientemente trazado para nuevas investigaciones.

Claro que fundándose la validez de todo razo-

(1) «Por otra parte, no existe ningún fenómeno natural especial que desde diverso punto de vista no pueda también ser objeto de la investigación psicológica. Una piedra, una planta, un sonido, un rayo de luz, en cuanto fenómenos naturales, son objetos de la Minerología, de la Botánica, de la Física, etc.; pero en cuanto estos fenómenos naturales despiertan en nosotros *representaciones*, son asimismo objetos de la Psicología; la cual, de este modo, procura dar razón de la formación de esas representaciones, así como de los procesos que no se refieren á objetos externos, como los sentimientos y los movimientos de la voluntad...» «Por lo dicho, las interpretaciones de la experiencia, según la Ciencia natural y la Psicología, se integran recíprocamente, no sólo porque la primera considera los objetos prescindiendo lo más posible del sujeto, y la segunda, por lo contrario, se ocupa de la parte que toma el sujeto en la experiencia, si que también en el sentido de que ambas se colocan en una posición distinta frente á todos los datos particulares de la experiencia.»—*УШУТ, Compendio de Psicología*, págs. 6 y 10.

namiento por analogía en la mayor semejanza de los términos á que se refiere, tanta mayor precisión y seguridad habrá de obtenerse en la investigación cuando se trate de un mono ó un perro que si nos ocupamos de una abeja ó de una ostra. Pero siempre será lícito «inferir de actos corporales particulares, estados mentales particulares».

Si unos cazadores, persiguiendo una banda de monos, ven huir éstos dejando un herido en el campo, y luego, al estar en salvo, se destaca un macho vigoroso, baja del monte y, en medio de las balas de sus perseguidores, coge al herido y lo lleva en sus hombros donde se halla la banda, ¿cómo no interpretar hechos semejantes cual si fueran de igual género á los realizados por el hombre? En cambio, ¿qué pensar de los movimientos de un infusorio? (1)

Teniendo, pues, en cuenta la anterior advertencia y libres del prejuicio, bastante común, de creer que el alma del animal por ser de naturaleza distinta á la del hombre opera de modos muy diferentes; cabe indagar la mentalidad de los animales por igual método que la del hombre.

Nótese la modificación efectuada en el pensar contemporáneo, por obra de la doctrina transformista, y con ello el valor que no sólo por si misma, sino á título de precedente para el conocimiento de lo humano adquiere el estudio del animal.

Psicología de los sexos.—Es de experiencia corriente las diferencias señaladas entre el

(1) Valiosísimos datos de este género se encuentran ya en la *Historia de los animales*, de Aristóteles. En nuestros días, como obra la más completa y especial, tenemos *L'intelligence des animaux*, de Romanes.



varón y la mujer en todos los actos y circunstancias de su vida, y el lenguaje ha tomado nota de ellas en las expresiones de *alma femenina* y *alma varonil*. En efecto: obsérvese cómo la mujer tiende á pensar las cosas en particular, en tanto el varón lo hace de un modo general y abstracto; cómo la una es tímida, y el otro intrépido; cómo soporta más el dolor la mujer que el varón; cómo es más apegada á lo establecido y más deferente *al qué dirán* ella que él.

La Psicología sexual inquiera estas diferencias, sin preocuparse de si tienen un origen natural ó social, asunto difícil de resolver, como otros semejantes, tratándose de seres que viven en sociedad.

Y, digamos incidentalmente, cuánta ligereza de juicio supone el inferir de diferencias sexuales la superioridad ó inferioridad de un sexo respecto de otro, cuando lo único manifiesto es el hecho de la adaptación respectiva de cada uno á sus peculiares funciones naturales y sociales.

Psicología de las edades.—La educación de los niños hizo fijar más la atención en las particulares diferencias observadas en el hombre, según sus diversas edades.

Ya el gran filósofo griego Aristóteles nos dejó en su *Retórica* delicadas y exactas observaciones psicológicas relativas á la infancia, la madurez y la vejez (1). No siente lo mismo el niño que el adulto, ni éstos que el viejo. El viejo vive de

(1) Véanse los capítulos 12, 13 y 14. En los capítulos 15 al 17 estudia los efectos de la riqueza y del poder en los individuos, es decir, hace una psicología de las clases sociales.

recuerdos; el joven, de esperanzas; el uno es tímido, y el otro, intrépido; el uno, resuelto en actos y palabras, cuanto el otro prudente hasta la indecisión.

La riqueza y complejidad mental oscila con la edad del sujeto.

El régimen colonial y de conquista, tendiendo á fundarse más en la superioridad mental que en el empleo de la fuerza material, condujo asimismo á estudiar á los hombres según la *edad* de civilización en que viven (1). Y se ha visto que, el salvaje y el civilizado ofrecen modos muy distintos de sentir, de idear, de imaginar, etc.

Sirvan de ilustración al caso los hechos siguientes: La ideación del salvaje, no sólo es muy limitada, cual lo prueba el reducido número de palabras con que cuenta su lengua, sino sumamente lenta, como lo expresa el ritmo de la frase; sus movimientos son embarazosos; su imaginación, escasa, y grande su insensibilidad al dolor.

Psicología individual y social. — Hasta hace poco pensábase que una colectividad ó reunión de individuos no ofrecía otros fenómenos psíquicos que los del individuo aislado y, consiguientemente, se creía bastaba conocer la Psicología individual para juzgar de los hechos de las colectividades. Mas, al presente, una más atenta observación ha revelado no sucede así. En efecto, no sólo varía la magnitud y complejidad de los fenómenos psíquicos tratándose de los grupos humanos, si que también su carácter

(1) Estos estudios se contienen principalmente en las obras de *Antropología y Etnografía* de autores ingleses y alemanes.

cambia notablemente. El fenómeno psíquico social no se muestra cual la suma de los fenómenos individuales, sino como un producto nuevo; y el mismo individuo, en cuanto elemento social, se transforma en su modo mental.

Véase si no los siguientes hechos ó recuerde el lector otros semejantes. Hallábanse unos extranjeros en el Havre. Encantados con el espectáculo que el mar les ofrecía pensó alguno cuán brillante apareciera en los días próximos de la gran marea, é incitó á volver á los presentes en tales momentos. Así lo convinieron *todos*, no obstante lo avanzado de la hora de la noche en que era preciso volver. Llegó el día y hora, y *todos*, diez ó doce personas, acudieron precisos á disfrutar del panorama. Mas ya de vuelta á sus casas, ocurrióle á un ingenuo declarar sinceramente que nada le importaba aquel día presenciar la gran marea, y que por gusto suyo ni habría dejado la cama ni salido de casa para verla. Al punto, *todos* fueron haciendo parecidas declaraciones. Es decir, á *todos* no interesaba ya el espectáculo de la gran marea y, sin embargo, *todos* acudieron exactos y diligentes á la cita.

Análogamente. Varias personas son amigos; uno de ellos es juez. Un día uno de dichos amigos tiene un asunto en el Juzgado; ¿se conducen del mismo modo, el juez y el juzgado, que de ordinario? Varios oficiales del Ejército están de broma. Entran de servicio. ¿No cambia por completo la escena y la actitud correspondiente de cada uno? He ahí, pues, hechos que denotan bien á las claras la sustantividad del fenómeno psíquico social.

Psicología comparada.—Siempre que dos órdenes de fenómenos se comparan entre sí pónese en evidencia sus caracteres distintivos y se facilita la explicación de los mismos. En todo tiempo se siguió este método; pero en ninguno practicado con tanto ardor y perseverancia como en la época moderna. La Gramática, la Filología, la Mitología, la Anatomía y la Legislación comparadas, son ciencias actuales. Distinguida la psicología antropológica de la animal, la psicología de las diversas edades, etc., ha surgido la Psicología comparada entre las diversas ramas de la misma. Semejante comparación indujo á pensar en una continuidad de desarrollo entre las diversas formas comparadas, y tocante á la Psicología, ha dado lugar á la constitución de una nueva ciencia: la Psicogenia.

Psicogenia.— Como indica su nombre, la Psicogenia tiene por objeto examinar, no los diversos estados del desarrollo mental, sino más bien el tránsito de unos estados á otros, ó sea la evolución psíquica.

Comparando las diversas edades de la vida del hombre, era natural se evidenciase el hecho de una continua transformación mental. No tan fácil se ofrecía el fenómeno de la evolución psíquica en cuanto respecta á las razas en estado de diversa cultura; pero el hecho de implicar la misma idea la Historia del hombre y los conocimientos copiosos adquiridos respecto á los orígenes de la civilización y á las razas africanas, oceánicas y americanas, allanó el camino.

Aun más oscura se presentaba la idea de una evolución psíquica en toda la serie animal. Las



ideas dominantes acerca del origen del hombre ofrecían un obstáculo tremendo á la aceptación ingenua de los datos que la realidad ofreciera; mas aceptadas como buenas, al fin, por los naturalistas las teorías de Darwin y de Wallace acerca del origen del hombre, y adoptado por los psicólogos, como punto de partida de sus indagaciones, el paralelismo entre los hechos psíquicos y fisiológicos, se reconoció al cabo una evolución psíquica en toda la innúmera gradación de los seres animales.

En los días presentes se opera en la Psicogenia un desdoblamiento en razón á su doble contenido. De una parte, aparece la Psicontogenia que se ocupa del desarrollo mental del individuo, desde la concepción hasta la muerte; y de otra, se constituye la Psicofilenia que indaga la evolución mental realizada en la humana especie, á partir de los seres más primitivos hasta el hombre de nuestros días.

Psicología fisiológica.—Si todo hecho de conciencia se manifiesta al exterior de una manera, indudablemente todo fenómeno psíquico se acompaña de uno fisiológico; estudiar la relación entre ambos fenómenos constituye el objeto de la Psicología fisiológica, á partir, claro está, del punto de vista psicológico.

Psico-física.—Por muchos se confunde la Psicología fisiológica y la Psicofísica; mas son diferentes. La primera indaga la relación existente entre lo psicológico y lo fisiológico; la segunda entre lo físico y lo psíquico. Supongamos el hecho de la visión. En él se distingue la ac-

ción de la luz, el órgano del ojo y el fenómeno mental de ver. Estudiar la relación entre la acción de la luz y el ver es asunto de la Psicofísica; indagar el funcionamiento del ojo en relación con la visión mental, corresponde á la Psicología-fisiológica.

Así, pues, cada ciencia tiene sus límites propios en el problema que investiga.

LECCIÓN 3.^a

La conciencia y la Psicología —No solamente la conciencia constituye el punto de arranque de toda investigación psicológica, si que también la clave de toda indagación en este respecto. La observación interna, método inicial de la Psicología, por la conciencia directamente se efectúa; la observación externa y todo experimento requieren para ser interpretados de las revelaciones de la propia conciencia. Teniendo, pues, presente lo dicho, puede afirmarse que hasta donde llegue nuestra conciencia hasta allí será posible extender el dominio de la Psicología. Ahora, téngase en cuenta: 1.º Que ciertos fenómenos de que no tenemos conciencia en determinados momentos y circunstancias, pueden sernos manifiestos en otro, ó también podemos saber de ellos por sus efectos; y 2.º Que no es lo mismo la clave que lo interpretado, y por tanto que así como por el mero conocimiento de las letras de una lengua cabe elevarnos á lo expresado en la misma, basta tan sólo ten-

gamos conciencia de los fenómenos elementales para poder darnos cuenta de otros más complejos.

Hemos hablado de la conciencia; pero ¿y qué es la conciencia? El ilustre psicofisiólogo alemán W. Wundt dice á este respecto: «Siendo la conciencia misma la condición de toda experiencia interna, ésta no puede darnos á conocer directamente la esencia de la conciencia. Todos los ensayos de este género conducen á perifrasis tautológicas ó á designaciones de actividades percibidas *en* la conciencia que, justamente por esto, no son la conciencia, sino que la suponen. La conciencia consiste en lo que encontramos en nuestros estados y procesos; pero en modo alguno constituye un estado aparte de dichos procesos internos. Los procesos inconcientes no podemos nunca representárnoslos sino según las propiedades que contraen en la conciencia. Siendo, pues, imposible hallar caracteres que distingan la conciencia de ciertos estados inconcientes, no se logrará en lo sucesivo dar una definición, propiamente dicha, de la conciencia. Lo único más bien realizable es darnos cuenta de las condiciones en que ésta se presenta. Seguramente debemos ver en tales condiciones, no las causas generadoras de la conciencia, sino únicamente las circunstancias concomitantes, mediante las cuales se nos ofrece en la experiencia» (1).

Veamos, por tanto, cuáles sean las condiciones en que la conciencia aparece ó se da. Para ello, lo primero será distinguir las dos situaciones en que la conciencia aparece: cuando se tra-

(1) *Elements de Psychologie physiologique* t. II, pág. 219.

ta de impresiones aisladas (1) y cuando tenemos que ver con una multiplicidad de impresiones. En el primer caso, vemos surgir la conciencia, bien en dependencia de las propiedades y modos del excitante externo, ó bien á causa de las condiciones mentales del propio sujeto. Entre las condiciones externas la intensidad del estímulo muéstrase como coeficiente primordial; así, hasta tanto que éste posee una determinada magnitud, la conciencia no acusa su presencia. Por mecanismos que estudiaremos en su lugar correspondiente, la repetición ó duración del excitante y, en ocasiones, el área de excitación, juegan igual papel que una determinada magnitud del estímulo. Así notamos que, excitantes cuya intensidad no es suficiente para llegar á ser concientes, lo son cuando permanece ó se repite su acción, ó también cuando es mayor la superficie impresionada. Ejemplo de esto último tenemos en el caso corriente de estimar de modo muy diferente la temperatura del agua, según que ponemos en contacto con ella un dedo, la mano ó todo el cuerpo.

Como condiciones *internas* de los hechos de conciencia tenemos: la atención, el hábito y el estado de preocupación ó despreocupación de la propia conciencia. En efecto, es de experiencia que la magnitud objetiva de cualquier estímulo externo se modifica por obra de las expresadas condiciones. Así, excitaciones mínimas penetran ó no en la conciencia por causa de la atención que les dispensamos; por efecto de nuestros hábitos; ó también por tener ó no ocupada previamente la conciencia por otros es-

(1) Ya veremos próximamente hasta qué punto es esto posible.

tímulos. De aquí tantos casos notables, y hasta sorprendentes, de sujetos que se dan ó no cuenta de sucesos, según el interés que tienen en ellos ó las preocupaciones de que son objeto.

Respecto al caso en que tenemos que ver con una multiplicidad de impresiones, la conciencia surge siempre que el sujeto establece cierta conexión entre las mismas. De una melodía cuyas notas se produzcan con suma lentitud, ó, por lo contrario, rapidísimamente, no tenemos conciencia. Y, en general, siempre que existe irregularidad, desorden ó confusión en la presentación de impresiones, no tenemos conciencia de las mismas.

De consiguiente, la conciencia sólo se muestra cuando hay una cierta unidad, un cierto concierto, organización ó coordinación entre sus diversos estados. De donde se infiere también que «la conciencia no es una unidad simple, sino una unidad orgánica» (1).

De igual manera que pasamos de la noche al día y de éste á la noche, no de golpe, sino á través de los grados del crepúsculo; así también, de la inconciencia pasamos á la conciencia, é inversamente, por una serie de grados ó matices. De una parte, las condiciones físicas de los estímulos y las condiciones mentales en que éstos son recibidos, y de otra, el grado de conexión que puede establecerse entre los múltiples estados de conciencia, siendo sumamente variable, en sí mismos y en la composición en que se dan, explican perfectamente todos los grados variadísimos de conciencia.

El *grado de conciencia* puede referirse ya á un momento determinado de la vida mental del

(1) SERGI, *La Psychologie physiologique*, pág. 244.

sujeto, ó ya al nivel alcanzado en el desarrollo de la misma por los distintos seres.

«No tenemos derecho á rehusar el nombre de conciencia á este género de asociaciones de nuestros estados internos, que se extienden únicamente á algunas impresiones simultáneas ó sucesivas; pero vemos surgir dificultades insuperables cuando queremos determinar el límite inferior de la conciencia. Con frecuencia, el lenguaje usual fija con facilidad este límite. Siempre que la conducta de un hombre desciende, en cierto modo, por bajo de la línea de acción consciente ordinaria, se inclina á admitir que ha obrado *sin conciencia*» (1).

«En los animales más inferiores en que evidentemente sólo se conservan las impresiones inmediatamente anteriores y no las primitivas, sino á lo sumo, cuando se repiten frecuentemente, admitimos de igual modo una conciencia imperfecta» (2).

Tanto para la expresión del grado de conciencia momentánea del sujeto, como para marcar la adquirida por el mismo en el decurso de su vida, hacemos referencia á la *extensión y profundidad de la conciencia*. Advirtamos que semejantes expresiones, si pueden chocarnos en razón á ser desusadas, no han de rechazarse, pues aparte de su necesidad para señalar ciertos hechos, se acomodan perfectamente á la marcha que siguen todas las lenguas al designar simbólicamente ciertos conceptos con expresiones más ó menos materiales (3).

(1) WUNDT, *Psychologie physiologique*, t. II, pág. 224.

(2) WUNDT, *Elements de Psychologie Physiologique*, t. II, pág. 223.

(3) De los *grandes* hombres se dice tienen una gran *capacidad*; de los virtuosos que son de conciencia muy *estrecha*, de los sabios cuán *profundos* sean sus pensamientos ó *sutiles* sus discursos, etc.

La *extensión ó área de la conciencia* hace referencia á la conexión establecida entre los procesos simultáneos ó presentes á la conciencia en un momento dado; la *profundidad* dice relación á la conexión entre los procesos sucesivos ó producidos en momentos diversos en la conciencia. Así, una conciencia es tanto más extensa cuanto más abarca ó comprende de lo dado *presentemente* por los objetos, y tanto más profunda cuanto más conexiona lo dado de presente con lo pasado.

Conciencia marginal y focal.—Tal distinción, señalada primeramente, á lo que sabemos, por el psicólogo norteamericano W. James, responde á hechos que ofrece la conciencia. En todo momento se da en la conciencia un contenido múltiple de datos de la experiencia, mas no todos aparecen con igual claridad ó distinción. Así, al leer un libro, por ejemplo, tenemos plena conciencia de la palabra que vamos leyendo y una más disminuída conciencia de las palabras que anteceden y siguen á aquéllas. Asimismo, no dejamos de ver, en más ó menos grado, las líneas de la parte de arriba y de la parte de abajo de la en que leemos. Ni tampoco somos ajenos á los ruidos y palabras que llegan á nosotros, á los olores que se difunden en derredor nuestro, etc. Es decir, cada impresión ó grupo de impresiones lúcidamente dadas, está circundada de otras innumerables menos lúcidas ú oscuras, en nuestra conciencia.

Ahora, como este fenómeno se asemeja al que tiene lugar en la visión, en que ciertas imágenes de los objetos aparecen precisas y coloreadas y

otras borrosas y decoloradas—según que se pintan en la región discoide central de la retina ó en su franja ó margen anular—de ahí que para marcar estos matices y formas de la conciencia se designen respectivamente con las expresiones de conciencia focal y conciencia marginal.

Clasificación de los fenómenos psíquicos.—Siempre que nos proponemos conocer varios objetos ó los diversos aspectos de uno complicado, para facilitar la labor procedemos á distinguirlos entre sí, formando grupos ó clases, atendiendo á sus semejanzas; es decir, hacemos su clasificación. Ante la multitud y diversidad de fenómenos psíquicos como se nos ofrecen, natural es obremos de esa suerte, fijándonos primeramente en los varios aspectos que pueden señalarse en un estado relativamente simple de conciencia.

En primer lugar, hay fenómenos consistentes en *representaciones*, ó sea en presentaciones á la conciencia de algo que en todo ó en parte refleja ó copia el mundo exterior y que, por lo mismo, se refiere á distintas posiciones en el espacio; tal, por ejemplo, la idea de una campana ó la ficción de un centauro.

En segundo lugar, notamos fenómenos *afectivos*, esto es, impresiones agradables ó desagradables que, si producidas indudablemente por algo exterior, nada hay en el exterior que se le asemeje; como una alegría, una esperanza, el amor...

Y en tercer lugar, fenómenos *de acción*, consistentes en tensiones ó direcciones internas, las cuales se traducen á veces en movimientos exte-



riores, cual un acto de atención, una resolución, etcétera. Ahora bien, manifestándose todo estado de conciencia, según dichas modalidades, puede tomarse cada una de ellas como otras tantas clases especiales de fenómenos que investigar ó estudiar (1).

El fenómeno psíquico complejo ó real.

La expresada clasificación de los fenómenos psíquicos en representativos, afectivos y de acción, como todas cuantas hacemos de las cosas, son *modos de ver de nuestros*; de consiguiente, no implican *separaciones*, sino *distinciones* de la realidad. De la misma suerte que no es posible separar en un objeto el peso de la forma, ni éstos del color—pues todo cuerpo, en realidad, tiene un peso, una forma y un color determinado—, así tampoco cabe que se dé una representación aparte de su tono afectivo y de su tensión ó acción correspondiente. Por ejemplo, indivisamente, al ver un sapo, no sólo sabemos ó nos representamos el animal de que se trata, si que su vista nos desagrada y le rechazamos. Lo contrario sucedería de contemplar una paloma, que nos agrada y la deseamos.

El fenómeno psíquico real tiene, pues, múltiples facetas y así, representarnos, afectarnos ó movernos por alguna cosa no constituyen poderes diferentes. Sería, pues, erróneo considerar el fenómeno psíquico como una síntesis de los procesos de representación, afección y acción, pues

(1) «En presencia de una naturaleza tan compleja de los hechos psíquicos, la investigación científica debe llevar á cabo consecutivamente tres tareas: la primera consiste en el *análisis* de los procesos compuestos; la segunda en poner de manifiesto las *conexiones* entre los elementos encontrados por el análisis, y la tercera en la *investigación de las leyes* que presiden la aparición de tales conexiones.»—WUNDT *Compendio de psicología*, pág. 36.

no se dan aparte uno de otros, en ningún momento. Y si se hace semejante distinción es únicamente con el fin de facilitar su explicación.

LECCIÓN 4.^a

Sensación, percepción y representación (1).—El fenómeno que se produce en nuestra conciencia á consecuencia de todo cambio del medio exterior ó por la acción de un objeto cualquiera sobre los órganos de los sentidos, es conocido vulgarmente bajo el nombre de sensación. La psicología distingue en tal fenómeno la sensación propiamente dicha, ó sea el aspecto agradable ó desagradable que reviste para la conciencia, y la percepción ó nota informadora que recibimos de alguna propiedad ó cualidad del objeto. Por ejemplo: al oler una rosa sentimos algo agradable y percibimos algo característico del objeto que tenemos delante.

Toda percepción del sentido da lugar á una representación correspondiente. La diferencia entre percepción y representación consiste en que la primera tiene lugar en el momento en que actúa ó está presente el objeto, y la segunda persiste después, por tiempo indefinido. Percibimos, pues, los objetos cuando están presen-

(1) Sobre los conceptos sensación, percepción y representación domina en la literatura psicológica una confusión extraordinaria; quiero fijar claramente esto, pues nosotros entendemos ó comprendemos (en esencial) lo mismo por percepción que por sensación. La sensación es en cierto modo el material toscó que se halla sin cultivar ó perfeccionar; la percepción el mismo material, pero sometido al trabajo ó elaboración. Entre imagen mnemónica y representación no hacemos ninguna distinción.—ZIRLIX: *Compendio de Psicología Fisiológica*, páginas 23 y siguientes.

tes á nosotros; nos los representamos aun cuando ya hubiesen desaparecido de nuestra presencia. De consiguiente, aunque originariamente toda percepción equivalga á una representación, puede haber representación sin percepción inmediata, y aun por ciertos mecanismos que estudiaremos más adelante, pueden darse representaciones sin correspondencia aparente con percepciones.

«Si el elemento representativo no se encontrase ya en la sensación, no se sabe cómo ni dónde podría derivar, puesto que no hay ninguna otra fuente de la percepción sino la comunicación con el mundo exterior por la sensación» (1).

Sensaciones internas y externas. — Según que las sensaciones nos informan de los cambios operados en el medio exterior ó acerca de los estados de nuestro propio cuerpo, se distinguen las sensaciones en externas ó internas. — Las primeras informaciones las recibimos mediante la inmutación operada en los sentidos externos; las segundas, por obra de las modificaciones que experimentan nuestros órganos internos.

Cada género de sensaciones, en general, presenta caracteres diferentes; así, por lo que hace á los órganos, unas parecen tenerlos dispuestos hacia el exterior y otras hacia dentro: las sensaciones externas se localizan más fácilmente que las internas, y por eso las últimas son más vagas é indeterminadas; y, por lo que se refiere á su intensidad, si entre las externas puede

(1) SERGI, *La Psychologie physiologique*, pág. 35.

establecerse claramente una gradación extensa, en las internas, como desde luego se ofrecen ya en grado elevado, presentan una gradación muy corta.

Ahora bien; tales diferencias, como todas, en modo alguno son absolutas, sino relativas. Así, por lo que toca á la distinción de los sentidos, «la sensibilidad táctil del estómago ó del esófago puede, sin dificultad, considerarse como sensación interna; pero ¿y la de la faringe, la boca ó la lengua? Si se toma como límite el límite anatómico, es decir, el orificio bucal, se colocan entre las sensaciones internas las sensaciones táctiles de la punta de la lengua, que son precisamente las más perfectas de todas... Y, por otra parte, los órganos de las sensaciones especiales del gusto y del olfato, ¿no están profundamente colocados en la cavidad bucal y en las fosas nasales?» (1)

En cuanto á la localización más perfecta de las externas puede oponerse los casos de sensaciones internas dolorosas perfectamente localizable. Y respecto á la gradación ó variación en su magnitud intensiva, la fatiga, supongamos, bien rica es en matices.

Sensaciones generales y especiales. —

Según los estímulos determinan sensaciones que afectan á todas las partes del organismo ó atacan á un órgano sensorial en particular, dotado de una estructura especial (la vista, el oído, el gusto y el olfato), las sensaciones se denominan generales ó particulares.

En todo estímulo ó irritante sensorial tene-

(1) BRAUNIS, *Les sensations internes*, págs. 1 y 2.

mos en cuenta la *forma* y la *energía* del movimiento: de la primera depende la *cualidad* de la sensación; de la segunda, la *intensidad* de la misma.

Otra diferencia precisa señalar en orden á los sentidos, según que el estímulo opera de modo directo ó indirecto, esto es, física ó químicamente. En la vista, el gusto y el olfato, tienen lugar ciertos procesos químicos para darse la sensación, mas no en los restantes órganos de los sentidos; de aquí los fenómenos de persistencia de sensación y confusión entre las mismas. En una rápida serie de sonidos nos es fácil distinguir cada uno de ellos, mas no así tratándose de impresiones luminosas.

Condiciones de la percepción.—El proceso perceptivo depende de condiciones ó circunstancias múltiples que podemos ordenar por razón de su carácter en tres clases: físicas, fisiológicas y psíquicas.

Entre las condiciones físicas se cuentan: lo adecuado del estímulo—ya por su cualidad ó por su intensidad—, la duración del mismo y, á veces, su extensión. El oído no tiene otro estímulo adecuado que el sonido, ni la vista otro que la luz, ni el olfato otro que los olores..., de tal modo, que ante cualquiera otra excitación responde cada sentido con la percepción y sensación particular que le es privativa. En cuanto á la intensidad del excitante, existe un *mínimum* y *máximo* límite por bajo ó por cima del cual no se da percepción alguna. La duración ó tiempo de excitación es otro factor condicional de la percepción, y así como rápidas excitaciones in-

tensas no son percibidas, estímulos mínimos se perciben cuando se prolonga su acción. Tocante á la extensión estimulada, algunos autores (Weber y Wundt) han observado cómo la intensidad de la excitación crece con la extensión de la superficie irritada.

Entre las condiciones fisiológicas ú orgánicas, hay una fundamental y otras complementarias, si así podemos calificarlas; la constitución y funcionamiento normal del sentido—no entendiendo por tal únicamente el órgano periférico ó receptor, si que también el órgano central y los elementos conectivos entre ambos—y aquellas otras que, cual la composición y circulación de la sangre, son medios indispensables para que la referida función se cumpla normalmente. Por donde se ve el influjo que ejerce en la percepción la salud ó la enfermedad, la fatiga ó la ingestión en el cuerpo—por la vía digestiva ó respiratoria—de determinadas sustancias, es decir, las condiciones todas del estado del cuerpo. Individuos fatigado ó enfermos, alcoholizados, tomadores de opio, etc., no perciben los cambios exteriores ó lo hacen torpemente.

El interés, la atención y el estado de conciencia del sujeto, como condiciones psíquicas ó internas, figuran en el número de las requeridas para que la percepción se efectúe. La experiencia de todos los días nos lo enseña. Aquellas cosas que nos interesan las percibimos más prontamente y mejor que las demás. Cuando el hecho tiene un interés vital para nosotros se llega á límites verdaderamente increíbles. Un aficionado á caballos ó un comprador de ciertos productos nota lo que cualquiera otro no percibe.

Epicteto observa cómo quienes manejan dinero, en fuerza de sonar monedas casi se convierten en músicos. Lo mismo ocurre cuando sin interés por las cosas en sí mismas, pero por nuestra voluntad, prestamos atención á hechos ó sucesos que de ordinario pasan inadvertidos, los percibimos fácilmente.

Igualmente el estado de conciencia del sujeto es circunstancia principalísima para que la percepción se dé en la conciencia. La concentración extrema del espíritu puede suspender por un momento las funciones de los sentidos, y las hondas preocupaciones cierran la puerta á determinado género de estímulos. La cólera, esa *locura momentánea* como se la ha llamado, no deja percibir sino aquello que con ella se relaciona. Muchos dolores desaparecen al estar agradablemente distraídos ó cuando nos vemos obligados á pensar en otras cosas.

En la lucha muchos no se sienten heridos. El hecho conocidísimo de Arquímedes, que, preocupado por la solución de un problema, no se da cuenta de la toma y asalto de Siracusa, ciudad en que vivía, puede servir también de ilustración para el caso.

LECCIÓN 5.^a

Percepciones táctiles.—Mediante el tacto percibimos la suavidad ó aspereza, la lisura ó rugosidad, la viscosidad de la superficie de los cuerpos, en general, y en especial las distintas regiones de nuestro propio cuerpo, por una característica local aneja á toda distinción táctil (Lötze, Weber, Wundt) (1).

La percepción táctil va unida á todo el cuerpo, pero su exactitud varía según las distintas regiones del mismo, por cuya razón pueden considerarse como especiales órganos táctiles las manos, y más particularmente la yema de los dedos.

Experiencias de Weber.—A fin de precisar las diferencias de estimación táctil, Weber procedió á hacer los siguientes experimentos: Tomando un compás ó estesiómetro con una abertura cualquiera y poniendo en contacto simultáneamente sus puntas con distintas regiones del cuerpo observó que unas veces el sujeto percibía dos contactos y otras sólo uno. Además, mientras en un caso era suficiente una abertura de 5 milímetros para la percepción del doble contacto, en otra región había que abrir mucho más el estesiómetro para percibirlo. Dicho se está que las partes de la piel más sensibles son aquellas en que con menor abertura del estesiómetro se notan los dos contactos.

(1) En concepto de Wundt depende probablemente, de la estructura particular de la piel, que varía de un punto á otro, no siendo nunca completamente igual en dos puntos lejanos.

Por las citadas experiencias resulta comprobada la diferencia de poder perceptivo táctil de las distintas regiones del cuerpo y precisado el grado del mismo (1). Weber llegó también á la conclusión de que la sensibilidad táctil varía con relación al mayor ó menor movimiento á que se halla sometida la región de nuestro cuerpo, de tal modo, que las regiones más sensibles son precisamente las situadas en las partes más móviles.

El caso de los ciegos, cuyo tacto es más fino y preciso que el de los demás, y el hecho de acrecerse el tacto mediante el ejercicio en los cajistas de imprenta, viene á realzar el valor de los trabajos de Weber.

Conviene notar que el sentido del tacto no se pierde nunca por completo (2).

Sentido térmico.—Junto con el tacto se da en la piel el sentido térmico, mediante el cual percibimos la temperatura de los cuerpos. El sentido térmico es enteramente independiente del sentido del tacto (Berstein, Spencer), como lo prueba el hecho de perderse el uno y conservarse el otro.

(1) Distancias límites, según las diversas regiones del cuerpo, halladas por Weber para percibir un solo contacto:

Punta de la lengua.....	1 milímetros.
Faz palmar de la última falange de los dedos..	2 —
Borde rojo de los labios...	5 —
Faz palmar de la segunda articulación.....	7 —
Borde cutáneo de los labios.....	9 —
Mejilla.....	11 —
Parte posterior del cigomático, frente.....	23 —
Dorso de la mano.....	31 —
Rótula.....	36 —
Parte superior ó inferior de la pierna.....	40 —
Dorso del pie, nuca, región lumbar, pecho.....	54 —
Centro del dorso, antebrazo y alto de la pierna.	68 —

(2) Gracias á esta feliz circunstancia, desgraciados seres, ciegos y mudos de nacimiento, como Laura Bridgman, pudieron recibir una educación y llegar á ser personas inteligentes, útiles y relativamente dichosas.

El calor propio de la piel constituye el punto de partida de las percepciones de temperatura, mas este *cero fisiológico* no es invariable, pues la piel se adapta ó acomoda, hasta cierto punto, á la temperatura exterior, y ese punto cero ó de indiferencia baja con el frío y sube con el calor. Además, Weber ha mostrado ser mayor la sensibilidad térmica en aquellas partes en que la piel es más espesa.

Las percepciones del calor pueden graduarse más ampliamente que las del frío, pues éste embota la sensibilidad.

Experimentos recientes de Donaldson y Goldscheider han mostrado cómo todos los puntos de la piel no son igualmente sensibles al frío y al calor; lo cual parece indicar existen órganos especiales para cada género de sensación. Esto así, explicaría por qué hay personas más sensibles al frío que al calor, y viceversa.

Percepciones quineséticas (1). — Son aquellas que nos informan, fundamentalmente, de la posición y movimiento de los cuerpos y, de un modo derivado, nos da conocimiento de otras varias propiedades de los mismos que cual el peso, la dureza y la elasticidad, la figura ó el volumen, el tamaño, etc., constituyen la base primordial del mundo de la experiencia.

Las percepciones quineséticas acompañan de ordinario á las táctiles, visuales, auditivas y de equilibrio, y aun á las provenientes de otros sentidos. Por tal razón, otros sentidos, en especial

(1) La palabra quinesética, compuesta de dos griegas, *quino-* *aistesis*, significa sentir que uno se mueve. Algunos autores denominan musculares á estas percepciones, por entender se deben al sentido muscular únicamente.

manera el tacto, la vista y el oído, parecían ser el conducto por el cual sabíamos algo respecto á la extensión de los cuerpos.

Como hace notar Ebbinghaus, razones teóricas son las que dieron origen al descubrimiento del sentido quinesético (1), no catalogado por la antigua Psicología, pues tratando de referir todos nuestros conocimientos á la experiencia, no se hallaba explicación alguna á las nociones de que vamos á ocuparnos en seguida.

Se ha de advertir, no cabe duda ninguna tocante á la existencia propia de este sentido, pues aparte de contar con órganos adecuados cual las articulaciones y cápsulas articulares, ricamente provistas de nervios, estas percepciones subsisten después de la desaparición completa de la sensibilidad táctil, tras la anestesia provocada. La patología aporta, asimismo, innúmeros, datos confirmativos.

La percepción de cualquier movimiento se realiza en toda su determinación, de ahí el que se puedan distinguir unos de otros y analizar, por consiguiente, la representación compleja del movimiento de los cuerpos. En todo movimiento efectuado notamos: el *esfuerzo* mayor ó menor que nos cuesta; la *dirección* ó sentido en que tiene lugar; la *duración* ó tiempo que tarda en cumplirse, y su *velocidad*, esto es, si lo hacemos más ó menos deprisa.

Esta multiplicidad de aspectos, ó notas de la representación de todo movimiento, permite conocer diversas propiedades de los cuerpos, según nos fijamos más en unos que en otros. Así, el esfuerzo que nos cuesta el sostener un cuerpo

(1) EBBINGHAUS, *Précis de Psychologie*, pág. 69.

nos indica su peso; el que hemos de hacer para vencer una resistencia nos informa de su dureza y un esfuerzo creciente unido á cierta mutación de las partes de nuestro propio cuerpo nos da á conocer su grado de elasticidad. La figura y el volumen los percibimos en función de la multiplicidad de direcciones, y el tamaño ó dimensiones en función de la duración de los movimientos, dada una velocidad (1).

De las numerosas percepciones relativas á la dirección nos elevamos á la idea de extensión y de ésta al concepto del espacio; y de las percepciones de diversos momentos llegamos á la idea de duración y de aquí al concepto del tiempo (2).

Asimismo sabemos si un cuerpo se mueve bien por su deslizamiento sobre una parte del nuestro, bien por el movimiento de nuestro propio cuerpo, que siempre alcanza al que se mueve en la misma posición. Igualmente tenemos noticia de los movimientos efectuados por las distintas partes de nuestro cuerpo y de sus posiciones respectivas mediante percepciones quínestéticas.

Combinadas las percepciones quínestéticas con las táctiles nos informan de la existencia de nuestro propio cuerpo y hace lo distinguamos de todos los demás.

Tal distinción deriva de la siguiente experiencia: si nos damos un pellizco en la mano, conjuntamente percibimos el esfuerzo que hacemos al apretar la carne y el daño que nos

(1) Las distancias se miden por tiempos ó por extensiones comparadas. Sabido es que las primeras medidas fueron el palmo, el pie, el paso, la jornada, la hora, etc.

(2) Á la formación de los conceptos de espacio y tiempo contribuyen: en primer término, las representaciones quínestéticas y, en segundo lugar, las representaciones visuales y auditivas, respectivamente.



causamos; mas cuando se trata de otro cuerpo que el nuestro, sólo tiene lugar la primera percepción. Por eso, cuando se tiene anestesiado el brazo se cree que falta el brazo.

Sentido del equilibrio ó de la orientación.—Si las percepciones quinestéticas nos informan del movimiento de los cuerpos exteriores á nosotros, y aun de la diferente posición de las partes de nuestro propio cuerpo, el sentido del equilibrio ó de la orientación, ó como acaso mejor denominan otros, el *sentido estático* ó de la posición, nos dice primordialmente cuál sea la posición en que nos encontramos — vertical, horizontal ú oblicua — y la dirección en que nos movemos.

El órgano de este sentido forma parte aparentemente del oído: está constituido por los canales semicirculares, especie de niveles colocados en diversos planos que acusan la posición de la cabeza, y con referencia á ésta de todo el cuerpo. Si estamos de pie ó echados horizontalmente; si parados ó en movimiento; si andamos para detrás ó para adelante, ya sea por nuestro propio esfuerzo ó por el ajeno..., todo eso lo sabemos por medio del sentido *estático*.

Como quiera que del conocimiento de nuestra posición deriva el de nuestra situación, y del recuerdo de las distintas posiciones, el de un camino recorrido, de ahí que el equilibrio y la orientación se hallen ligados á tales percepciones. Así se explica los diversos nombres con que ha sido designado este nuevo sentido, tan importante, descubierto por la Patología y que hoy estudia la Psicología moderna.

La vista, el sentido quinestético y aun táctil, no nos dan noticia directa de nuestra posición; únicamente coadyuvan al desarrollo de tales representaciones, según ha demostrado lucidamente Ewald con sus experimentos (1).

LECCIÓN 6.^a

Percepciones visuales (2).—En las percepciones visuales hemos de distinguir, en primer lugar, el fenómeno de la pura visión, y el de la visión ordinaria, que se acompaña de percepciones quinestéticas.

La percepción de la luz, de los colores, de la forma de los cuerpos (siempre que por su tamaño y distancia á que estén colocados de nosotros, su imagen quepa en el campo de la retina) son percepciones visuales puras.

La percepción de la figura de los cuerpos (cuando su imagen no cabe en el campo de la retina), de la distancia y posición de los mismos, la vista de los objetos en movimiento, la esti-

(1) «La función de orientación mediante los canales puede explicarse fácilmente admitiendo que, bajo la varia presión de la endolinfa, surgen sensaciones táctiles internas, con diferencias de signos locales marcados especialmente. El *vértigo*, que se produce á consecuencia de los movimientos demasiado rápidos de la cabeza, tiene su origen probablemente en las sensaciones producidas por los violentos movimientos de la endolinfa. Con esto concuerda la observación de que, por la destrucción parcial de los canales se producen ilusiones constantes de orientación, y con la destrucción completa de los mismos se llega á una anulación casi total de la capacidad de orientarse.»—WUNDT, *Compendio de Psicología*, pág. 155.

(2) Fundamentalmente cada ojo seméjase á una cámara fotográfica; pero se diferencia de ella en que, la lente ó cristalino es una lente viva que puede modificar su curvatura y acomodarse, dentro de ciertos límites, á las diversas distancias; y su placa ó la retina, puede renovarse mediante un proceso fisiológico. La eritrosina ó púrpura retiniana, sustancia que hace el papel del gelatino-bromuro en la placa, se reconstituye en un corto intervalo de tiempo y, además, se descompone diversamente según la luz es diferentemente coloreada.

mación del volumen, profundidad ó relieve, son percepciones visuales acompañadas de percepciones quines-téticas.

Las percepciones luminosas son de dos géneros: cromáticas y acromáticas. Unas y otras pueden distinguirse por su cualidad é intensidad.

Cualidad é intensidad van á la par en las percepciones acromáticas, y en las cromáticas la cualidad se fija por el grado de saturación del color, y la intensidad, por la claridad del mismo.

La percepción de la luz ó de la carencia de luz son las primeras que experimentamos (1); después percibimos los distintos colores — empezando por los fundamentales, rojo, amarillo, verde, azul—y, por último, sus diversos matices (2). El ejercicio influye en gran manera en la distinción de los diversos matices.

Para el físico no existen otros colores que los del espectro solar, resultantes de la descomposición de la luz blanca; mas para el psicólogo como el blanco y el negro determinan sensaciones distintas, cual los colores propiamente dichos, también tiene á éstos por tales. Lo mismo ocurre con el *color* gris y sus matices, que acusan grados de luz ó claridad y resultan de la mezcla del blanco y el negro.

A veces percibimos colores que no existen en los objetos, debido á la *mezcla* de varios en la retina. El caso más frecuente se presenta cuando vemos objetos iluminados por la luz artificial, pues siendo ésta coloreada confunde su color

(1) El sentido de la luz y de la sombra se desarrolla más pronto en el niño que el sentido cromático.

(2) En la práctica, en las manufacturas de los Gobelinos, de París, se notan 18.000 matices, y en el mosaico italiano se llega hasta 30.000. Se entiende que se trata de matices y claridades diversamente combinados.

con el del objeto. En ciertos casos la mezcla de colores produce el blanco (1). Fenómeno análogo ofrece la *irradiación del color* en que una franja de color modifica la coloración de una porción central. Hecho tal se observa en el efecto que produce el marco en un cuadro, y también, en las Exposiciones de pinturas, en la modificación que sufre el colorido de un cuadro al influjo de los que le rodean.

Reciben el nombre de *imágenes consecutivas* las que se forman á consecuencia de otra anterior. Tal, la que aparece al mirar una superficie enteramente amarilla después de contemplar un objeto azul, en que se ve la imagen del mismo objeto, pero de color verde. Si el objeto visto anteriormente fué, por ejemplo, una cruz negra sobre fondo blanco, se verá después como una cruz blanca sobre fondo negro ó gris.

La visión del *lustre*, opuesta á la de opaco, se debe á la aparición de un punto luminoso en medio de una relativa oscuridad.

En algunos individuos existe la *acromatopsia* ó ceguera para uno ó varios colores, y en otros la *discromatopsia* ó confusión de colores. Los ciegos á todos los colores ven el mundo cual si fuera un dibujo, es decir, blanco y negro.

La vista propiamente dicha no percibe sino la luz y los colores; pero como toda mancha de color tiene una cierta extensión superficial, la vista percibe la figura de los cuerpos en función del color.

Mas cuando por el tamaño del objeto ó por la distancia á que se haya colocado el observador,

(1) Los colores que mezclados producen el blanco se llaman complementarios.

la imagen del objeto no cabe en el campo de la retina, estando el ojo en reposo, la percepción de la figura resulta también de percepciones quinestéticas.

Percepción de la distancia, magnitud y posición de los cuerpos. — El sentido de la vista ha merecido el calificativo de *sentido de la distancia* por ser aquel que empleamos con tal objeto ordinariamente, bien que fenómeno cardinal semejante se deba á percepciones quinestéticas asociadas á impresiones retinianas.

En la percepción de la distancia, según las circunstancias, ofrécese casos diversos. Desde luego, la distancia podemos percibirla de un modo *directo* ó por medio *indirecto*. Directamente nos damos cuenta de la distancia á que están colocados los objetos, bien por los movimientos de acomodación del cristalino, ó sea por la modificación que imprimimos en la curvatura del mismo, merced á contracciones musculares adecuadas (1); bien, siendo grandes las distancias que se han de apreciar, por el mayor ó menor ángulo visual, ó sea por los movimientos de convergencia ó divergencia de los ojos, realizados por los músculos externos de los mismos (2). Indirectamente, conocemos la distancia á que están situados los objetos por el tamaño que nos presentan y la limpidez de su imagen. Claro que para esto necesitamos cono-

(1) El ojo se adapta á la luz mediante la contracción y dilatación de la pupila, que deja más ó menos paso á la luz, y á las distancias por la acomodación del cristalino, que modifica su curvatura. Ambos procesos fisiológicos implican contracciones musculares y, por tanto, percepciones quinestéticas.

(2) Véase en cualquier tratado de Fisiología el número, posición y función de los tres pares de músculos externos del ojo. Los movimientos oculares dan lugar á percepciones quinestéticas, mucho más delicadas y perfectas en este caso que en cualquier otro.

cer previamente cuál es el tamaño real del objeto, ó al menos el de cualquier otro situado á igual distancia y cuya imagen se dé conjuntamente en la retina. Así, conocida la estatura de una persona, podemos venir en conocimiento de la distancia á que se halla ella misma ú otra cualquiera.

El fundamento de tal percepción derivada estriba en que los objetos, á igualdad de tamaño, dan una imagen más grande y clara ó más pequeña y borrosa, según se hallén más próximos ó remotos (1).

La magnitud del objeto podemos percibirla también *directa ó indirectamente*. Directamente, en función de la duración de los movimientos oculares que hemos de efectuar para verlo por completo; é indirectamente, si conocemos de antemano la distancia á que está colocado dicho objeto, ó cualquier otro cuya magnitud nos sea conocida.

El ejercicio influye en gran manera en estas percepciones, así como en sus análogas auditivas. El niño, durante mucho tiempo, es muy torpe en la apreciación de las distancias, como lo prueba el hecho de extender la mano para coger objetos situados fuera de su alcance.

La posición de un cuerpo se fija por la diferencia de movimientos oculares, y el cambio de posición de los mismos, por los movimientos de uno ó ambos ojos que siguen al cuerpo, ó también por la mutación de su imagen en la retina, estando el ojo en reposo.

(2) La Óptica explica tales hechos.—Véase cualquier tratado de Física.

Además, se ha observado que la imagen de un objeto lejano aparece borrosa, y la de un objeto cercano es completamente clara.

En este punto es de observar que si el movimiento del cuerpo es muy lento, como el de las manecillas del reloj, no se percibe, y si muy rápido, el objeto desaparece de nuestra vista, como acontece en el *escamoteo* de los prestidigitadores. El mínimo de movimiento perceptible corresponde á la mutación de la imagen de cuatro á ocho milésimas de milímetro por segundo. Si las excitaciones se siguen de tal modo que apenas producida una surge la otra, se tienen las llamadas *imágenes póstumas*, por virtud de lo cual un punto en movimiento deviene una línea. En hecho semejante tiene su fundamento el tan conocido cinematógrafo, en que la sucesión rapidísima de múltiples imágenes ó fotografías nos da la impresión de la vida.

Percepción de la profundidad ó del relieve.—Un solo ojo da la imagen de un objeto superficial ó en dos dimensiones, cual si fuera pintado (1); para percibir su corporeidad ó tercera dimensión—es decir, su profundidad ó relieve, según los casos—se requiere indispensablemente el concurso de ambos ojos. La superposición de dos imágenes de un mismo objeto, resultado de verle con ambos ojos, es la que nos hace percibirle corpóreo. La visión binocular ha recibido la denominación de *visión estereoscópica*, en razón á su mecanismo.

Ahora, como por el ejercicio del sentido quinestético llegamos á relacionar las sombras de los cuerpos con su volumen, *indirectamente* la

(1) Los ciegos natos operados de cataratas, al recobrar la vista, no perciben ni la distancia ni la profundidad ó relieve de los objetos; éstos les parecen planos y como pegados á los ojos. Sólo palpándolos les es posible distinguir un disco de una esfera, etc. Asimismo son incapaces de interpretar la perspectiva y las sombras de un cuadro.

sombra sirve también para estimar la profundidad ó el relieve de los mismos. De este medio se vale el arte de la pintura para representar los objetos de bulto.

LECCIÓN 7.^a

Percepciones auditivas (1).—Los ruidos, los sonidos musicales y la voz humana son las principales clases de percepciones auditivas (2).

Los ruidos se distinguen por su intensidad y característica peculiar (3); así no confundimos el chasquido de un látigo y el rodar de un carro.

En los sonidos distinguimos su altura, intensidad y timbre (4). Los diversos sonidos forman una gradación ó escala de tonalidad y, según el lugar que ocupan en la escala, se denominan altos ó bajos, graves ó agudos.

Las fibras de Corti, que forman la membrana basilar del caracol, es el órgano receptor de los tonos, y la membrana del tímpano, principalmente, la que fija, por la mayor ó menor presión ejercida por las ondas sonoras, la intensidad del sonido.

(1) Consúltase en una obra de Fisiología el funcionamiento del oído. A nuestro objeto basta fijarnos en la función de la membrana del tímpano y sus músculos tensores, en el papel de reforzadores que ejercen los huesecillos del oído y en la estructura de la membrana basilar del caracol, cuyas fibras semejan las cuerdas de un arpa.

(2) El ruido es un conjunto de vibraciones irregulares y no periódicas; el sonido, un conjunto de vibraciones regulares y periódicas.

(3) La irregularidad y falta de periodicidad de las ondas sonoras.

(4) La altura de un sonido depende del número de vibraciones por segundo; su intensidad, de la mayor ó menor amplitud de las ondas sonoras, y su timbre, de los sonidos armónicos que acompañan al fundamental, ó sea á las vibraciones concomitantes de la caja de resonancia, etc. Al timbre se debe el que sea distinta la nota producida por un violín, una flauta, una trompeta ó un tambor.

Además de la intensidad y altura del sonido percibimos su timbre ó hipertonos, gracias á lo cual podemos conocer el *foco del sonido*, ó sea el instrumento que lo produce, siempre que tengamos previa experiencia de cuál sea el correspondiente al instrumento de que se trata.

Distancia y dirección del sonido.— ¿Cómo sabemos la distancia á que se producen el ruido, los sonidos ó la voz humana? La experiencia común advierte que todo sonido es menos intenso cuando suena lejos, y por eso, siempre que un sonido decrece en intensidad, supone que se aleja, y caso contrario, que se acerca. Así, pues, nosotros sabemos el *lugar y movimiento* de los sonidos en función de su intensidad, siempre que su magnitud normal nos sea previamente conocida. Recíprocamente, si un sonido cerca se presenta con igual intensidad que lejos, prueba disminuyó su intensidad.

Al percibir un sonido ó ruido, no sólo percibimos conjuntamente la distancia á que suena, sino también de qué parte ó en qué dirección. Para semejante percepción no basta un solo oído, sino que se requieren los dos, pues sólo comparando la distinta intensidad ó presión ejercida en la membrana del tímpano de ambos oídos podemos saber si el sonido viene de un lado ú otro. Si se ofrece con mayor intensidad al oído derecho, viene de ese lado, y si al izquierdo, de éste. Cuando el sonido se percibe con igual intensidad por ambos oídos, proviene de frente ó de atrás. En tales casos, sólo el conocimiento previo de la intensidad y distancia á que se produce el sonido ó la voz humana pue-

de servirnos para fijar la dirección, pues los sonidos viniendo de frente suenan más que si provienen de atrás.

Esto se debe á que el pabellón de la oreja, colector de las ondas sonoras, se halla dispuesto, en nosotros, para recibir mejor las que lleguen de frente. Así se explica que si nos hacemos de cartón ó simplemente con el hueco de la mano un pabellón de la oreja equivoquemos el lugar de referencia del sonido. Igual acontece en el caso de producción de ecos.

La combinación simultánea de los sonidos da lugar á los acordes consonantes ó disonantes, según sus relaciones.

La música se vale no sólo de los acordes, si qué también de la combinación sucesiva de los sonidos, dando lugar á la melodía y, por la combinación de sus diversas intensidades, al ritmo.

Percepciones gustativas (1).—El órgano del gusto no es el paladar, como vulgarmente se cree, sino la lengua, y no toda ella, sino sus bordes y la base. Cada región de la lengua, según Kiesow, es sólo sensible á un sabor determinado, y la región media completamente insensible á todos los sabores. Además, la lengua funciona también como órgano táctil y térmico.

Para que un cuerpo sea sávido precisa se encuentre en estado líquido ó se disuelva en un líquido cualquiera; si así no se verifica, los cuer-

(1) Si se corta la lengua de través, aparece formada de prominencias ó papilas de diversa forma (filiformes, fungiformes, caliciformes, etcótera), según las distintas regiones de la misma. En cada papila vienen á terminar fibrillas nerviosas, unas libremente y otras en corpúsculos; lo cual indica que la lengua, no sólo es órgano del gusto, sino del tacto y de la temperatura.

pos resultan insípidos (1). Todos los sabores que experimentamos pueden reducirse á cuatro fundamentales: amargo, dulce, salado y ácido, pues los demás son combinaciones de éstos.

Así como hay colores complementarios, ó cuyos efectos se neutralizan entre sí, existen también sabores complementarios. Varios autores han observado que mezclando dos soluciones de gustos diferentes se obtenía un licor de sabor neutro. Kiesow ha hecho experiencias con el azúcar de caña, el ácido clorhídrico, la sal marina y la cuasina (sustancia más amarga que la quina), y obtuvo los neutralizantes salado-azucarado, salado-amargo, ácido-amargo, etc. La temperatura ejerce asimismo una gran influencia en la percepción de los sabores.

Muchos que llamamos sabores no son propiamente tales, sino percepciones gustativas combinadas con otras táctiles, como el sabor á tierra, los sabores picantes, harinosos, etc.

Asimismo, ciertas sustancias de sí insípidas, cual la canela, y, en parte, el chocolate, el café, etcétera, nos parecen sápidas por su olor. Son esas sustancias que si nos tapamos la nariz decimos que no saben á nada ó saben menos.

Percepciones olfativas.—El órgano del olfato no es toda la membrana pituitaria, sino tan sólo la parte de la misma que recibe el nombre de mancha olfativa, y que presenta una coloración amarilla ó morena. Los líquidos y sólidos son inodores, no huelen; para que las sustancias sean olorosas es menester se ofrezcan

(1) Según las investigaciones de Graham sólo son sápidos los cuerpos cristaloides, pues los coloides atraviesan lenta y difícilmente las membranas

en estado gaseoso ó se volatilicen, y el aire las haga penetrar á través de las fosas nasales. Por eso la temperatura, haciendo volátiles ciertos cuerpos, tiene una gran influencia en la percepción de los olores. Asimismo, el oxígeno juega un gran papel en la olfacción, pues las sustancias olorosas tienen con él gran afinidad, y, en cambio, los gases inodoros no son atacados por el mismo á la temperatura ordinaria (1).

Hay olores que propiamente no son tales, sino percepciones táctiles y térmicas, acompañadas, á veces, de olores; por ejemplo, el olor picante del amoníaco ó del ácido carbónico, los llamados olores frescos... Los olores sofocantes y nauseabundos probablemente afectan, unos, á los pulmones y otros, al estómago.

«También se ha observado que varios estímulos olfativos, usados en proporción conveniente de intensidad, se compensan en la sensación. Esto acaece, no sólo con las sustancias que, cual el ácido acético y el amoníaco, se neutralizan químicamente, sino también en aquéllas que, cual el caucho y la cera ó el bálsamo de tolú, á no ser en las partículas odoríficas, no obran químicamente una sobre otra» (2).

Es de notar la *anosmia* ó carencia de olfato, ya congénita ó ya adquirida, bien á consecuencia de la edad, bien por adaptación á un medio oloroso ó bien á consecuencia de una intoxicación.

(1) Weber se llenó por completo la cavidad nasal con una sustancia líquida bien saturada de olor, como el agua de Colonia, y no percibió olor alguno, pues el líquido, impidiendo la corriente de oxígeno del aire, imposibilitaba, en consecuencia, la combinación del oxígeno con la sustancia olorosa.

(2) WUNDT, *Compendio de Psicología*, pág. 72.

LECCIÓN 8.^a

Asociación de representaciones: sus leyes.—Hemos estudiado en las lecciones anteriores las percepciones elementales y aquellas de sus formas complejas cuya formación parece estar determinada por la propia constitución y función de los aparatos de los sentidos.

Ahora vamos á fijar nuestra atención en el hecho de asociarse las representaciones para formar otras más complejas ú ordenarse en nuestra mente.

La experiencia común muestra que, bien en el ensueño, bien en la vigilia; bien cuando nuestros pensamientos se producen de una manera espontánea ó reflexiva, las representaciones se ofrecen á nuestra conciencia formando series, cursos ó sucesiones. Este curso de las representaciones puede ser más ó menos incoherente y extraño, como en el ensueño; coherente y normal, como en la vigilia; fácil y flúido, como en nuestro pensar ordinario; difícil y lento, como en la reflexión.

Ahora bien; entre tan múltiples, y aparentemente discordes, modos como las representaciones se ofrecen á la conciencia, ¿no existe algún nexó fundamental entre ellas, ó algún hecho que las explique? A primera vista parece que no, pero quizás observando las formas en que tales asociaciones se producen, podamos hallarle.

Veamos, pues, en primer término, cuáles sean las formas de asociación de las representaciones.

Formas simultáneas y sucesivas.—Por de pronto, podemos distinguir dos formas principales de asociarse las presentaciones: una, la forma simultánea (ó que parece tal á nuestra conciencia), y otra, la forma sucesiva.

En la primera, representaciones múltiples aparecen á la conciencia como dadas en un momento indivisible del tiempo y formando una sola representación que, aun cuando compleja, el sujeto la considera como simple. En la segunda, las representaciones elementales ó complejas, muéstranse en la conciencia unas tras otras, ordenadas en la forma del tiempo. Las formas primeras, en general, son las llamadas *intuiciones* ó vista inmediata de las cosas; las segundas responden á lo que decimos el *discurso* ó vista mediata de las cosas. Las primeras presentan el mundo á la conciencia en su aspecto estático; las otras, en su consideración dinámica. Las unas, reflejan cosas; las otras, procesos.

Síntesis intensiva y síntesis extensiva.—

Entre las formas de asociación simultánea de representación aparecen en primer término la llamada *síntesis* ó *fusión* asociativa. Una percepción elemental, es decir, que no podemos reducir á otras, jamás se ofrece á nuestra conciencia; la misma percepción de un sonido que parece simple, ya hemos visto es sumamente compleja; mas la fusión de sus elementos es tal, que la mayor parte de los individuos y la Humanidad toda, durante siglos, no se ha dado cuenta de su complejidad.

El carácter unitario que adquieren semejantes representaciones asociadas ó fusionadas se debe

al papel predominante ejercido por alguno de sus elementos, generalmente el más enérgico. En rigor, en las síntesis de representaciones podemos distinguir dos casos: el de la *síntesis intensiva*, en que se asocian representaciones homogéneas, como acontece en las representaciones auditivas; y el de la *síntesis extensiva*, en que se fusionan representaciones heterogéneas, como sucede en las complejísimas representaciones visuales ó quinesético-táctiles.

Asimilación de representaciones.—Otra forma de asociación simultánea es la denominada *asimilación* de representaciones. Ésta tiene lugar cuando, con ocasión de una percepción ó representación actual, se unen á la misma otras ya adquiridas, para formar una representación única compleja; es decir, cuando las representaciones del recuerdo se incorporan á la presente. La asimilación se verifica principalmente entre las representaciones que más frecuentemente se ofrecen asociadas en la experiencia, tal como las visuales y auditivas y, entre estas últimas, principalmente, las verbales. Las representaciones asociadas pierden su carácter independiente y aparecen á la conciencia como una sola.

La asociación por asimilación adquiere, con la edad y la cultura del sujeto, cada vez mayor preponderancia. Por su figura, por su voz, por el ruido de sus pasos, por lo que habla, etc., conocemos una persona—la idea que tenemos de ella está constituida por el conjunto de todas esas representaciones—; pues bien, nos basta tan sólo oirla hablar, verla á distancia ú oír sus pasos, para reconocerla al punto.

Cuando se habla no se pronuncian distintamente todas las voces, ni se emplean todas las palabras necesarias; cuando se escribe no pintamos distinta y correctamente las letras y, sin embargo, entendemos lo que nos dicen ó escriben... si estamos acostumbrados á oírlos ó á leerlos, porque á la experiencia actual unimos la adquirida (1). Así se explica cómo conociendo una lengua, pero faltándonos el hábito de oírla ó de leerla en manuscrito, no nos demos cuenta de lo que nos dicen. Esta evocación de las representaciones pasadas y su unión á las actuales es tal, que, á veces, el pasado domina el presente y *vemos* no lo que hay, sino lo que esperamos ver; por eso es tan fácil dejar de ver las erratas de imprenta, sobre todo quien lo ha escrito.

Combinación de representaciones.—Así como en las asimilaciones, representaciones pasadas se asocian á alguna ó algunas presentes; en la *combinación*, representaciones diversas, todas con carácter de actualidad pero heterogéneas ó provenientes de distinto origen sensorial, se unen entre sí para formar la representación compleja y total de un objeto. Por ejemplo, la representación de un fruto es una combinación de representaciones táctiles, quinestéticas, gustativas, olfáticas y visuales. La combinación de representaciones puede ser más ó menos amplia ó numerosa; así, la representación de un

(1) «No el oír, sino el oír una cosa por otra, esto es, la falsa integración producida por asimilaciones inadecuadas es lo que, la mayor parte de las veces, nos advierte de este proceso. Igualmente puede inferirse este proceso de asimilación, por la facilidad con que podemos, casi á capricho, oír palabras dentro de una impresión sonora cualquiera; por ejemplo, en los gritos de los animales, en el ruido del agua, del viento, de una máquina, etc.»—WUNDT, *Compendio de Psicología*, pág. 306.

fruto, la del árbol que lo produce y en que se halla, la del plantío de frutales, la del paisaje todo.

LECCIÓN 9.^a

Asociación de representaciones sucesivas.—En la asociación sucesiva de representaciones se distinguen, desde luego, dos grandes grupos: el de la asociación externa y el de la asociación interna, es decir, el de aquellas representaciones que se asocian como respondiendo á condiciones exteriores, esto es, ligadas á las variaciones externas; y el de aquellas que se suceden, aparentemente, con independendencia de los objetos externos y como desligadas de esas variaciones.

Asociaciones externas.— En esta clase pueden á su vez distinguirse varios casos:

1.º **POR CONTIGÜIDAD** en el tiempo ó en el espacio. Tal asociación se establece entre las representaciones auditivas que componen una pieza musical ó las frases de un discurso; entre las representaciones visuales de las casas de una calle ó de una serie de signos escritos.

Las percepciones auditivas se unen en el tiempo; las visuales, en el espacio; las quinestéticas, en el tiempo ó en el espacio, y la de los demás sentidos de modo indiferente. Esta asociación es tanto más permanente cuanto más frecuentemente se repite.

2.º **POR SEMEJANZA Ó ANALOGÍA**; recuérdense

las conversaciones oídas. Unas veces se habla de cuadros, otras de caballos, otras de caza, etcétera, es decir, el nexo fundamental del discurso lo constituye la semejanza. La vista de un soldado japonés lleva á pensar en los soldados de otras naciones; el recuerdo de la catedral gótica de Burgos evoca el de la catedral de Colonia, y hablando á un militar de sus campañas se le sugiere todas las campañas de que tiene noticia. Este género de asociación representativa es tanto más frecuente cuanto mayor semejanza existe entre los objetos cuya representación se nos da; por consecuencia, el máximo de cohesión se ofrece entre las representaciones de objetos idénticos. Tal el caso del reconocimiento, de que hablaremos más adelante.

3.º POR CONTRASTE Ó DIFERENCIA también se enlazan las representaciones: así, el día evoca la noche; la tempestad, la calma; la riqueza, la indigencia; el saber, la ignorancia, etc. Esta forma de asociación es la menos frecuente de todas, y tanto menos frecuente cuanto más antitéticas ú opuestas. Las ideas paradójicas, que implican el mayor contraste, son muy raras y sólo propias de espíritus grandemente cultivados ó superiores (1).

4.º POR CORRELACIÓN Ó IMPLÍCITAS, como el todo y la parte, padre é hijo, maestro y discípulo, etc., constituye un género de asociación sumamente común, pues el nexo entre las representaciones, en tales casos, resulta recíproco; y así no puede pensarse una sin la otra.

(1) La conexión por contraste parece depender de la fatiga ó alternancia de los efectos. La experiencia nos enseña que en las conversaciones no se *salta* de uno á otro asunto hasta tanto se insiste mucho en uno de ellos.

Asociaciones internas. — Así como en las asociaciones externas de representaciones la mente humana se conduce cual un mecanismo— como el fonógrafo ó el cinematógrafo, que reproducen las palabras ó imágenes, tal cual las graba la voz ó la luz reflejada por los objetos—, en las asociaciones internas domina la nota subjetiva ó personal al no manifestarse por modo directo su enlace y dependencia respecto de las cosas y el orden de presentación. A primera vista pudiera llegarse hasta pensar que su enlace era obra enteramente nuestra, *modos de ver nuestro*. Mas examinadas atentamente, descúbrese prontamente su derivación y nexo en los procesos naturales.

Consideremos, si no, el caso más particular de asociaciones internas, que debido al nexo establecido, se denomina de causa ó efecto, y que quizás sea la más aparentemente personal y desligada de lo natural. Sírvanos para nuestro examen el sucedido siguiente: Una tarde de verano, un hombre, en compañía de sus amigos, toma una barca en el estanque del Retiro; están de comilona, se emulan para remar, y de pronto nuestro sujeto palidece y muere á los pocos minutos. Después se descubre que era un cardíaco, á quien el esfuerzo de remar provocó una asistolia. En lo sucesivo, cuando se hable de aquel hombre, se relacionará su muerte con la asistolia. Ahora bien; tal muerte, naturalmente, se produce después y á la par que otros muchos hechos—el haber comido, el calor de la tarde, el agua que hay en el estanque, la conversación sostenida, el ser día festivo, el pasear de las gentes, el canto de los pájaros, el estado del corazón

del sujeto, etc.—; relacionar, pues, dicha muerte tan sólo con el ataque de asistolia es escoger mentalmente, de la multiplicidad de relaciones en que el hecho se da, una de ellas, la del *antecedente*, sin el cual no se hubiera producido. De consiguiente, la relación de causa á efecto—característica de esta asociación de representaciones—no es sino un caso especial de relación temporal ó de contigüidad en el tiempo.

De análogo modo podríamos referir otras formas de asociación interna de representaciones á sus similares externas y mostrar cómo, fundamentalmente, son producidas por hechos ó cambios exteriores.

Y ya que de esto hablamos, diré algunas palabras para salir al encuentro de ciertos errores bastante comunes. Advirtamos que de un hecho en sí mismo no puede decirse sea causa ó efecto, sino cuando se le considera en relación con otros, y entonces, puesto que el mismo hecho en una relación aparece como causa y en otra resulta efecto, evidentemente hay error en sustantivar la causa ó el efecto, creyendo que un hecho por sí es una cosa ú otra. Sea un ejemplo para mayor esclarecimiento. Hirviendo una caldera, estalla y mata un hombre; en tal caso, podemos decir indiferentemente que el estallar de la caldera *fué causa* de la muerte del hombre, ó que el rompimiento de la caldera *fué efecto* de hervir el agua; luego la rotura de la caldera en sí misma no es causa ni efecto.

También, si examinamos los hechos conceptuados como medio ó como fin, veremos igualmente que el mismo hecho puede ser ya medio ó ya fin, según la relación tenida presente. Así,

un individuo escribe á un amigo (*medio*) para negociar (*fin*); negocia (*medio*) para ganar dinero (*fin*); procura ganar dinero (*medio*) para vivir bien (*fin*)... De consiguiente, de ningún hecho en sí mismo puede afirmarse sea medio ni fin.

Lo mismo ocurre con las verdades conceptuadas como principios ó consecuencias, pues á ninguna verdad puede atribuirse, en propiedad absoluta, tal cualidad, sino relativamente al discurso que se considere.

Las asociaciones internas de representaciones se manifiestan en múltiples formas; pero las principales son aquellas denominadas de causa á efecto, de medio á fin y de principio á consecuencia, en atención á las relaciones que existen entre las representaciones asociadas.

De causa á efecto es si discurriendo acerca de un pedrisco pensamos en la destrucción de la cosecha ó inversamente.

De medio á fin, si al ver un gran campo de trigo se nos ocurre el hambre que ha de satisfacer, ó al contemplar una potente máquina nos representamos el ahorro de esfuerzo humano que supone; y

De principio á consecuencia se enlazan las representaciones, si pensamos que en un triángulo sólo puede haber un ángulo recto, pues la suma de todos los ángulos vale dos rectos.

La asociación de representaciones y el lenguaje.—Una forma especialísima de asociación de representaciones—de la mayor importancia para nosotros—tiene lugar con ocasión del lenguaje. En las formas de asociación estudiadas el proceso fundamental consiste en la

presentación sucesiva de objetos en el exterior y su representación sucesiva en la conciencia del sujeto; con el lenguaje, el proceso se complica, pues á sucesivas presentaciones se corresponden sucesivas representaciones, y á éstas se refieren luego sucesivas expresiones. Y aún más: una vez fijada la conexión entre la presentación, la representación y la expresión, por el mecanismo del hábito, que más adelante hemos de considerar, la conexión se establece de modo directo, ya entre la presentación y la expresión ó ya entre la representación y la expresión.

Ahora, como dicha expresión tiene lugar por múltiples signos, de aquí también otra complejidad en el proceso indicado, según el diverso medio expresivo de que se trate y la actitud del sujeto respecto del mismo. El lenguaje de palabras no es igual al de silbidos usado por los guanches de Canarias, ni al del telégrafo Morse, ni al de banderas ó destellos usado por la Marina, y, de otra parte, no es lo mismo la palabra oída que la pronunciada, la escrita que la leída; como no es igual hacer el juego de banderas que contemplarlo, etc.

En el hombre normal y culto las representaciones de los hechos se asocia á sus expresiones habladas, escritas, oídas y leídas. El sordo, el mudo, el que no sabe ó no puede leer, el que no sabe ó no puede escribir, carecen, respectivamente, de las asociaciones correspondientes.

Cuanto mayor sea el número de conexiones establecidas más fácilmente se evocan los recuerdos, etc. Así podemos pensar en una persona al leer ú oír su nombre, al pronunciarle ó al escribirle...



Ley general de asociación. — Preguntábamos al comienzo de este estudio: ¿existe un hecho que explique el asociarse tan variado de las representaciones, ó, dicho de mejor modo, hay una ley de estos hechos? En la asociación de las representaciones correspondientes á los objetos y en la relativa á los signos del lenguaje hay un paralelismo; dado el nombre se evoca la cosa, é inversamente, dado el objeto surge el nombre. Las asociaciones internas son casos especiales de las externas, como hemos notado. En las formas variadas de las asociaciones externas fácilmente se ve su referencia á la por contigüidad en el tiempo ó en el espacio. En las asociaciones simultáneas, el mismo funcionamiento de los sentidos en unas ó el sucederse de las representaciones en otros casos, sirve de nexo á las representaciones. Por consiguiente, en vista de lo expuesto podemos concluir que *todas las formas de asociaciones de representaciones dependen del ejercicio ó del hábito*; así, de un lado, las cosas que van juntas, conexionan sus respectivas representaciones en la conciencia, y de otro, las representaciones que se dan unidas en la conciencia tienden á producirse otra vez de igual modo. Además, la *fuerza asociativa* de las representaciones es tanto mayor cuanto mayor número de veces ó más frecuentemente se hayan dado juntas en la conciencia, supuestas todas las demás condiciones iguales.

La comunidad mental que existe ya entre individuos de igual sexo ó edad, ya entre los pertenecientes á un mismo país, clase social ó profesión, tiene su explicación en la comunidad de experiencia de vida.

LECCIÓN 10.

Las llamadas ilusiones de los sentidos.—Si las representaciones de las cosas que van juntas se asocian recíprocamente una á otra; si toda representación actual tiende á evocar las representaciones ligadas á ella en la anterior experiencia, natural es que por hábito mental, cuando ciertos hechos se den, no sólo esperamos, sino creamos que cuanto otra vez siguió ha de seguir del mismo modo. Mas si hubo cambio ó modificación en las condiciones ordinarias de presentarse las cosas, haciendo aplicación de la regla de la experiencia interpretaremos los hechos extraordinarios al modo ordinario sufriendo una ilusión, es decir, representándonos ó concluyendo cosas que no son.

Esto da cuenta de por qué son más numerosas las ilusiones tratándose de cosas nuevas que de cosas que nos son familiares. El hierro, el cobre, el plomo, el platino, el agua, el ácido sulfúrico, tenemos costumbre de *verlos* y tienen propiedades similares á los cuerpos de que tenemos experiencia; pero el mercurio y, más aún, el aluminio, son desconocidos para muchos, y el gran peso del uno siendo líquido, y el exiguo del otro siendo sólido, producen ilusiones en quienes los manejan por vez primera y les conduce á hacer más ó menos esfuerzo para levantar una barra de aluminio ó un frasco de mercurio.

Los juegos de prestidigitación ilustran también lo relativo á las ilusiones. Todo prestidigitador trata de producir ilusiones en el público,

haciendo creer lo que no es para después sorprender. Citemos un caso. Un individuo entra en la pista de un circo conduciendo una gran bola en una carretilla, la vuela y la bola cae con gran estrépito y levantando polvo. Después, simulando hacer mucho esfuerzo, sube dicha bola por cima de su cabeza. Con esto, el público cree se trata de una bola de hierro de gran peso, y su sorpresa es enorme cuando ve desaparecer de su vista la tal bola... de tela pintada y armada por medio de un resorte. La ilusión del escamoteo tiene por causa la rapidez del movimiento efectuado para hacer desaparecer el objeto, rapidez que impide á la retina el fijar las diversas posiciones del cuerpo en movimiento y el no poder explicarse después cómo desapareció de ante la vista.

Las ilusiones pueden resultar del ejercicio de todos los sentidos; pero principalmente de la vista y el oído, por ser los más complejos en su funcionamiento y los de más continuo empleo.

Una ilusión óptica de que se hace frecuente aplicación es la siguiente. Si comparamos líneas rectas de igual magnitud, unas en la posición vertical y otras en la horizontal, estimaremos como mayores las verticales que las horizontales, en razón á la mayor dificultad que ofrecen los movimientos oculares de arriba hacia abajo que los laterales. De igual suerte, requiriendo los movimientos interrumpidos y obligados mayor esfuerzo que los libres y continuos, estimamos como mayores las magnitudes espaciales y temporales discontinuas que las continuas.

El arte de la pintura se vale de las sombras para producir la ilusión del relieve, y de la pers-

pectiva para producir los efectos de la lejanía. El teatro se vale de la intensidad creciente ó decreciente de las voces ó sonidos para producir el efecto de músicas ó muchedumbres que se acercan ó se alejan.

La ilusión que padecen los amputados sintiendo mucho tiempo después de operados sensaciones en el pie ó brazo que les falta, se debe á que la impresión recibida por el nervio ciático ó cubital, en cualquier punto de su trayecto, se siente en su terminación periférica, lugar de su excitación normal.

A veces, durante la noche, la impresión es tan viva, que llevan la mano al lugar en que creen sentir para convencerse de que efectivamente les falta el miembro amputado.

«Así, en estos casos de excitaciones insólitas de los órganos de los sentidos, nos formamos ideas inexactas acerca de los objetos, y esto ha hecho se les designe con el nombre de *ilusión de los sentidos*. Evidentemente el error no se produce por una acción inexacta del órgano del sentido ni del aparato nervioso que á él se refiere; ambos no pueden obrar sino según las leyes que, de una vez para todas, rigen su acción. La ilusión no reside sino en la interpretación de los datos suministrados por las sensaciones; lo cual conduce á una representación inexacta» (1).

Alucinaciones.—Otro género de representaciones sin relación alguna con los objetos ó circunstancias externas son las alucinaciones.

El gran alienista Esquirol, el primero en señalar las diferencias que existen entre la aluci-

(1) HELMHOLTZ, *Optique physiologique*, pág. 563.

nación y la ilusión, ha descrito la primera de un modo admirable en las siguientes palabras: «Un hombre que tiene la íntima convicción de una sensación actualmente percibida, cuando ningún objeto exterior está al alcance de sus sentidos, está en un estado de alucinación; *es un visionario*. Los alienados creen ver, oír, oler, gustar y tocar cuando los objetos exteriores no están al alcance de sus sentidos y no pueden actualmente impresionarles. Este síntoma es un fenómeno intelectual, cerebral; *los sentidos no entran para nada* en su producción; tiene lugar aunque los sentidos no funcionen y aunque no existan. Así, hay sordos que creen oír, ciegos que creen ver» (1).

La alucinación no necesita de la excitación de los sentidos, pues se produce por modificaciones internas; son representaciones reproducidas que adquieren una gran intensidad.

Esto no obstante, las alucinaciones adoptan el carácter de las impresiones sensoriales correspondientes, principalmente, de la vista, el oído y el sentido quínestético, y, en menor número, el gusto y el olfato.

No sólo los locos, mas también los cuerdos, aunque rara vez, están sujetos á sufrir alucinaciones.

Como causas principales de las alucinaciones figuran la acción de sustancias tóxicas—cual la morfina, el éter, el alcohol y el cloroformo—, la anemia cerebral y más generalmente la excitación nula ó excesiva de los sentidos. Por esta razón, de un lado, el aislamiento predispone á

(1) ESQUIROL, *Des hallucinations et des illusions chez les aliénés*, tomo I, pág. 159.

las alucinaciones auditivas; y la oscuridad, á las visiones; y de otro, es frecuente entre pintores y músicos las alucinaciones visuales y auditivas, debidas á las prolongadas excitaciones de los órganos correspondientes.

La imaginación, la inteligencia y la memoria.—Así como el botánico, el zoólogo ó el químico agrupan á veces variedad de seres ó de cuerpos, que el vulgo separa y nunca pensaría en reunir en una misma clase, así también, y por iguales razones, el psicólogo agrupa hechos que la psicología vulgar considera diversos, y, no obstante, un más atento examen muestra en su unidad fundamental.

Ahora, los nombres de imaginación, de inteligencia y de memoria no deben significar poderes ó facultades distintas del espíritu, sino formas diferentes de asociarse las representaciones ó de manifestarse éstas á la conciencia.

Por lo mismo, la distinción establecida y que expresan tales términos en el lenguaje, no puede ser precisa—como no lo es ninguna distinción mental—, pero se adoptan para la construcción científica. Después de esta aclaración, que no sería menester si nuestras costumbres mentales fueran otras, veamos cuáles caracteres distintivos podemos señalar entre los procesos imaginativos é intelectuales y entre éstos y la memoria.

Todo cuanto referimos á la imaginación—imágenes, tropos, creaciones artísticas, inventos—, como todo cuanto referimos á la inteligencia—ideas, juicios, raciocinios—, si lo consideramos como ya pasado, lo atribuimos á la memoria; esto es, imaginación é inteligencia se dife-

rencian tan sólo por razón del tiempo. Así, copiar ó inventar un cuadro, llegar á una fórmula ó ley de las cosas, describir una planta ó animal, siendo procesos mentales actuales, son propios ya de la imaginación, ya de la inteligencia; mas evocar en nuestra mente el cuadro pintado, recitar el verso compuesto, así sea obra nuestra, eso á la memoria corresponde. De donde se infiere que las representaciones — elementos formativos—, como las asociaciones de representaciones—formas combinatorias—, son las mismas, ya se trate de la imaginación y de la inteligencia ó de la memoria, sólo que las unas son *al formarse* y las otras *al reproducirse*. Por eso los psicólogos modernos, en vez de hablar de la memoria, hablan de la REPRODUCCIÓN *del curso de representaciones*. Porque, en efecto, si vale la expresión, las representaciones de la memoria *han estado antes* en la imaginación y en la inteligencia.

A su vez, en lo que toca á las diferencias existentes entre la imaginación y la inteligencia, no es cual muchos piensan. Fijemos si no nuestra atención en los hechos de nuestra experiencia.

Al inventar un drama, por ejemplo, el artista es dueño de crear tales ó cuales caracteres, de disponer la trama de la obra de tal cual manera; pero le está vedado hacer un niño-anciano, ó que el mar pase por Madrid, etc.; lo cual indica que ciertas construcciones mentales, creaciones espontáneas del sujeto, se hallan más ó menos desligadas del mundo exterior, en tanto en otras nos vemos obligados á reflejar los objetos y condiciones externas. Ahora bien, aquellas creaciones libérrimas del sujeto, que pueden

llegar hasta lo extravagante, son las consideradas como producto de la imaginación; y, en cambio, aquellas otras asociaciones representativas que parecen copias exactas de las cosas y de sus relaciones, tal como se dan fuera de nosotros, son las estimadas como frutos de la inteligencia. Por tales razones, convendría mejor, atento á los hechos, denominar á la imaginación *curso de representaciones INDEPENDIENTES*, y á la inteligencia, *curso de representaciones DEPENDIENTES*.

El orden genético en que aparecen los diversos procesos que venimos considerando es como sigue: al principio, las conexiones ó enlaces entre las representaciones se establecen de un modo vago y transitorio; mas después, poco á poco, con el tiempo y el ejercicio se fijan y hacen constantes, hasta que al cabo se consolidan y toman formas permanentes. Esto es, las representaciones y asociaciones independientes (imaginación) pasan á ser representaciones y asociaciones dependientes (inteligencia), y ambas terminan fijándose en una forma más ó menos inalterable, rememorativa.

Tales procesos psíquicos, en su aspecto fisiológico, han recibido modernamente explicación mediante la llamada *teoría de la iteración*, primordialmente expuesta por Spencer. Según tal teoría, así como los caminos (1) se han hecho en fuerza de andar y pasar gente; transformando el paso errabundo del viajero en sendas múltiples é inciertas; después en caminos, por más frecuentados, más amplios y precisos; y luego, al fin, consolidándose en vías de comunicación,

(1) En latín *iter iterum*, es el camino, de aquí la designación de la teoría en cuestión.

cual las carreteras y ferrocarriles, que si acaso varían su curso, resulta costoso darles otra dirección; así también las neuronas ó elementos que integran el sistema nervioso, en fuerza de ser excitados y dar paso á la corriente nérvea— que de un lado condensa energía y de otro modifica su estructura, convirtiendo la célula bipolar en multipolar y haciendo posible mayor número de conexiones entre los elementos histológicos—, van constituyendo vías de asociación cada vez más precisas y determinadas y canalizando, por decirlo así, los estímulos recibidos del medio externo.

Por tal modo, las corrientes, primero difusas, pasan á ser regladas luego y casi inmodificables más tarde. Como la fantasía errabunda y exuberante del artista ó el fecundo discurso del pensador toman forma estable mediante la escritura, mecanismo de memoria de la humanidad.

LECCIÓN 11

La imaginación: sus diversos procesos.

—Lo hemos visto: la imaginación consiste en la asociación de representaciones de un modo independiente, según la voluntad ó espontaneidad del sujeto. Su objeto, por tanto, no es reflejar las cosas, circunstancias, posiciones, etc., cual ellas son, sino, por lo contrario, en asociar las representaciones de modo que resulte modificado ó alterado el orden en que las mismas nos son dadas en la experiencia. La imaginación,

pues, no estriba en representarnos un hombre ó un caballo, cosas percibidas y existentes en el mundo real, sino en representarnos un centauro, esto es, un ser mezcla de hombre y de caballo, el cual no se da en la realidad, pues lo forjamos nosotros. De ahí que á los productos de la imaginación se les llame *ficciones*.

Toda ficción ó creación imaginativa toma los materiales de su construcción del mundo exterior ó del «tesoro de la memoria»; mas su composición es obra del sujeto. Por lo cual, la valía de esas construcciones es tanto mayor cuanto más se deja ver en ellas la preponderancia de lo interno ó subjetivo.

Las construcciones de la imaginación muestran una labor de selección de los datos de la experiencia; selección que se opera á impulsos del sentimiento. Ahora bien; según la elevación y energía del sentimiento, así resulta de potente la creación imaginada. Los sentimientos lógicos, las emociones estéticas, la pasión de lo útil, orientan, respectivamente, la imaginación, ya á las hipótesis y teorías científicas, ya á las diversas creaciones artísticas ó ya á los inventos y descubrimientos de la industria.

Por lo que respecta al grado de conciencia del proceso imaginativo, Höffding señala tres formas. Primera: puede realizarse *casi sin conciencia*, asemejándose á la forma del ensueño. Tal es el caso de Goethe al escribir su *Werther*, del cual dice: «Como había escrito este opúsculo *casi inconscientemente*, á la manera de un sonámbulo, yo mismo me admiraba cuando lo leía de nuevo.» Segunda: cuando un motivo dado excita la imaginación, y la orienta á un

fin determinado, como en el caso de la *improvisación*. Por último, cuando la acción de la imaginación se asemeja á la *investigación científica de la solución de un problema*. «A la creación instintiva, que ignora lo que hace, lo mismo que al libre desarrollo de las imágenes, que nacen de las disposiciones del momento, se opone el trabajo enérgico, que consiste en dar una forma nueva á una materia que resiste: este trabajo tiene el carácter de una volición reflexiva» (1).

Las principales formas que reviste el proceso imaginativo en correspondencia á nuestros afectos, son: con relación al placer, el procedimiento de adjunción, de complemento ó de reordenación; respecto del dolor, el proceso de supresión ó eliminación; debido á la exaltación, el engrandecimiento; y por causa de depresión del ánimo, el empequeñecimiento de las cosas.

Sirvan de ilustración al caso algunos hechos: El pintor, cuando retrata, deja en la sombra alguna imperfección del retratado, ó si hace un paisaje, para darle animación y vida lo puebla con una fiesta de campesinos; el escritor enuncia discretamente, velando la expresión, cuanto pertenece al género de lo que no puede decirse, ó en su exaltación presta relieve y engrandece personajes y escenas; Ticiano lleva al lienzo su Venus, compendio y perfección de todas las bellezas femeninas; Voltaire, en su desdén irónico, hace pigmeos de los hombres en su *Micromegas*...

No es la imaginación patrimonio exclusivo del artista, como se cree vulgarmente; si éste, movido del sentimiento de lo bello, tiende á dejar á un lado lo feo y lo imperfecto, á unir el mayor

(1) *Esquisse d'une Psychologie*, págs. 238 y 239.

número de elementos estéticos y dar un orden ideal á sus composiciones; también el científico, á impulsos de la pasión por lo verdadero, reconstruye en su mente, por débiles restos ó indicios, la imagen de la verdad mediante sus hipótesis y teorías; también el filántropo quita obstáculos y abre caminos para difundir su piedad; también el ingeniero, deseando dominar la materia ó con el intento de disminuir la humana fatiga, encadena las fuerzas, simplifica los mecanismos ó articula entre sí los ya inventados; también el comerciante, estimulado por el interés económico, imagina el modo de simplificar y combinar mejor los cambios; todos los hombres, pues, cada cual en su labor, ejercitan su imaginación y á lo existente añaden ó quitan, lo agrandan ó empequeñecen.

El ideal.—Obra compleja de la imaginación es la forja de ideal, y tanto más, cuanto más elevado, rico y comprensivo. Ya es el ideal de la higiene ó de la educación, ya el ideal moral ó de la vida social entera. Consideremos éste último á fin de explicarnos cuál se construye en nuestra mente.

Lo feo, lo antieconómico, lo injusto, lo inmoral es el mal, y el mal es el dolor; el hombre huye de él, y cuando esto no puede, aspira á su negación: el ideal social es libre de mal. Lo bello, lo económico, lo justo, lo moral es el bien, y el bien es el placer; el hombre lo persigue, y cuando no puede lograrlo, aspira á su afirmación: el ideal social es el bien. Lo inarmónico, las crisis económicas, el desorden, la disolución de las costumbres, hacen trabajosa y desgracia-



da la vida; el hombre aspira á la liberación de estas imperfecciones, y sueña con el orden: el ideal es orden. Así, todo ideal grande ó pequeño se forja lo mismo, y por eso nos aparece libre de mal, lleno de bien y armónico.

La invención y el genio.—Todas las creaciones de la imaginación constituyen inventos ó invenciones, pues en todas ellas se trata de algo nuevo, de alguna innovación en el pensamiento ó en la acción, que no fué hasta aquel momento, forjado por la voluntad del hombre á impulso de los afectos. Mas únicamente las creaciones fecundas de la imaginación se denominan inventos ó descubrimientos.

De igual suerte, á todos los hombres que inventan se les llama genios, mas como aun en las cosas más nimias cabe la invención resulta que todos los hombres son genios. Ahora que sólo aquellos hombres capaces de inventos de gran transcendencia, esto es, de inventos que impliquen una gran transformación de lo actual, es á quienes, por excelencia, se califica de genios.

Tipos de imaginación.—Bien que fundamentalmente la imaginación sea la misma en todos los hombres, en cada uno varía, no sólo por razón de los elementos representativos predominantes, según su diverso origen sensorial, sino también por la manera de combinar dichos elementos; estas formas peculiares de imaginar cada cual constituyen los llamados *tipos de imaginación*. Aquellos en quienes dominan las representaciones visuales, como los pintores, escultores, arquitectos... corresponden al *tipo vi-*

sual; quienes, como los músicos, poetas, oradores, imaginan con representaciones auditivas, son del *tipo auditivo*, y, por último, los organizadores, inventores mecánicos, que todo lo imaginan como movimientos, pertenecen al *tipo motor ó práctico*. Por razón de las formas de combinación se distinguen los artistas ó fantaseadores de los lógicos ú hombres de ciencia.

Tales diferencias se deben á condiciones nativas ó á la educación. Lo nativo de la condición se evidencia por lo exagerado de la cualidad y por la tradición de la familia.

LECCIÓN 12

La inteligencia.—Cuando las representaciones simples ó complejas se asocian de una manera necesaria, esto es, en dependencia en todo ó en parte de las variaciones del mundo exterior, constituyen la inteligencia. Un tintero redondo no podemos representárnosle como cilíndrico; un objeto mayor que otro, no podemos juzgarle como más pequeño; sabiendo que todos los metales son buenos conductores del calor, no es posible sacar la conclusión de que el hierro no lo sea. Los procesos intelectuales, pues, no son arbitrarios sino subordinados á las cosas.

Ahora en la inteligencia podemos distinguir los elementos dados por la experiencia y las formas asociativas que adoptan, ó sea la materia y *las formas de pensamiento* ó categorías mentales, como han dicho los filósofos. Del examen de los

hechos resulta que tales *formas* no son moldes huecos en que se vacía la experiencia, sino formas vivas que reviste el material de la experiencia y que dicho material contribuye á formar.

La cuestión de la *forma* y la *materia* del pensamiento, tan debatida en la Historia de la Filosofía, ha sido resuelta de un modo admirable por Spencer y Lewes. «Las formas del pensamiento, como las formas de la vida, son evoluciones, no preformaciones.» «Es muy diferente—según este último—decir que necesariamente hay dos coeficientes en la función, y decir que pueden ser aislados y estudiados aparte. Era muy diferente decir: he aquí un organismo con su conformación hereditaria y con las aptitudes que de ella dependen—las cuales deben considerarse como determinando necesariamente las formas en que será afectado por los agentes externos—, de suerte que la experiencia se compondrá de condiciones objetivas y subjetivas, y decir: he aquí el puro elemento *a priori* de toda experiencia, la forma que el espíritu imprime á la materia dada de fuera. Lo primero era una conclusión casi inevitable; lo segundo, una ficción» (1).

La inteligencia, en la misma medida que se ejercita, acrece su capacidad y muestra tendencia creciente á servirse de las concepciones, juicios y raciocinios cada vez más lejanos y aparentemente desligados de los procesos sensoriales. El citado Lewes dice á este propósito: «El hombre comienza por contar las cosas agrupándolas visiblemente; después aprende á

(1) *History of Philosophy*, t. II, pág. 484.

contar simplemente los números, en ausencia de las cosas, sirviéndose para ello de los dedos y falanges como símbolos; más tarde sustituye á éstos con signos abstractos, y la Aritmética comienza. De aquí pasa al Algebra, cuyos términos no solamente son abstractos, sino más generales, y entonces calcula relaciones numéricas y no números. Y de aquí pasa al cálculo superior de relaciones...» (1).

Las ideas, los juicios y los raciocinios.

—Entre las múltiples conexiones ó enlaces de las representaciones *dependientes* podemos distinguir varias formas. Unas, que reciben el nombre de *ideas*, corresponden á las formas asociativas simultáneas y son como el reflejo de los objetos; otras son, ya formas de asociaciones implícitas, ya asociaciones sintéticas, y constituyen el contenido propio de los *juicios*, y otras, resultado de las múltiples conexiones de los juicios, forman los *raciocinios*. Así, pues, ideas, juicios y raciocinios se ofrecen como diversas construcciones intelectuales, siendo las ideas las más sencillas y los raciocinios las más complicadas.

Aunque mentalmente separamos las ideas de los juicios y éstos de los raciocinios, en rigor puede afirmarse no se dan sino raciocinios más ó menos complicados, siendo los juicios é ideas determinaciones internas del mismo.

Hasta ahora esta parte de la Psicología ha sido un mero trasunto de la Lógica del pensamiento, pues atendiendo á la expresión verbal que ideas, juicios y raciocinios adoptan, se ha to-

(1) *Problems of Life Mind*, pág. 158.

mado más bien *lo que debe ser*, por *lo que es*, y el *resultado mental* ya perfecto y definido, por el *proceso* variable y complejo de formación. Y, nótese: si es fácil labor distinguir una idea de un juicio y éstos de un raciocinio cuando se expresan en palabras, resulta de alguna dificultad cuando se tiene presente el mismo proceso mental. Las expresiones «la pelota es redonda y la tierra es redonda» parecen equivalentes, pues lógica y aparentemente son dos juicios, pero el proceso mental implícito en ambos casos ¿es igual, ni siquiera parecido? En modo alguno; pensar que una pelota es redonda, acaso sea un juicio, pero pensar que la tierra es redonda, notoriamente constituye no uno, sino muchos raciocinios. No hay sino recordar por cuántos modos se ha llegado á averiguar esta propiedad de nuestro planeta.

Por lo que respecta á cada tipo de construcción mental—idea, juicio ó raciocinio—, aparte las diferencias clásicamente señaladas por la Lógica—y que serán aquellas de que nos ocupemos más adelante, baste considerar en los juicios cuán múltiples son los procesos de formación, desde aquellos en que se contiene la sola afirmación de la identidad cuantitativa ó cualitativa de los hechos—la simple discriminación ó semejanza—hasta aquellos en que por múltiples y complicados raciocinios se llega á formular un juicio.

Las anteriores consideraciones no tienen otro objeto que señalar los nuevos rumbos de las investigaciones y el horizonte que nos ofrecen, pues en una obra elemental como la presente no es posible llegar á más.

Condiciones del desarrollo intelectual.—Apoyándose la inteligencia en la experiencia pasada (memoria), con el transcurso del tiempo posee mayor número de materiales sobre que operar. Sin duda por esto se observa que las diversas edades de la vida ejercen una gran influencia en el desarrollo mental, pues no siendo posible vivir sin cobrar nueva experiencia, el simple crecimiento hace que, de un modo aparentemente espontáneo, aumente el poder mental. La atención es también condición requerida á este fin, pues al fijarnos en las cualidades de los objetos, al establecer comparaciones entre ellos y al seguir un recto orden en los raciocinios acrecemos nuestra capacidad intelectual. Asimismo, la salud y carencia de fatiga muéstranse como condiciones favorables para el trabajo intelectual. En cambio, la inatención, los esfuerzos prematuros, el trabajo en exceso y la falta de salud, relajan y perturban nuestro poder mental. En cuanto á los efectos de las sustancias tóxicas y narcóticas en la inteligencia no hay sino recordarlo, pues son de todos conocidos.

Formas de talento.— La unión de ciertas propiedades de la imaginación y de ciertas aptitudes de la inteligencia constituye el talento. Notorio es que, así como no todos los individuos son iguales en punto al modo de imaginar, también acontece lo propio respecto al talento. Nadie confunde al hombre *observador* con el capaz de *hacer inventos*, ni al de talento *analítico* con el especulativo ó aficionado á la *síntesis*.

Al primer género pertenecen los experimen-

tadores y prácticos; al segundo, los inventores, descubridores y artistas; al tercero, los sistematizadores, en Botánica como en Química, en Álgebra como en Geometría, y al último, los filósofos y matemáticos.

Generalmente, tales disposiciones se acusan á la vez en la generalidad de los individuos; únicamente los grandes talentos parecen ser exclusivos.

LECCIÓN 13

Ideas concretas é ideas abstractas.—

No todas las ideas son iguales. Por de pronto se han de distinguir dos clases fundamentales: las ideas concretas y las ideas abstractas. Las concretas provienen de la reunión de *todas* las representaciones que podemos formar acerca de un objeto. Así, la idea de una naranja resulta de la percepción de un *determinado* color, de un sabor, de un olor, de una forma, de un peso... Si cualquiera de estas percepciones faltase—en la determinación con que se dan en la experiencia—, ya no sería la idea de *esa* naranja, sino la de *una* naranja cualquiera, y si alguna percepción del grupo fuese reemplazada por otra—por ejemplo, el sabor—, podría ser la idea de una mandarina. La sal y el azúcar molidos, sólo difieren (para la vulgar experiencia) en el sabor; pues bien, sus ideas correspondientes sólo diferirán entre sí por la percepción gustativa.

Las ideas abstractas, que no representan co-

sas sino cualidades ó clases de cosas, se forman aislando ó considerando aparte alguna ó algunas de las representaciones del concreto; así, del concreto campana podemos tomar tan sólo *la forma ó el color*, ó prescindir del *determinado* color, forma, etc., de ésta, y representarnos tan sólo *indeterminadamente* la campana. En ambos casos, la idea así formada será abstracta.

Más adelante se detallará este proceso de abstracción.

Grados de abstracción.—Propiamente, la idea concreta no puede ser más que una; pero en la idea abstracta caben grados diversos, ya que la abstracción depende del mayor ó menor número de representaciones que se tomen del concreto. La jerarquía de ideas implícita en toda clasificación marca los diversos grados de abstracción. La idea de *ser* es mucho más abstracta que la de *animal*, y la de *vertebrado* menos abstracta que la de *animal*.

En la abstracción pueden distinguirse tres grados principales: la abstracción anterior á la palabra, tal como puede darse en los niños y sordomudos; la abstracción acompañada de la palabra, como la tienen los individuos de los pueblos primitivos y semicivilizados, y la abstracción representada sólo por la palabra, de que nos ofrece ejemplo las ideas derivadas de las clasificaciones científicas.

Los grados diversos de abstracción en las ideas marcan el desarrollo intelectual. Las concretas son las primeras que se forman; después las menos abstractas, y, por fin, las más abstractas. Los salvajes se quedan, en su desarro-

llo, en los tipos medios de abstracción, y algunos no llegan á formarlos en su vida.

«Sólo por excepción se encuentra en las lenguas indias de la América del Norte un término algo general para expresar *encina*; la lengua choctaw tiene nombres para la encina negra, la encina blanca y la encina roja; pero no tiene nombre general para la encina. Igualmente los tasmanios no tenían término general para decir árbol, aun cuando tenían nombres para muchas especies particulares de árboles, ni palabras abstractas para expresar cualidades; en lugar de *duro*, decían «como la piedra»; en vez de *redondo*, «como la Luna»; en lugar de *alto*, «de largas piernas». Lichtenstein refiere que los bushmans son incapaces de contar más allá de dos, y otros muchos salvajes no saben contar más allá de cinco» (1).

Abstracción é imaginación.—Las ideas abstractas aparecen á veces, á primera vista, con caracteres semejantes á las representaciones imaginativas, por cuanto parece no corresponder á ellas nada real; sin embargo, unas y otras son construcciones mentales muy diferentes. En las construcciones imaginativas los elementos los tomamos de donde queremos y los combinamos como queremos; mas para la formación de las abstracciones los elementos salen de los concretos, y su combinación se determina por el concreto á que hace referencia la abstracción genérica.

Así, la representación imaginativa de la sirena la formamos combinando arbitrariamente partes

(1) MAUDSLEY, *Physiologie de l'esprit*, págs. 256 y siguientes.

de un pez y de una mujer; mas para la representación abstracta de triángulo necesitamos tomar sus elementos de los triángulos concretos tales ó cuales y la forma de su combinación ha de ser tal que corresponda al tipo triángulo, pues de otro modo fuera otra figura.

Ideas particulares y generales. — Otra distinción suele hacerse de las ideas: en particulares, que corresponden á un objeto singular (*mi casa, Luis Vives*); y generales, que se refieren á varios objetos de una clase (*hombre, mamífero, río*).

Cuando se da una multiplicidad de objetos, la idea de uno de ellos es particular; mas la idea que corresponde á todos es general. Las ideas particulares son las concretas, en tanto se oponen á las genéricas. La idea general se forma tomando de varios objetos las representaciones comunes. Huxley, con este motivo, dice: «Para aclarar la naturaleza de esta operación mental puede compararse á lo que pasa en la producción de las fotografías compuestas, cuando, por ejemplo, las imágenes dadas por las fisonomías de seis personas se reciben en una misma placa fotográfica durante el sexto del tiempo necesario para hacer un solo retrato. El resultado final es que, todos los puntos semejantes en las seis fisonomías resaltan con fuerza, mientras que todos aquellos por los cuales difieren quedan vagos. Así se obtiene un retrato genérico de seis personas» (1).

(1) *Hume, cap. IV.*

Procesos psicológico de la abstracción y de la generalización.—Asociar, unificar las representaciones dadas en la experiencia; disociar, aislar ó modificar el orden primitivo de las representaciones, constituye el fondo de todas las operaciones intelectuales. La abstracción resulta de estas últimas, y se efectúa ya de un modo espontáneo, ya de un modo reflexivo. La selección se opera entre las representaciones de los concretos de un modo espontáneo ó intencional por la debilitación que sufren unas y el vigor que otras adquieren por la atención, ante las sollicitaciones del sentimiento y de las necesidades prácticas. El pintor, de todas las cosas abstrae espontáneamente la forma ó el color; el comerciante, su carácter económico. Helmholtz (1) ha hecho notar cómo nosotros «no prestamos fácil y exactamente atención á nuestras sensaciones sino en tanto en cuanto podemos utilizarlas para reconocer objetos exteriores»; por consiguiente, aun nuestras ideas concretas, en rigor, son abstractas (2).

El proceso de generalización ó de abstracción générica se diferencia únicamente del anterior en que es posterior y más complejo. Para formar natural ó intencionalmente una representación de clase, es decir, comprensiva de todos y cada uno de los individuos de un grupo, es preciso abstraer de cada representación concreta ciertas notas comunes ó semejantes que se ofre-

(1) *Optique physiologique*, pág. 566.

(2) «Una imagen absolutamente individual y concreta supondría que el análisis ha sido acabado y la atención expresamente dirigida á todos los detalles. Al comienzo solamente se perciben y retienen fases particulares y aisladas de los objetos. De aquí las numerosas desilusiones que la conciencia primitiva experimenta—pues tendiendo, en su precipitación, á prestar realidad á todas sus representaciones—concluye del acuerdo sobre un cierto punto á una identidad completa.»—HOFFDING, *Esquisse d'une Psychologie*, pág. 224.

cen en todos los concretos del grupo, de tal manera, que la representación esquemática ó simbólica que formemos sea á la vez de uno y de todos. La mencionada comparación de Huxley, entre el proceso de generalización y las fotografías compuestas, expresa de un modo pasivo é inintencional este fenómeno.

Los juicios: sus formas y grados.—

Atendiendo á su expresión por el lenguaje, la distinción entre las múltiples, variadas y complejas operaciones mentales se presenta con gran llaneza. Al término corresponde la idea ó concepto, á la proposición el juicio, y á la argumentación el raciocinio. Y en consecuencia, concebir, juzgar y razonar constituyen las tres operaciones en que se manifiesta la inteligencia.

¿Mas es esto así? Seguramente que no. Acaso no se pueda todavía presentar con entera claridad ó explicar debidamente tales procesos mentales; pero es notorio, desde luego, que son mucho más complejos de cuanto se ha supuesto y no tan fácil de trazar la línea divisoria entre ellos. Para convencernos de esto no hay sino atender á la enunciación de varios juicios y considerar después el *camino* por que se ha llegado á los mismos, ó, dicho de otra manera, el proceso mental que condujo á tal resultado (1).

Reduciendo á sus formas principales los procesos mentales que tienen lugar en los juicios, á fin de acomodar la explicación al carácter elemental de esta obra, indicaré lo siguiente:

(1) En la tesis doctoral que pienso presentar para graduarme estudiaré «los procesos mentales representativos», y allí se verá esto con mayor precisión y amplitud.

En los juicios pueden distinguirse cuatro *tipos* de formación:

1.º Los referentes á la posición; como cuando juzgamos si un objeto está situado más arriba, más abajo, al lado, etc., ó si aconteció antes ó después que otro.

2.º Los que mediante comparación fijan semejanzas ó diferencias de cantidad ó cualidad entre los objetos.—Igualdades y equivalencias matemáticas, son juicios de este tipo.

3.º Los llamados juicios analíticos ó que hacen explícita una cualidad del objeto.

4.º Los denominados juicios sintéticos ó que concluyen afirmando la pertenencia de una determinada propiedad al objeto que se considera.

El proceso de formación de los primeros consiste en una mera asociación de representaciones, según la forma de contigüidad en el tiempo ó en el espacio.

Los segundos se confunden, en su grado elemental, con la simple *percepción de diferencia*. A ellos hace referencia Aristóteles cuando comparando el ángulo y el juicio dice que como dos líneas que se encuentran tienen un punto común á ambas, el juicio puede presentar el punto de confluencia de la afirmación entre el sujeto y el predicado.

En estos juicios, sin duda, se presentan variantes, según que se proceda por yuxtaposición ó por cotejo sucesivo de percepciones, y también por razón de la menor ó mayor complejidad que ofrezca la comparación establecida. Así, no es lo mismo juzgar acerca de la magnitud diferencial entre objetos de igual ó desigual forma, que notar la semejanza existente entre los fenómenos

de combustión y oxidación de un cuerpo. Y siempre será más complejo el proceso mental de juzgar diferencias y semejanzas entre propiedades de objetos concretos ó sensibles que entre cualidades abstractas ó racionales de éstos.

El proceso de los juicios analíticos consiste en representarnos un objeto como un todo, y después, por abstracción, considerar distintamente tales ó cuales propiedades del mismo, es decir, en hacer explícito lo implícito en una representación compleja. Así, al pensar «este perro es negro», indudablemente primero tenemos la representación total del perro, con todos sus caracteres, y después consideramos aparte la representación de negro.

En los juicios sintéticos el proceso cardinal consiste en representarnos un objeto no del todo y enriquecer ó completar dicha representación mediante otras que vamos adquiriendo. En estos juicios se distinguen varios modos. Sirvan de ilustración los ejemplos siguientes: Cuando juzgamos que «tal tierra es una isla», á la percepción inmediata de «tal tierra» unimos, después de recorrer su perímetro, la representación de «isla», ó de estar aislada de otras tierras por las aguas. Cuando juzgamos que «Juan es bueno», á la representación de Juan añadimos la de su propiedad de «bueno», adquirida mediante las múltiples representaciones de los actos realizados por Juan. Y si decimos que «la tierra es redonda» también unimos las representaciones de «tierra» y «redonda», pero á la segunda se llega por varios racionios. Los juicios matemáticos á que conduce una demostración son sintéticos.

La posición del sujeto respecto del objeto que juzga, naturalmente, no es indiferente, pues altera el proceso mental en cuestión. Así, si los juicios sintéticos «Esta tierra es una isla» ó la «Tierra es redonda», en vez de formularlos en las condiciones ordinarias de la vida, los emitiríamos contemplando la isla desde un globo ó la Tierra desde un punto del espacio en que nos fuera dable percibir la cualidad de aislada de la una (1) ó la esferoidicidad de la otra, ya no se tratará de juicios sintéticos, sino de juicios analíticos.

Paréceme suficiente lo expresado para mostrar cuán compleja es la materia y elucidarla en su parte más fundamental.

Comparando los distintos tipos de juicio se nota que entre idea y juicio no hay sino diferencia de grado.

A su vez, según las representaciones que integran el juicio así varía también el grado del mismo. Entre el que implica una distinción sensorial y el que supone la distinción ó comparación de dos civilizaciones; entre el juicio de las cosas concretas y el de las abstractas ó genéricas, existen multitud de grados de complicación en el proceso mental.

Las percepciones de posición y de diferencia, como las asociaciones de representaciones que dan lugar á los juicios, no son en modo alguno arbitrarias, sino determinadas por las cosas mismas. Esta conexión, necesaria entre las representaciones, diferencia lo intelectual de lo imaginativo. No es lo mismo un simil ó antítesis que un juicio.

(1) Vista desde lo alto la isla se mostraría rodeada de agua, del mismo modo que podría verse montuosa ó de color blanco.

Los raciocinios.—Todo cuanto conocemos son objetos ó procesos, hechos ó sucesos, estructuras ó funciones. Las ideas y juicios nos informan de los primeros, y como fundamentalmente implican asociaciones simultáneas, podemos denominarles *intuiciones*; los raciocinios nos dan cuenta de los procesos ó acaecimientos en general, y particularmente de las conexiones existentes entre los sucesos, y como fundamentalmente implican asociaciones sucesivas, pueden ser llamados *discursos*.

Siendo la inteligencia fundamentalmente función de coordinación, manifiesta especialmente su carácter en el raciocinio, en cuanto por él se efectúa el enlace de los hechos externos. Hallar la razón de un hecho es mostrar su *por qué*, *cómo ocurre*, ó, dicho de otro modo, presentarlo como efecto, continuación ó transformación de otro ú otros anteriores, llamados causas.

A los diversos momentos del proceso externo corresponde en la mente diversas representaciones, simples ó complejas; y la mayor ó menor cohesión que en la asociación de las mismas se establece es proporcional á la persistencia del enlace entre los agentes á que responden.

Por eso el raciocinio, cuyo objeto es ir de lo conocido á lo desconocido, presenta grados tan variables de valor, pues responde ya á los cambios enteramente fortuitos, como á los completamente necesarios. La función máxima de la inteligencia se produce cuando llega á formular el principio: Todo efecto tiene su causa, ó recíprocamente.

Ahora, haciendo una distinción práctica, podemos señalar dos formas de raciocinios: una

mecánica, que responde al enlace de representaciones por contigüidad en el tiempo, y otra *lógica*, que se refiere á las conexiones de representaciones, á partir de las asociaciones por semejanza ó diferencia, y llegando hasta las que se unen, según las relaciones de causa á efecto, de medio á fin ó de principio á consecuencia. El raciocinio mecánico corresponde, ya á la llamada inferencia, ya al raciocinio analógico ó por analogía; y el raciocinio lógico, ó raciocinio por excelencia, se refiere á la inducción y á la deducción.

Inferencia.—La forma más sencilla de razonar, y por ello la más común (la que ordinariamente emplean los niños, los *primitivos* y los incultos de nuestras sociedades), consiste en pasar de un juicio á otro idéntico ó cuasi idéntico, ó mejor dicho, en reproducir una secuencia entre hechos antecedentes y consiguientes. El niño se quema la mano con una bujía é infiere para lo sucesivo que si repitiera su acción se quemaría. Vemos nublado y pensamos lloverá porque otras veces llovió. Es decir, de lo ocurrido una vez se infiere lo que acontecerá en otro momento. Y cuanto más veces se repita en nuestra experiencia tal secuencia entre los hechos, más firme será la inferencia que formemos. Como se ve en este caso, el raciocinio refleja perfectamente los cambios acaecidos en el exterior y, por tanto, se funda en una asociación habitual. Pero ésta no garantiza la objetividad del proceso.

A este modo de razonar pertenecen numerosas supersticiones.

Raciocinio análogo. — Su proceso estriba en asociar representaciones análogas ó por semejanza; es un grado superior de la inferencia, pues si en aquélla la mente marcha de lo idéntico á lo idéntico ó cuasi idéntico, aquí va de lo análogo á lo análogo ó algo análogo.

Así razonó aquel obrero que habiendo estado mucho tiempo en las minas de oro de California, al llegar á Australia y ver un terreno de constitución y aspecto semejante á aquel en que viviera, pensó que también habría oro en aquella tierra, y descubrió las minas. Por analogía se razona cuando se supone que otros planetas están habitados como el nuestro, pues ofrecen análogas condiciones de vida, por lo que sabemos. Por analogía se concluyó un día en la paridad de relaciones entre padres é hijos y monarca y súbditos. Discurriendo analógicamente, el egoísta supone que no hay sino egoístas en el mundo y el bueno llega hasta creer imposible la maldad ajena.

Inducción y deducción. — Otras formas más complejas de raciocinio son la inducción y la deducción.

Cuando la conexión entre hechos antecedentes y consiguientes, en vez de darse alguna vez, se muestra *invariablemente*, esto es, cuando el proceso es constante, el raciocinio que lo refleja recibe el nombre de inducción. Dicho raciocinio consiste en la asociación *constante* de ciertas representaciones. El juicio en que concluye el raciocinio expresa la *ley ó razón* de los hechos en cuestión.

Para llegar á fijar, el antecedente *invariable* ó

causa y el consiguiente *invariable* ó efecto, en un proceso cualquiera, precisa eliminar los antecedentes accidentales ó simples *coincidencias*. A ese fin, se observa: primero, si dado el hecho consiguiente siempre se da el antecedente; segundo, si suprimido el hecho que se considera constante, el consiguiente no se produce, y, por último, si á la variación del hecho estimado como causa ó antecedente invariable se sigue siempre la variación del consiguiente. Como puede notarse, el razonamiento supone múltiples asociaciones de representaciones por semejanza y por diferencia, y últimamente de causa á efecto. Así, de la presencia, ausencia y variación del calor actuando en los metales se sigue que «el calor dilata los cuerpos».

El proceso psicológico que se opera en el raciocinio inductivo tiene cierta semejanza ó analogía con el de los juicios sintéticos, pues constituye una serie de juicios particulares que se subsuman ó contienen al fin en un juicio general. Esquematisando dicho raciocinio podría ser su fórmula (con referencia al ejemplo citado): el calor dilata tal cuerpo; sin calor no se dilata; á toda variación del calor corresponde la variación directa en el volumen del cuerpo; luego el calor dilata los cuerpos.

El raciocinio deductivo no refleja procesos ó cambios externos sino enlaces de expresiones equivalentes, pues mira á poner de manifiesto un juicio general en los contenidos particulares que implica. La deducción puede constar de un número indeterminado de juicios; pero como el mecanismo más elemental para sacar consecuencias, ó para hacer explícito el contenido de un

juicio, requiere tres, de ahí que el silogismo se considere como el tipo del raciocinio deductivo.

La deducción de tipo más perfecta se usa en Matemáticas en la serie de igualdades que corresponde á una demostración. En ella el raciocinio se funda en la *sustitución ó equivalencia* de expresión, ó sea en que «dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí».

En los raciocinios no matemáticos el fundamento estriba en la *congruencia* de las expresiones, ó sea en que constituyan expresiones implícitas. Estos raciocinios se asemejan á los juicios analíticos, pues partiéndose de un juicio muy comprensivo se concluye en uno menos comprensivo. Su fundamento es: las propiedades de una clase de objetos son propiedades de cada uno de los objetos de dicha clase.

LECCIÓN 15.

La memoria.—La reproducción (1) del curso de representaciones, más ó menos complejas, constituye el proceso mental á que de ordinario se da el nombre de memoria. Las diversas construcciones imaginativas ó intelectuales implican ya ciertamente la reproducción de representaciones dadas en la experiencia; pero hasta ahora no fijamos suficientemente la atención en ese aspecto del fenómeno.

El hecho de cómo están las representaciones

(1) Semejante reproducción jamás es exacta, pero puede tomarse como tal, de igual manera que consideramos como idénticos objetos que en realidad no lo son, aunque sí sumamente semejantes.

en nuestra mente puede explicarse por el más general de la disposición dinámica que adquieren nuestros músculos mediante su ejercicio; la rapidez, el menor esfuerzo, la perfección, lo mismo para la memoria que para el músculo, dependen de su funcionamiento.

Recuerdo y olvido. — Las representaciones y sus formas asociativas, una vez dadas, tienden siempre á reaparecer; pero, en unos casos, nuestra conciencia las reconoce como pasadas, y en otros no.

En la retentividad se dan grados muy diferentes. Así, unas veces, recuerdo que he tenido una conversación con un amigo, en tal parte, en tal día y hora, y que hablamos de tal cosa; y, en otras ocasiones, tan sólo recuerdo que hablé con mi amigo de tal cosa. En el primer caso me represento el hecho con todas sus circunstancias y detalles; en el segundo, sólo en sus líneas más principales.

De modo que si la simple reproducción del curso de representaciones es ya memoria, en el amplio sentido del término; la reproducción de representaciones acompañada de la conciencia de ser pasadas, de producirnos el sentimiento de lo «ya visto» ó «de la familiaridad», constituye la memoria, en su sentido más estricto.

La memoria adquiere mayor determinación cuando *localiza* ó precisa el momento del hecho á que hace referencia el recuerdo. El proceso mental que con tal motivo se efectúa merece fijar nuestra atención.

Siempre que pretendemos fijar nuestra posición ó la de un cuerpo cualquiera, lo hacemos

con relación á un punto de partida, pues de igual modo para determinar un momento del tiempo habremos de referirnos á uno en especial: de ordinario el presente. Ahora bien, tratando de localizar recuerdos próximos, procuramos ligar nuestras representaciones actuales á las inmediatamente pasadas, y así sucesivamente retrogradamos en el tiempo hasta dar con el momento que deseamos fijar. Pero si el hecho del recuerdo está lejano, entonces recurrimos á medios más breves y rápidos, fijando *puntos de referencia* intermedios y á éstos nos vamos refiriendo para hallar el recuerdo de que se trata.

Todos sabemos de propia experiencia que cuando queremos fijar la fecha de un suceso lo relacionamos con otros cuyo momento recordamos perfectamente y luego *acortando cada vez más las distancias, acotándolo*, por decirlo así, entre los hechos de fecha conocida, llegamos á localizarlo en el tiempo.

La localización del recuerdo se efectúa con más ó menos exactitud, desde fijar el preciso momento de lo acaecido hasta la vaguedad suma en que llegamos á dudar de si el hecho ha ocurrido ó lo hemos soñado.

Los citados puntos de referencia, por lo general, se presentan espontáneamente á la conciencia: son hechos *notables* ó *culminantes* de nuestra vida personal ó familiar, ó de la Historia. Otras veces, las menos, los fijamos intencionalmente. De todos modos, mediante la repetición, el proceso de localización adquiere rapidez y llega á ser casi instantáneo.

La representación del tiempo sufre grandes

alteraciones, bien en atención al contenido representativo, bien á la influencia del sentimiento. Así, en Historia, los siglos ó reinados de que tenemos mayor número de conocimientos nos parecen más largos que aquellos de que poseemos menos noticias; y la experiencia diaria de la vida nos enseña cómo el placer abrevia el tiempo transcurrido, y, en cambio, el dolor alarga las horas. El tiempo ocupado en el trabajo, no siendo fatigoso, transcurre rápidamente, mas, por lo contrario, el tiempo del ocio es muy largo. Además, Vierordt ha mostrado nuestra tendencia á representarnos como mayores las reducidas fracciones de tiempo y como más cortas las grandes.

Cuando no se reproducen nuestras representaciones tenemos el olvido. Ahora bien; en rigor, todos los recuerdos están impregnados de olvido, pues nunca se efectúa completa y exactamente la reproducción del curso de representaciones. Sin embargo, cuando el olvido aligera el proceso mental y sirve de base á la reforma de las concepciones, no nos damos cuenta de ello y sólo se manifiesta tal deficiencia cuando, pasando de ciertos límites, llega á constituir una traba para nuestra conservación ó adelanto.

Para ver dentro de qué límites resulta normal el olvido, comparemos recuerdo y olvido con la asimilación y desasimilación en el proceso nutritivo. Siendo la vida perpetuo cambio tan necesario, resultan asimilación ó desasimilación para vivir; pero desde luego se nos ocurre que si desasimilamos menos de cuanto asimilamos creceremos ó aumentaremos de volumen, que si ambas funciones se equilibran permaneceremos en igual estado, y que si predomina la

desasimilación decaeremos hasta morir. Pues igual acontece entre recuerdo y olvido con relación á nuestro desarrollo mental. Y, nótese: la comparación resulta igualmente exacta de relacionar el proceso nutritivo y rememorativo en las diversas edades de la vida.

Reminiscencia y reconocimiento. — Si el recuerdo consiste en la reproducción más ó menos exacta de los hechos y sus circunstancias, en la *reminiscencia* sólo se evocan algunas de las representaciones de la pasada experiencia, sin determinación alguna en el tiempo.

Aun más vaga é imprecisa la reproducción en el acto del reconocimiento, pues la evocación de las representaciones en el recuerdo y en la reminiscencia se produce espontáneamente; mas en el reconocimiento se requiere la sollicitación de alguna de las representaciones actuales (1). Así, por ejemplo, la vista de una persona despierta el recuerdo de lo que hizo; una casa, cuanto pasó en ella.

La inspiración. — Un hecho especial de la memoria es la llamada inspiración, es decir, la evocación fácil y de improviso de los recuerdos ó el enlace entre varios de ellos. Lo sorprendente de la inspiración se debe á la rapidez con que se produce el curso de representaciones, lo cual hace que desaparezcan para la conciencia del sujeto algunos términos de la serie; de aquí la sorpresa é inconciencia del propio sujeto ante dicho fenómeno. Un individuo piensa por mucho

(1) Es el caso ya estudiado de *asimilación* al tratar de la asociación simultánea de representaciones. Una cosa es *recordar* un nombre y otra *reconocerle* una vez pronunciado delante de nosotros.

tiempo en la resolución de un problema, y *de pronto le salta* la solución. Parece inconcebible. Y sin embargo, el trabajo anterior explica el hecho, pues «esas ocurrencias las tienen los que trabajan» (1). Los recuerdos, al parecer no suscitados por ninguna asociación, las lecciones leídas la víspera y sabidas al día siguiente, son fenómenos de este género.

Tipos de memoria.—Así como, respecto á los *modos de pensar* y de imaginar, vimos que cada individuo ofrecía formas muy diferentes, así también tocante á la memoria ocurre lo propio. Hay quienes recuerdan mejor las cosas vistas, quién las oídas, quién las practicadas; es decir, hay también visuales, auditivos y motores por lo que se refiere á la memoria (2). Y dentro de los mismos tipos visual ó auditivo se ofrecen particularidades varias, pues si unos recuerdan bien las líneas, otros recuerdan los colores y otros mejor la música que el verso, ó viceversa. En estos tipos de memoria *sensorial* se hace distinción también entre los sujetos de memoria *espacial* y *temporal*, según que retienen mejor lo referente á lugares que á fechas ó sucedidos.

Otra diferencia, observada desde la más remota antigüedad en punto á la memoria, es la de memoria *mecánica* y memoria *lógica*, según que preponderan en los recuerdos las asociaciones externas—en especial las por contigüidad—ó las asociaciones internas—principalmente las de

(1) Frase de Ramón y Cajal al hablar de sus descubrimientos en el Ateneo.

(2) Los pintores Horacio Vernet y Gustavo Doré podían hacer un retrato después de ver una sola vez á la persona que habían de retratar. Mozart pudo escribir el *Miserere* de la capilla Sixtina después de haberlo oído dos veces.

causa ó efecto. Respecto á estos tipos de memoria es de notar que el primero es más propio de las personas incultas, y el segundo de las ya educadas; y consiguientemente que con la edad, en general, tiende á predominar el tipo de memoria lógica sobre el anterior.

Condiciones del desarrollo de la memoria.

—Es de experiencia vulgar, cómo la repetición de una lectura, de un relato... graba más los hechos, y de qué modo resulta favorable, en igualdad de condiciones, la frecuencia de la repetición, siempre que no fatigue, para retener las cosas. Asimismo la afectividad concomitante á la representación que hemos de formar, ó el grado de interés, hace recordar las cosas mejor que si nos son indiferentes. Los sucesos ó hechos notables que impresionan grandemente basta se den tan sólo una vez para que siempre los recordemos (1). De igual manera el grado de atención que prestamos intencionalmente á los hechos favorece á su retentividad. También la duración ó intensidad de la impresión es coeficiente de importancia para su recordación.

De la misma suerte, y acaso en mayor grado, influyen en el desarrollo de la memoria las condiciones físicas. La experiencia muestra cómo la salud, el grado de vigor ó de fatiga, el estado de nutrición, la ingerencia de ciertas sustancias—cual el alcohol, el haschid, el café, el opio, el tabaco, etc.—dejan sentir sus efectos en la

(1) Se lee un periódico de corrido, ¿y qué noticias quedan en el recuerdo? Las que nos interesan.

Por otra parte, la atención habitual y el interés especial de toda vocación determinan, lo que se podría llamar, el tipo de memoria profesional.

memoria, unos como excitantes y otros como deprimentes (1). La debilidad, el cansancio, el tabaco aminoran la memoria; la fiebre, el café, la excitan.

LECCIÓN 16.

Perturbaciones de la memoria. — Digamos en primer término, de ahora para lo sucesivo, que lo normal, como la salud, es un ideal, mas no una realidad. De modo que, por paradójico que parezca, lo normal es lo anormal. Por consiguiente, en la práctica de la vida, no podemos tomar como normal sino lo que es menos anormal. Por donde la serie de perturbaciones de la memoria, de que vamos á ocuparnos, en reducidas proporciones, todos las padecemos. A todos se nos olvidan hechos ó cosas que quisiéramos recordar; á muchos les habrá ocurrido, ciertamente, ir á buscar un objeto y llegados al punto donde se encuentra no saber qué buscaba y tener que irse sin él; y después al volver por él otra vez, olvidársele de nuevo por lo que iba, etc. Así, pues, las perturbaciones de la memoria, propiamente dichas, no son esas obliteraciones momentáneas y transitorias que todos padecemos ordinariamente, sino esas mismas cuando se ofrecen con carácter nada común.

Amnesia.—El olvido extraordinario ofrece formas muy diversas. Ante todo, distinguiremos

(1) Todo excitante, pasada su acción primera, obra en sentido contrario.

dos grandes clases: las *amnesias generales*, en que el olvido se refiere á todo género de recuerdos, y las *amnesias parciales*, en que se circunscribe á sólo un orden de ellos.

Entre las amnesias generales se diferencian: las amnesias temporales, las periódicas, las progresivas y las congénitas. En las *amnesias temporales* se pierde la memoria durante un lapso de tiempo, y, por consiguiente, «un cierto período mental es como si no hubiera existido». Su duración es de unos minutos ó de años, y el sujeto, por lo general epiléptico, no sabe nada de su estado sino por el testimonio de los demás ó por muy vagas conjeturas (1). Cuando se produce á consecuencia de un golpe ó por conmoción cerebral, la amnesia comprende el período anterior, y otras veces, el anterior y siguiente al accidente. La memoria, en ocasiones, reaparece de pronto; otras vuelve muy lentamente, y alguna no se restaura; teniendo, en consecuencia, que reeducarse el sujeto. La *amnesia periódica* se verifica por intervalos y puede dar lugar á la constitución de dos memorias, si los recuerdos del período anormal y del período normal no se enlazan entre sí. Los sonámbulos ofrecen este fenómeno en su forma atenuada, pues aunque pasado el acceso no conservan ningún recuerdo, cada crisis lleva consigo el recuerdo de las crisis precedentes (2). En la *amnesia progresiva*

(1) Una enferma que fué á consultar un médico tuvo un ataque epiléptico; se rehizo en seguida, pero había olvidado que acababa de pagar antes del ataque.

Cuenta Laveok que un maquinista de un vapor, que se cayó de espaldas y se dió en la parte posterior de la cabeza con un objeto duro, quedó por algún tiempo sin conocimiento; mas al recobrar la salud conservaba sólo el recuerdo de los años anteriores al accidente, no el de los posteriores.

(2) Hamilton nos habla de un pobre aprendiz que en cuanto se dormía se creía padre de familia, rico, senador; recomenzaba cada noche su historia muy regularmente; la contaba en alta voz muy dis-

—que se observa en los viejos, en los locos y en los paralíticos—los recuerdos desaparecen de continuo, lentamente, hasta la completa extinción de la memoria. Al principio, el sujeto sufre frecuentes olvidos de las cosas del día, y luego se olvida de otros hechos cada vez menos recientes. Los últimos recuerdos que desaparecen son los de más antigua fecha (1). Más adelante volveremos á ocuparnos de esta forma de amnesia, tan interesante para nuestro estudio. Las formas de *amnesia congénita* es propia de idiotas é imbéciles, los cuales, en su mayoría, desde el nacimiento presentan una debilidad general de la memoria. A veces estos individuos, en un orden particular y limitado de recuerdos, tienen una memoria muy notable (2).

Las amnesias parciales ofrecen gran variedad de formas, las cuales muestran la complejidad y, al propio tiempo, la independencia de los recuerdos. Unos sujetos olvidan una lengua; otros, los colores; otros, las notas musicales: quiénes las fisonomías; quiénes, los nombres propios; quiénes, las letras iniciales de palabra ó las sílabas finales; en suma, la memoria se nos presenta cual un mosaico, en que puede faltar ya una

tintamente, y renegaba de su estado de aprendiz cuando se le interpellaba sobre este asunto.

La embriaguez produce la misma vuelta de la memoria, como lo prueba el caso del comisario irlandés que, habiendo perdido un paquete estando borracho, se emborrachó de nuevo y se acordó de donde lo había dejado.

(1) «Un célebre astrónomo ruso olvidó sucesivamente los acontecimientos de la víspera; después, los del año; luego, los últimos años, y así sucesivamente fué aumentando el vacío, tanto que por último no le quedaba sino el recuerdo de los sucesos de su infancia. Se le creía perdido; pero por una detención repentina del mal el vacío se llenó en sentido inverso... Cuando murió estaba restaurada su memoria.»—TAINÉ.

(2) Un imbecil se acordaba de los enterramientos hechos cada día en una parroquia desde hacia treinta y cinco años. Podía repetir con exactitud invariable el nombre y edad de los muertos, así como las personas que acompañaban el entierro. Fuera de este registro mortuario, no tenía una idea, ni podía responder á la cuestión más insignificante, ni era capaz de alimentarse.

pedrecilla, ya todo un trozo (1). Generalmente, los recuerdos más recientes son los que desaparecen; pero también se dan numerosos casos de olvidarse los de más larga fecha. Los golpes ó heridas de la cabeza, los ataques apopléticos, las fiebres, la inanición, etc., son las causas más ordinarias á que obedecen tales anomalías.

Para esclarecimiento de estos hechos bueno será recordar las palabras de Ribot en su notable monografía *Las enfermedades de la memoria*, de la cual nos hemos servido, en gran manera, para la presente lección:

«Se ha comparado—dice—muchas veces la memoria á un almacén en que todos nuestros conocimientos se conservan como en estantes. Si se quiere mantener esta metáfora, habrá que presentarla bajo una forma más activa: comparar, por ejemplo, cada memoria particular á una sección de empleados encargados de un servicio especial exclusivo. Una de estas secciones puede suprimirse sin que el resto del servicio se resienta de un modo notable. Esto es lo que sucede en los desórdenes particulares de la memoria...» Y añade en otro lugar: «Si las diversas formas de la memoria tienen en el estado normal una independencia relativa, es natural que

(1) «Había bajado en el mismo día á dos minas profundas del Harz. Estando en la segunda me sentí tan agotado por la fatiga y la inanición, que me fué completamente imposible hablar con el inspector alemán que me acompañaba. Todas las palabras, todas las frases de la lengua alemana, se habían escapado de mi memoria, y no pude recobrarlas hasta después de haber tomado un poco de alimento y de vino y de haber descansado un rato.»—HOLLAND, *Mental pathology*.

El Dr. Beattie refiere que uno de sus amigos olvidó todo lo que sabía de griego á consecuencia de un golpe que recibió en la cabeza. Carpenter cita el caso de un niño que por causa de un golpe olvidó todo lo que sabía de música. Otros se olvidan de los nombres de sus amigos, y hasta de su nombre propio. Un embajador extranjero en Madrid, al hacer una visita y querer dar su nombre, tuvo que preguntar á su acompañante cómo se llamaba.

en el estado morbosos desaparezca una forma, quedando intactas las otras.»

Hipermnesias.—Consisten las hipermnesias en las exaltaciones extraordinarias de la memoria, bien en su totalidad ó afectando tan sólo á algún orden de recuerdos (1). Durante la fiebre ó los ataques de histerismo, en el éxtasis, en la excitación maníaca, etc., desfila por la conciencia una gran masa de recuerdos. En sujetos normales, un peligro inminente ó el opio producen iguales efectos (2).

Paramnesia ó falta de memoria.— Tal anomalía consiste en creer que un nuevo estado se ha experimentado ya hace tiempo. Ribot da como explicación del hecho que «la impresión recibida evoca en nuestro pasado impresiones análogas, vanas, confusas, apenas entrevistas; pero que bastan para hacer creer que el estado nuevo es su repetición».

Leyes de desarrollo y de regresión de la memoria.—La amnesia progresiva nos ofrece un caudal de hechos sumamente instructivo para explicarnos el desarrollo de la memoria.

El orden en que se pierden los recuerdos re-

(1) El Dr. Rush dice: «Sé por un pastor luterano de origen alemán, que vivía en América y tenía en su congregación un número considerable de alemanes y suecos, que casi todos, poco antes de morir, oraban en su lengua materna, aunque muchos de ellos no habían hablado alemán ó sueco desde hacía cincuenta ó sesenta años.»

Winslow hace notar también que católicos convertidos al protestantismo, durante el delirio que precede á la muerte han orado sólo según el ritual de la Iglesia romana.

(2) Ahogados salvados de la muerte dicen que en el momento de comenzar la asfixia les pareció ver en un instante su vida entera, con todo detalle. Th. de Quincey, tomador de opio, dice: «Me parece haber vivido en una noche setenta años ó un siglo... Los más pequeños sucesos de mi juventud, escenas olvidadas de mis primeros años, eran frecuentemente reavivadas.»

sulta precisamente inverso de aquel en que los adquirimos. Con relación al tiempo, desaparecen primero los recuerdos más cercanos y después los más lejanos. En cuanto á las formas asociativas de las representaciones, las de por contigüidad en el tiempo ó en el espacio, que son las primarias, son las más permanentes; y las de causa á efecto ó de medio á fin, perduran menos. Se olvidan antes los símbolos del lenguaje que las cosas significadas, y antes las lenguas aprendidas que la materna. Una anomalía, sin embargo, parece ofrecer la pérdida de las palabras, pues desaparecen más pronto los nombres propios que los abstractos; pero si se tiene en cuenta que el lenguaje es más bien un instrumento de las ideas genéricas y abstractas, y por lo mismo, tienen más empleo estos términos que los demás, se explicará la aparente anomalía.

LECCIÓN 17

Fenómenos afectivos: sus diferentes formas. — Los fenómenos psíquicos que se caracterizan por ser agradables ó desagradables, y no corresponder á ellos, al parecer, nada en el exterior que se les asemeje, son los fenómenos afectivos. En éstos la Psicología vulgar distingue la variedad de formas que suponen los términos de *sensaciones*, *sentimientos*, *emociones* y *pasiones*. La Psicología científica admite dichas distinciones; mas rectifica en algo el significado de tales expresiones, á fin de darles la precisión necesaria.

También la Psicología vulgar distingue la llamada sensibilidad moral de la sensibilidad física; distinción que, respondiendo verdaderamente á condiciones diferenciales de los fenómenos afectivos, su denominación impropia confunde y oscurece. En efecto, diciendo *sensibilidad física* parece darse á entender únicamente las inmutaciones que sufren los sentidos, ó sea un mero fenómeno fisiológico, siendo así que toda sensación implica un estado afectivo de la conciencia, esto es, un fenómeno psíquico. Por otra parte, la expresión *sensibilidad moral* parece indicar únicamente las afecciones producidas por la convivencia social ó relacionadas con la conducta, y no puede aplicarse á los sentimientos, pasiones, etc., de otro origen. Además, y es lo más grave, tales expresiones, por su connotación antedicha, sin querer, ponen obstáculo á la explicación unitaria de los fenómenos afectivos, ya que los separa en dos órdenes radicalmente diferentes, entre los cuales no parece puede haber conexión alguna. Y ya veremos más adelante, por lo contrario, cómo los fenómenos afectivos sólo se diferencian entre sí por su grado de complejidad y forma combinatoria de sus elementos.

Placer y dolor: sus efectos. — Pensando más como lógicos que como psicólogos, se ponen como contrarios placer y dolor, y se ha llegado á creer eran como los polos ó extremos de la sensibilidad. Mas la experiencia de cada día muestra no ser así. Consideremos al objeto ciertos hechos elementales para evidenciar la relación que existe entre los fenómenos de pla-

cer y de dolor. Si á un sujeto le sometemos á la acción de diversas temperaturas, observaremos que, cuando son mínimas, le producen dolor, y á medida que aumentan le causan placer; mas si la temperatura sigue creciendo, llega un momento en que devienen dolorosas, nuevamente. Es decir, que excitaciones extremas, mínimas ó máximas, producen dolor y temperaturas medias causan placer. Luego la zona del placer se halla contenida entre la del dolor por defecto y el dolor por exceso (1). Así, la ausencia ó exceso de luz producen dolor, y una luz en cantidad necesaria para ver distintamente los objetos nos agrada; el no andar, como el andar mucho, son dolorosos y sólo satisface el ejercicio moderado.

Es de notar que, al graduar el excitante, en el punto en que se pasa del dolor al placer se observa un estado de indiferencia (2); mas no así en el tránsito del placer al dolor.

De igual manera, impresiones que se suceden lentamente ó con gran rapidez resultan desagradables y, en cambio, son agradables las que se siguen con una velocidad media.

De las observaciones que anteceden se desprende fácilmente que los fenómenos de placer y de dolor tienen una explicación biológica, cual es, que el placer implica la presencia de condiciones ó estados favorables para el vivir, y en cambio, el dolor supone la existencia de circunstancias desfavorables para la vida. He aquí por qué los efectos, ya del placer, ya del dolor, se dejan sentir lo mismo en las condiciones or-

(1) Schopenhauer ha dicho hermosamente, con gran exactitud: «Nuestra vida se mueve entre la necesidad y el hastío; tanto nos alejamos de uno, nos acercamos al otro.»

(2) En nuestra lengua existe la frase «no me da frío ni calor», para expresar «me es indiferente».

gánicas, que en todos los procesos psicológicos. El placer normaliza la circulación, la respiración y la digestión; en suma, todas las funciones corporales. El dolor, por el contrario, retarda ó acelera en exceso todas las funciones fisiológicas. El dolor, asimismo, produce la relajación de los órganos; el placer, su tonicidad. En suma, el placer es la vida, pues favorece los actos de la vida; y el dolor es la muerte, pues dificulta ó impide los cambios vitales.

Las experiencias llevadas á cabo por Ferè (1) respecto á la influencia de las diversas sensaciones en la producción de la fuerza muscular, ó sea acerca del valor *dinamógeno* de las sensaciones, son concluyentes. Hay colores, notas, olores y sabores agradables que excitan, y hay colores, notas, olores y sabores desagradables que deprimen la actividad muscular.

Las afecciones tienen una gran influencia en la determinación de la asociación de representaciones, pues constituyen su nexa más íntimo. Todos sabemos lo que con bella frase expresa Marchesini: «La benevolencia tiene su lógica, y una contraria la malevolencia; el despecho razona de un modo, y la complacencia de otro; la lógica del amor es el reverso de la medalla de la del odio; y así para todos aquellos mil registros del instrumento curiosísimo que se llama el corazón humano» (2). Los sentimientos predisponen á la producción de ilusiones y obsesiones (3). Una necesidad, una pasión, hace di-

(1) *Sensation et mouvement*, pasim.

(2) *Elementi di Psicologia*, pág. 126.

(3) Al gran novelista inglés Walter Scott le impresionó tanto el relato de la muerte de Byron, que se le apareció la imagen de éste. Sorprendido por la fidelidad con que se le ofrecía su imagen y la actitud del gran poeta, después de detenerse algunos instantes se

rijamos la atención á un punto y la apartemos de otro, hasta que encuentra satisfacción.

Al placer ó al dolor se debe lo interesante de la vida, y la voluntad sería nula sin el incentivo de los afectos. No es preciso que el placer ó el dolor *sean actuales* para que sirvan de estímulo á la acción; basta á veces con su recuerdo ó con la proyección ó perspectiva de aquéllos en lo porvenir (1). En suma, en los afectos precisa buscar siempre la última palabra de explicación de los fenómenos psíquicos (2).

Placeres y dolores anormales.—No todos sienten del mismo modo; pero principalmente aquellos que no están en condición normal presentan particularidades sumamente notables. Hay quien permanece insensible ante los hechos que conmueven á la generalidad ó se excita por cosas que á los más les son indiferentes; y hasta hay individuos que sienten *al revés de todo el mundo*, pues se gozan en el dolor y les entristece el placer. Tales personas se conducen de un modo raro; comen papel y yeso, beben tinta,

dirigió al lugar en que lo veía y reconoció que su visión se debía á una colgadura que caía sobre la pantalla de la chimenea.

(1) «Además, con gran frecuencia trabajamos por alcanzar un fin que en sí mismo nos es indiferente, pero que tiene valor en cuanto nos permite llegar más allá, bien que frecuentemente perdamos de vista ese objeto ulterior ocupados, como estamos por completo, en la persecución de objetos próximos.»—BAIN, *Les emotions et la volonté*, página 372.

(2) «Nuestras energías más activas nacen de nuestras necesidades más urgentes, y el deseo profundo y sostenido de un cierto fin en la vida conduce con frecuencia á su realización... Así, que las aspiraciones son con frecuencia profecías, presagios de lo que un hombre será capaz de realizar. Los hombres, por el contrario, que tienen una razón potente, como se sabe, son con frecuencia, por esto mismo, incapaces de acciones enérgicas; pesan tan bien los motivos de sus actos, que ninguno les incita; piensan tanto y tan bien en las posibilidades del acto, que no toman ninguna decisión: su tipo es *Hamlet*, en quien la meditación paraliza la acción. La falta de sentimiento poderoso que les impulse á traducir sus pensamientos en acciones, les impide obrar; aun cuando saben lo que deberían hacer, su juicio está bajo el encanto fatal que les priva de la fuerza de ejecutar sus decretos.»—MACDUSLEY, *Physiologie de l'esprit*, pág. 334.

odian la luz, se infligen impresiones dolorosas, etcétera. En tales condiciones, el dolor será favorable á la vida y el placer desfavorable. Así, la indicación hecha anteriormente de que el placer es la vida y el dolor es la muerte, resulta exacta, en tanto nos referimos á individuos normales y sanos.

Anestesia é hiperestesia.—Una de las singularidades de esos individuos anormales es la anestesia, esto es, la obtusa ó carente sensación de un sentido cualquiera, especialmente de toda ó parte de la superficie cutánea. Entre los salvajes, criminales, etc., es muy común la costumbre del tatuaje ó taraceo, la cual acusa la insensibilidad de la piel. En cambio otros, como los histéricos, presentan una exagerada sensibilidad ó hiperestesia, no sólo táctil, sino auditiva y visual.

LECCIÓN 18

Aspecto afectivo de las sensaciones externas.—Cada sentido, al ser impresionado, produce un género especial de afección (1). Mas como éstas se manifiestan según todos los grados de placer ó de dolor—pasando por el punto de indiferencia—, algunas impresiones parece no dan lugar á afección alguna.

(1) «Cuando hablamos de sentimiento puro, sin ningún elemento de conocimiento es, pues, una simple abstracción. Con todo, puede emplearse tal abstracción teóricamente, pues exponiendo la relación bajo una forma más simple de lo que podría dárnosla la experiencia real, facilita la inteligencia de las leyes que los rigen.» — HÖFFDING, página 309.

Las impresiones ordinarias ó habituales —por causas que expondremos en otra ocasión— parecen desprovistas de tono afectivo.

Las afecciones difieren no sólo en cualidad, según el órgano impresionado, si que también en intensidad, en razón de la modalidad del estímulo. Las afecciones placenteras ó dolorosas de la vista se distinguen de las del oído, y éstas de las gustativas, olfativas... Esto no obstante, existe cierto parentesco ó afinidad entre afecciones de diverso origen sensorial. Así hablamos de *tonos* musicales y *tonos* de color, sonidos *chillones* y colores *chillones*, colores *fríos* y *calientes*...

El fenómeno conocido con la denominación de *audición coloreada*, que consiste en asociar á cada sonido un color determinado, indudablemente se debe á esas afinidades existentes entre impresiones heterogéneas.

Y no sólo difieren las afecciones de un sentido respecto de las de otro, sino que, tratándose de impresiones de un mismo sentido, también varía su carácter en cada caso. En el tacto, una es la sensación de suavidad y otra la de aspereza, y aun entre las mismas sensaciones de suavidad, no sentimos lo mismo al pasar la mano por seda que por terciopelo. Personas hay que no pueden comer un melocotón si no se lo mordan, por la impresión desagradable que les produce el contacto de su piel aterciopelada. En cuanto á las sensaciones visuales, bastará fijarnos en el diverso efecto que nos causa la luz ó la oscuridad, el negro ó el violeta, el verde ó el rojo. En las sensaciones auditivas tenemos las distintas modalidades afectivas de las notas gra-

ves y de las notas agudas, el distinto efecto que producen los diferentes timbres de los instrumentos, así como las diferencias de intensidad; y en los ruidos, no hay impresiones más diferentes que el agradable rumor del mar, el desaparecible chirrido de la carreta ó el mortificante de las sierras mecánicas. En los sabores, cada sustancia da su tonalidad especial (1), y lo mismo acontece con los distintos olores. Conviene tener muy presente todas estas variantes y matices de tonalidad afectiva que presentan las distintas sensaciones, para poder explicarnos, después, la composición de las afecciones complejas.

Las sensaciones experimentadas una vez no desaparecen, sino que dejan como un eco de ellas, el cual puede entrar á formar parte de nuevos complejos afectivos en lo sucesivo, ante la sollicitación de estímulos actuales.

Cuanto más relieve adquiere el elemento afectivo de la sensación, más desaparece el aspecto perceptivo (2). Así, los estímulos que suscitan los placeres y dolores más fuertes son los que informan menos de cuanto pasa fuera de nosotros. Por igual razón, lo que pierde en intensidad la sensación lo gana en riqueza ó variedad de matices.

Sensaciones internas; su clasificación.—

Ya vimos anteriormente (3) cuáles eran los órganos y caracteres de estas sensaciones. Résta-

(1) «A cada una de ellas (dulce, ácida, amarga, salada) se ligan ciertos matices afectivos. Estos matices son imposibles de describir, á pesar de su simplicidad; pero su realidad resulta claramente del hecho de emplear expresiones tomadas de la esfera del gusto para describir estados afectivos superiores.»—HÖFFDING, loc. cit., pág. 302.

(2) Las representaciones son objetivas, es decir, se refieren al objeto; las afecciones son subjetivas, esto es, se refieren al sujeto.

(3) Véase la pág. 42 y siguiente.

nos ahora proceder á clasificar sus innumerables formas. Al intento agruparemos las sensaciones según la semejanza de su proceso para en lo sucesivo, ahorrarnos explicaciones; pues cuanto se diga de una del grupo queda dicho de todas las demás. Al propósito distinguiremos las sensaciones internas en cuatro grupos: tactilo-térmicas, orgánicas, funcionales y cenestesia.

A la primera clase pertenecen las sensaciones internas, congéneres á las externas, y cuya sola diferencia estriba en ser producidas en órganos internos; en el segundo grupo figuran las producidas por la acción de estímulos que actúan en distintos órganos y tejidos; entre las funcionales, como su denominación indica, están aquellas que se producen en los órganos á consecuencia de su función; y, por último, en el cuarto grupo se comprende la cenestesia, con sus grupos particulares.

Sensaciones internas tactilo-térmicas.

— Estas sensaciones se verifican tan sólo á lo largo del tubo digestivo y de las vías respiratorias. Es de experiencia que nosotros sentimos el contacto y la temperatura de los cuerpos en la faringe y en el esófago (aunque en menor grado), y su peso en el estómago nos da la impresión de la repleción estomacal. La penetración de cuerpos extraños ó de aire muy caliente en las vías respiratorias da lugar á la sofocación, y la entrada del aire frío produce la agradable impresión de su frescura. La náusea ó disgusto se produce, no sólo por ciertos olores nauseabundos, si que por la presencia de cier-

tas sustancias en el estómago. La irritación ó cosquilleo de la laringe causa la tos, y la misma impresión en las fosas nasales, el estornudo. El proceso de las sensaciones internas tactilo-térmicas seméjase al de sus análogas externas.

Sensaciones orgánicas. — Los tejidos epidérmicos, los cartílagos, el tejido compacto de los huesos (1), los órganos profundos, como el hígado, bazo, etc., son insensibles. Los vivos dolores de la vesicación ó de las escoriaciones deben atribuirse á que se ponen al descubierto los nervios de la piel.

Los ligamentos, tendones y aponeurosis tienen una sensibilidad obtusa, y sólo son sensibles á la tracción ó distensión y al choque. Las excitaciones mecánicas ó químicas no producen ningún efecto, ni en los músculos, ni en el corazón, ni en las arterias (excepto las viscerales).

De los órganos de los sentidos, sólo el globo ocular y sus anejos acusan alguna sensación, sintiéndose muy vivamente la excitación de la conjuntiva.

Sensaciones funcionales. — Produciéndose estas sensaciones con ocasión del ejercicio ó funcionamiento de los diversos órganos, son las que de continuo nos informan mayormente del estado normal ó anormal de nuestro cuerpo y las que, por lo mismo, influyen en gran manera en el tono de nuestra conciencia. Siendo numerosas dichas sensaciones se clasifican, por razón del aparato ú órgano cuya función las determi-

(1) El periostio es muy sensible.

na, en sensaciones digestivas, respiratorias, circulatorias, musculares y nerviosas.

Sensaciones funcionales anejas á la nutrición son la necesidad de masticar y de deglutir, la sed, el hambre, el apetito, la inanición, la saciedad y los dolores que acompañan á las perturbaciones de la función digestiva. La digestión normal ó anormal ejerce una influencia favorable ó desfavorable en la sensibilidad toda. Muchas de estas perturbaciones abaten el espíritu y lo sumen en el tedio. De todos es conocido el mal humor de las personas que sufren del estómago. Y aunque no tan común, se sabe que el hambre y la sed excitan las pasiones furiosas, y siempre dejan huella en el individuo, aun después de haber cesado.

De las sensaciones respiratorias son las principales la necesidad de respirar, la disnea, la asfixia, la angustia y la opresión que se siente en lugares donde hay mucha gente ó el aire está viciado.

A las funciones de la circulación corresponden las sensaciones de hormigueo, prurito, rubor, etc. La circulación normal ó anormal, respectivamente, nos dispone al contento ó al mal-estar. Según Bain, por la circulación somos sensibles á los cambios atmosféricos, en particular por lo que respecta á la humedad y á la sequía, pues en una atmósfera seca la circulación capilar se acelera y en una húmeda se retarda (1).

Ligadas al sistema nervioso aparecen la fatiga nerviosa, el agotamiento, las neuralgias y, en parte, las necesidades de sueño y de reposo. Y relacionadas con la función muscular se hallan

(1) *Les sens et l'intelligence*, pág. 62.

la necesidad de moverse, el placer del ejercicio, la fatiga, la relajación muscular, los calambres y también la necesidad de sueño y de descanso.

Se observará que entre las funciones orgánicas hay unas que son periódicas, es decir, que se ofrecen con intervalos regulares de tiempo—tal el hambre, la sed, el respirar, la alternativa del ejercicio y el descanso, etc.—, en tanto otras no se presentan en esas condiciones—la repleción estomacal, el cosquilleo, etc.—; ahora bien, las primeras son las que corrientemente denominamos *necesidades* ó *deseos* (1).

Cenestesia (2).— Tal fué el nombre dado por Réil á esta sensación vaga y de conjunto que tenemos de nuestro cuerpo, y mediante la cual nos damos cuenta del estado variable de nuestras fuerzas. Las expresiones corrientes que empleamos de *estar bien* ó *estar mal*, *sentirnos deprimidos* ó *entonados*, sin que nos expliquemos el motivo, pues ningún sentimiento particular se destaca de esta tonalidad afectiva, indican semejante estado afectivo y sus mutaciones. A veces, sin embargo, predomina débilmente en el conjunto una sensación particular.

(1) La necesidad deriva de las condiciones nativas, el deseo se refiere á sensaciones funcionales engendradas por el hábito.

(2) De las voces griegas—*coinos* común y *aistesis* sentir—es decir sentimiento común.

LECCIÓN 19

Sentimientos; formas principales.—Todos nuestros afectos, de cualquier clase que sean, son sensaciones ó resultan de la asociación de éstas. Sin embargo, no es fácil mostrarlo en todo caso, y en algunos, en el estado actual de nuestros conocimientos, no es posible reconocer los elementos integrantes. Claro que, la dificultad del análisis de nuestras afecciones aumenta en razón de la complejidad de las mismas.

La primera clase de afecciones que hemos de considerar son los sentimientos.

Todo sentimiento se forma por la asociación de afecciones elementales ó sensaciones actuales. Dos principales formas podemos distinguir: la formación de sentimientos *por aglutinación* y la formación de sentimientos *por fusión* (1). En la primera, los elementos componentes no son en gran número, y cada uno de ellos conserva su carácter; por lo cual fácilmente se reconocen en el compuesto. En la segunda, los elementos son numerosos, y cada uno de ellos, al fundirse con los demás, pierde su modalidad; de ahí que sólo con dificultad, acaso, podamos distinguirlos en el compuesto. Ejemplo de los primeros tenemos en el sentimiento placentero que nos produce la entrada en un salón de baile: la abundancia de luz, las notas altas de la música ligera, los olores agradables de las flores ó de

(1) La formación de los sentimientos de uno y otro grupo se asemeja á las mezclas y combinaciones químicas: en unos, sus propiedades son las de sus elementos; pero en otros resultan diferentes.

los perfumes, los colores vistosos de los trajes, el bullicioso movimiento de las personas, etc., son otras tantas sensaciones placenteras, que aunadamente determinan en nosotros ese *acorde sensacional* que llamamos sentimiento. Así también, el sentimiento que experimentamos en un funeral: la escasa luz, las notas graves y pausadas de los cánticos, los colores apagados, el silencioso y recogido andar de las gentes, etc., de por sí graves y tristes, engendran un sentimiento doloroso.

Como ejemplo de complicados sentimientos puede ofrecerse el de justicia, formado por los sentimientos á su vez complejos de igualdad ó desigualdad, de libertad y de obligación ó dependencia mutua en la convivencia social.

Emociones y pasiones.— Cuando alguna sensación ó sentimiento actual se une á otras afecciones ya experimentadas, se produce una emoción. Así, quien ha experimentado ó *se figura* los efectos producidos por un arma de fuego, la mordedura de una víbora ó la caída por un precipicio, se emociona ante la sola vista de la víbora; del apuntar de un arma de fuego ó del precipicio. Prueba de la necesaria previa experiencia para emocionarse la tenemos en los niños, los cuales en las citadas circunstancias, ú otras semejantes, permanecen enteramente tranquilos é indiferentes.

Las pasiones se forman por la asociación de afecciones elementales producidas en una situación determinada del sujeto, y, por lo común, repetidas varias veces. Pudiera decirse que las pasiones consistían en sentimientos habituales

De consiguiente, la pasión del juego supone el haber experimentado varias veces el conjunto de sentimientos que se producen al jugar: como la pasión por el estudio no la tiene quien comienza sus estudios. En igualdad de condiciones, una pasión es tanto más profunda cuanto mayor número de veces se hubiere repetido el sentimiento que la engendra.

Los procesos mentales referentes á la emoción ó la pasión se diferencian en que, en el primero, las representaciones de los distintos momentos son heterogéneas, y en el segundo, resultan homogéneas ó casi homogéneas, si se comparan las de uno y otro momento.

Afecciones distintas y de diverso grado.

—Todas cuantas afecciones podemos sentir se diferencian entre sí por dos propiedades: ó difieren por su forma ó tipo de combinación de sus elementos, en cuyo caso son verdaderamente distintas unas de otras; ó conservando el mismo tipo de formación, sólo la mayor ó menor complejidad de sus componentes varía, y entonces, por analogía á otros procesos, se dicen son de diverso grado. Sean dos sentimientos, el del miedo y el de la admiración: el primero, lo produce la espera de un mal incierto; el segundo, la contemplación de algo grande, una gran habilidad, una gran virtud... Como se ve, no hay paridad entre ambos, pues en su génesis son enteramente distintos.

Por lo contrario, si consideramos el sentimiento de libertad de no estar atado, encepado, preso, desterrado... ó el de libertad política, libertad de manifestación, de expresión del pen-

samiento... veremos que radicalmente consiste en el *sentimiento de no ser impedido en la actividad*, cualquiera que ésta sea. Ahora es notorio que, la acción de no mover los pies el encepado, es menos compleja que la de no poderse mover sino en un solo recinto el preso, ó el no poder emitir determinados pensamientos el político. De consiguiente, el sentimiento de libertad, siendo siempre el mismo fundamentalmente, difiere en grado, según las circunstancias que lo producen.

Los sentimientos, al elevarse, pierden su carácter brutal y se refinan; así, la cólera se trueca en indignación; la venganza, en castigo; la rivalidad, en emulación; el odio personal, en aversión por tales ideas ó prácticas, etc. A esta distinción de grado se refiere la psicología vulgar cuando califica los sentimientos de bajos ó elevados.

Memoria y amnesia afectiva.—Incidentalmente se consignó ya el hecho, pero ahora hemos de considerarlo más atentamente.

Son notorios los hechos que nos conducen á afirmar que así como toda experiencia de la vida perdura en lo sucesivo en el orden de las representaciones, así también dejan su huella todo género de afecciones en la conciencia, ya sean éstas sensaciones, ya sentimientos. En cuanto á las emociones y pasiones, serían inconcebibles sin tal memoria afectiva.

Los cocineros y químicos, en especial, identifican sin error, después de transcurrido algún tiempo, sus sensaciones; quienes aprenden una canción, la tararean, rectificándose, lo cual im-

plica una comparación con las impresiones recibidas al oír por vez primera dicha canción; hay pintores que pintan de memoria, esto es, sin modelo, etc.; hechos todos que no dejan lugar á duda respecto á si se recuerdan las impresiones recibidas.

La reviviscencia afectiva ofrece todos los grados. Informaciones recientes, llevadas á cabo por Ribot, muestran la retentividad afectiva mayor para las impresiones sensoriales que para las emociones. Tocante á las sensaciones, son más fáciles de evocar las visuales y auditivas que las restantes.

Respecto á la memoria afectiva, hay también distinción entre los diversos sujetos. Algunos tienen aptitud para la evocación de todo género de afecciones, pero generalmente suele predominar, en cierto sentido, para sentimientos y emociones particulares. Sobre todo, existen dos tipos muy marcados, y por ello de todos conocidos: el del optimista que, según expresión popular, todo lo ve de color de rosa, porque recuerda más fácilmente los placeres; y el del pesimista, que todo lo ve negro, porque retiene más fácilmente los dolores (1).

Ahora, las mismas condiciones señaladas como favorables para la retentividad representativa aparecen aquí como determinantes de la reviviscencia afectiva. La salud ó la enfermedad, el vigor físico, la edad, las aptitudes del sujeto, entran en primera línea; la intensidad de la impresión primera, la repetición y el grado de su fre-

(1) Para el estudio de otras particularidades de la memoria afectiva, singularmente la abstracción afectiva, consúltese el notable trabajo de PAULHAN *Sur la mémoire affective* (*Revue Philosophique*, diciembre de 1902 y enero de 1903) y también PILLON, *Rev. Philosoph.*, febrero de 1901.

cuencia, la fatiga y la acción de ciertas sustancias, en segundo lugar. Sin embargo, conviene consignar ciertas particularidades en este respecto. La salud, la juventud, el vigor y ciertos temperamentos predisponen á la retentividad de las afecciones placenteras; y la enfermedad, la vejez, la debilidad, presentan condiciones más favorables para la evocación de las afecciones dolorosas. Además, la repetición influye en menor grado en la reviviscencia de las afecciones que de las representaciones. También es de notar, que no podemos evocar una afección agradable si nos encontramos en un estado penoso, ni suscitar una afección desagradable si estamos gozosos; á menos, en uno y otro caso, que la afección evocada domine y cambie la disposición actual.

Después de cuanto antecede, no sorprenderá se hable de *amnesias afectivas*. En efecto, todos conocemos muchas personas que sienten vivamente el pesar ó la alegría, el amor ó la indignación, pero que luego, al poco tiempo, no les queda nada de tales impresiones.

La amnesia afectiva tiene gran transcendencia para la vida, y ella explica ciertas formas extrañas de conducta. «El grado de memoria del dolor es el fundamento de la prudencia y, además, el fundamento de la simpatía, de la facultad de penetrar en los sentimientos de otro» (1). «El pródigo que se ha arruinado y por un azar inesperado vuelve á la opulencia, si no ha conservado un vivo recuerdo de las privaciones, volverá á comenzar su vida de derroche; si sus reviviscencias son estables, obrarán sobre sus tendencias naturales como freno, como poder de inhibición.

(1) BAIN, *Les sens et l'intelligence*, pág. 78.

El borracho y el glotón no reincidirán, en tanto les dure la representación vivaz de los días siguientes á la crápula y á la indigestión. El niño insensible al recuerdo de las recompensas y castigos no ofrece al educador, como sabe todo el mundo, ningún medio para apoderarse de él» (1).

Imaginación afectiva.—Hasta ahora, que yo sepa, no se habló para nada de imaginación afectiva, y, sin embargo, dichos fenómenos son evidentes. La mayor parte de las emociones y las *anticipaciones* del sentimiento no fueran posible sin esas construcciones afectivas (semejantes á las representativas). ¿Cómo se explican las antipatías ó simpatías sin fundamento, los miedos y ciertas esperanzas sin el goce ó dolor presentes *anticipados* de otro, que se cree venidero? ¿Cómo se producen emociones sin una completa experiencia del pasado y únicamente por lo que á uno se le figura? Caso notable de esto, son los terrores relativos á una muerte producida por comerle á uno los gusanos, y otros semejantes, carentes de toda experiencia anterior; el entusiasmo por victorias ó éxitos favorables que serán ó no una realidad; y tantos otros. Simulad ante un niño vais á hacerle cosquillas, y se agitará cual si las sintiera.

No es ahora ocasión para prolongar este estudio, mas baste lo dicho para apuntar la existencia de tales hechos.

(1) RIBOT, *La psychologie des sentiments*, pág. 165.

LECCIÓN 20

Diversidad de sentimientos; su clasificación—La vida del sentimiento es tan sumamente rica, que ni aun el lenguaje tiene palabras para expresar todos sus múltiples matices. Un examen, siquiera somero, de los principales sería labor prolija; así que nos limitaremos á indicar, á la ligera, algo en este respecto, tan sólo con el propósito de mostrar la diversidad de procesos psíquicos en los citados fenómenos. Mas antes, para proceder con orden, conviene clasificar los sentimientos todos en tres clases principales: sentimientos personales, sentimientos sociales y sentimientos superiores.

La distinción indicada arranca de la consideración de las múltiples circunstancias que pueden afectar al sujeto y engendrar sus sentimientos. Los sentimientos que llamamos personales, son los que tendría un hombre, aislado de sus semejantes y en contacto tan sólo con la naturaleza; los sociales, los que se desarrollan en nosotros á consecuencia de la vida social; y los superiores, aquellos de formación sumamente compleja y que se deben á la cultura.

Sentimientos personales.—Los principales son el hastío, la novedad, la sorpresa, el sobresalto, el temor, el miedo, la esperanza, la admiración y los sentimientos iniciales de libertad, de poder y de propiedad: todos ellos derivan de los cambios operados en el mundo exterior ó son consecuencia de la actividad del suje-

to. Tales sentimientos pueden experimentarse, asimismo, en la vida social, bien que, por lo general, en otro grado de mayor complejidad. Como ahora se analizan, salvo indicación en contrario, son independientes de la vida social (1).

Dependientes de los cambios externos son:

El sentimiento de hastío ó de fastidio resultante del cansancio ó fatiga causado por la repetición de iguales impresiones (monotonía); y, su contrario, el sentimiento de novedad debido á las mudables impresiones que ponen en actividad múltiples sentidos: la novedad es lo opuesto á lo ordinario y común. Si la variación es grande é inesperada ocasiona la sorpresa, y si súbita el sobresalto. También el sentimiento doloroso de la pérdida obedece á un cambio que nos priva por completo del hábito de nuestras afecciones; por ejemplo: el mudar de país, la muerte de un amigo.

La esperanza, el temor y el miedo representan variedades del sentimiento de espera ó de expectación. Siempre que se da una serie de impresiones, un ritmo cualquiera, una regularidad, real ó presumida—aparte el efecto que ésta nos cause—, nos dispone á recibir ó *esperar* la continuación de aquella serie. Ahora bien; si esperamos algo que estimamos como bueno, tenemos esperanza; si lo esperado es un mal, el sentimiento de espera se trueca en temor, y si dicho mal fuere incierto, en cuanto al modo de producirse ó sus proporciones, entonces se produce el miedo. La inquietud, que en su grado

(1) Incidentalmente daré á conocer la génesis de algunos sentimientos sociales cuyo proceso de formación tiene gran conexión con la de ciertos sentimientos personales.

máximo constituye la ansiedad, deriva de la espera de lo incierto, favorable ó adverso. Al mismo género pertenece el sentimiento de desengaño ó decepción, el cual se produce cuando se ve defraudada nuestra espera en el curso de las cosas sociales.

La admiración se siente ante los grandes espectáculos y manifestaciones de la fuerza ó al contemplar hechos de gran magnitud. Comienza por ser relativo á los hechos de la Naturaleza, mas después lo despiertan las cosas sociales: nos admiramos del ímpetu del mar, y de una persona de gran talento, de gran fuerza, de gran habilidad ó de gran virtud.

Dependientes del ejercicio de nuestra actividad son:

Los sentimientos de poder, de libertad y otros derivados de éstos.

Cuando nuestra actividad logra su fin nos proporciona el sentimiento de poder ó de dominio; y si fracasa, el de impotencia ó contrariedad, aparte el dolor de la privación de lo no conseguido.

De la estimación de las propias fuerzas derivan el orgullo, la vanidad, la humildad y el aprecio ó menosprecio de sí mismo. El orgullo proviene de una estimación exagerada; la vanidad, de una estimación sin fundamento; la humildad nace de considerarse incapaz para realizar lo que se desea; el desprecio, de creerse inferior; el aprecio, de juzgarse con aptitudes para efectuar lo que se pretende. Tanto la humildad como el desprecio de sí mismo, siendo manifestaciones de impotencia, van unidas al sentimiento de abatimiento. La timidez está en rela-

ción con la deficiencia de la propia actividad y el temor del fracaso. De ahí que la debilidad ó los continuados fracasos haga los tímidos.

El sentimiento de dominio, cuando trasciende á las relaciones sociales, engendra sus derivados: los sentimientos de superioridad, de inferioridad y de igualdad, según los casos.

El sentimiento de libertad acompaña á los movimientos no impedidos del hombre, ya por los obstáculos ó limitaciones que pone la naturaleza ó la convivencia social. En sus formas superiores se hiere dicho sentimiento no sólo por su privación de presente, si que también por la perspectiva de su menoscabo en lo futuro (1). Así, la *prohibición* de ejecutar una acción produce dolor, aun cuando tal acción no hubiere de ser realizada inmediatamente, y quién sabe si nunca. He aquí por qué los pueblos, excepto en su condición primitiva, aun cuando tengan satisfechas sus necesidades no sufren sin dolor la privación de libertad.

El sentimiento de posesión sobre las cosas, que en su primitiva forma se confunde con la necesidad de medios para vivir, se desarrolla después, con la previsión, en la posesión para lo futuro de tales medios, y luego, por último, se transforma en el sentimiento de propiedad en su aspecto social tan influido por consideraciones históricas.

(1) Caso de imaginación afectiva.

LECCIÓN 21

Sentimientos sociales.—La vida social engendra la mayor parte de nuestros sentimientos, y eleva y transforma cuantos se producen por las excitaciones del medio natural ó por las propias condiciones del sujeto. La simpatía y la antipatía, el amor y el odio, el respeto, la justicia, la piedad, son los principales de este género.

Simpatía y antipatía.—Sentir los placeres y dolor ajenos cual si fueran propios es lo que caracteriza la simpatía, así como la antipatía estriba en complacerse con el dolor ó apenarse por el placer de otro. De la simpatía y antipatía derivan gran número de sentimientos sociales, como las afecciones ó desafecciones de familia, el patriotismo ó desamor al país, la amistad ó enemistad, los afectos que median entre correigionarios políticos, entre los fieles de una misma comunión religiosa, entre individuos de una misma clase social ó entre pertenecientes á un mismo oficio ó profesión, etc.

La simpatía supone: la experiencia y recuerdo de los placeres y dolores sufridos, la atención á otro y el imaginarse afectivamente la dicha ó desdicha ajena. Ahora, supuestas estas condiciones, la semejanza de los seres que simpatizan y la comunidad de vida ó frecuencia de trato entre los mismos (1) representan factores de

(1) «Es un hecho de gran importancia práctica que la simpatía necesita desde luego, por nuestra parte, una cierta consideración por nuestra felicidad. Si nuestra suerte no contiene sino una pequeña suma de placeres, ó si por una cultura ascética hemos aprendido á hacer poco caso de los goces de la vida, carecemos de la base misma

mayor determinación. Así vemos, ser mayor nuestra simpatía para con nuestros semejantes que para con los animales, y entre éstos, más respecto de los monos y perros que de los peces y ostras. Entre los hombres, simpatizamos más con nuestros compatriotas que con los ingleses, y más con éstos que con los chinos. La semejanza de caracteres, de talento ó de ingenio despierta gran simpatía: los violentos simpatizan con los violentos; los pacíficos, con los pacíficos, etc. Un hombre de talento siente preferentemente más cuanto le ocurra á otro hombre de talento, cualquiera que fuere su raza, que cuanto le pase á un ignorante que pertenezca á la propia raza.

La simpatía está en razón directa de la frecuencia de las relaciones; quien trate más con franceses ó alemanes que con españoles, simpatizará mejor con aquéllos que con éstos.

La simpatía y antipatía pueden suscitarlas la simple lesión física que supone un pinchazo, una cortadura, el espectáculo de la muerte, la descripción de una desgracia cualquiera ó la simple noticia de una injusticia. Asimismo, la simpatía puede extenderse á mayor ó menor número de individuos y ser más ó menos profunda.

Afecciones de familia, patriotismo, amistad.—Teniendo en cuenta lo dicho, será fácil explicarnos cómo se forman, en todo ó en parte, las afecciones entre individuos de una

de la simpatía. Así, mientras que el egoísmo excesivo excluye la simpatía, la abnegación de sí mismo y la desgracia la apaga. Entre ambos extremos existe un término medio mucho más favorable para la expansión de la simpatía... Entre los más grandes defensores de los abusos se encuentran, con frecuencia, los que más los han sufrido.»—BAIN, *Les émotions et la volonté*, pág. 115.

misma familia: su semejanza, la frecuencia de trato, las circunstancias comunes que hieren ó congratulan al mismo tiempo á todos sus miembros, hace que este género de afecciones sea de las más vivas y sólidas (1).

Asimismo se explica la mayor afección de los padres por los hijos, que la de los hijos respecto de sus padres, y cómo es más profundo el afecto materno que el paterno. Si los afectos entre hermanos se fundan por completo en la mutua simpatía, el amor de los padres por los hijos se acompaña del sentimiento de la especie, etc., y el amor filial va unido al respeto y al reconocimiento.

Se ha dicho que la patria es como una gran familia, y así es: comunidad de sangre, de raza; comunidad de vida en determinado territorio; comunidad de vicisitudes históricas, hacen sentir cuasi al unísono á todos los conciudadanos. Después de los afectos de familia, el sentimiento de la patria es el más vigoroso, y la simpatía entre conciudadanos la más honda. No sin razón quienes, surcando el mar, divisan en un buque la enseña de la patria se dicen: Allí están los míos; no son *extraños*. El patriotismo (2) comienza por el amor á quienes viven en la aldea ó ciudad en que nacemos; se extiende á los de la región de comunes tradiciones y dialecto; después, á la patria formada por la Historia hasta nuestros días, y tiende al común amor de los hombres en la tierra. Si mezquino el patriotismo

(1) La dispersión ó separación de los miembros de la familia, en los tiempos que corren, atenúa y rompe los vínculos del afecto familiar.

(2) El sentimiento de la patria se confunde con el amor al país en que se nace y vive: en este sentido depende de ciertas afecciones habituales.

de la aldea, no menos mezquino el de la región y el de la patria histórica, cuando quieren encerrar su vida en sus fronteras.

También de la simpatía derivan los afectos de la amistad. La semejanza de costumbres, de carácter, de ingenio; la frecuencia de trato, explican éstos suficientemente. Los sentimientos amistosos se transforman con el transcurso del tiempo; si antes no eran amigos sino los del mismo pueblo, hoy la amistad no reconoce fronteras; y es que la difusión de la cultura, el mayor movimiento de la población, debido á la facilidad de comunicaciones, y la generalización de usos y costumbres, no siendo ya locales, sino universales, contribuyen á ese fin. Los filósofos estoicos elevaron el sentimiento de amistad al de filantropía (1), es decir, á la amistad por todo hombre, al amor y á la piedad por todo ser humano.

Las relaciones de vecindad, siempre que no haya poderosos motivos en contra, engendran la simpatía, y de ésta deriva el amor al vecino ó al prójimo (2), que después deviene igual para todo hombre.

Muchas veces la simpatía suele ser el comienzo del amor, y después ambos sentimientos se influyen uno á otro. Así, la simpatía por los coeterráneos ó vecinos hace que surja el amor entre ellos, y este amor, á su vez, se acompaña de una más viva simpatía. Y lo mismo en otros casos.

La antipatía, por motivos y causas contrarios

(1) Filantropía, de *phile-antropos*, esto es, amistad-hombre, amor á todo hombre, sin distinción de raza ni de idea.

(2) Prójimo, á la letra, significa próximo, el que está cerca.

á los indicados, produce los sentimientos opuestos. Así, por ejemplo, la desemejanza de carácter, de ingenio, etc., crea los enemigos ó indiferentes. Por eso las diferencias en política ó en religión, con frecuencia, hace enemigos á los amigos, mientras que la comunidad de ideas une los hombres. Pocas serán las personas que, con dolor, no se hayan apartado de antiguos amigos, cuando las circunstancias de la vida los llevó á ser extraños. De la infancia, pocas ó ningunas amistades se conservan.

El amor se origina del placer y el odio del dolor, provocados por los individuos con quienes convivimos. Lo mismo los animales, los niños, que los salvajes, aman á quienes les tratan bien; odian á quienes los trata mal. Al placer ó dolor causado por la persona se asocia el amor ú odio por esa persona. Del amor deriva la benevolencia, y del odio la malquerencia, la envidia, el resentimiento y la animosidad.

El amor sexual es producido, según frase de Schopenhauer, por el *genio de la especie* y ciertos sentimientos estéticos y morales.

El sentimiento de sociabilidad resulta de la simpatía y del amor, y en todo sentimiento antisocial se encuentra el odio y la antipatía. El dolor de la soledad deriva de la privación de ejercicio de aquellas actividades que desplegamos en el comercio social, y en esfera más circunscrita, por igual causa, se produce el dolor de la ruptura de relaciones en cualquier orden social (1).

El respeto nace de considerar una superioridad cualquiera, esto es, de la admiración y del

(1) Spencer observa que también proviene de representarse un porvenir en que tales necesidades no podrán satisfacerse.

reconocimiento de la propia inferioridad. La modestia deriva de la apreciación de nuestra inferioridad en relación á lo mucho que nos queda por saber ó conseguir.

Los sentimientos de que hemos hablado anteriormente, principalmente los de admiración, libertad, igualdad y propiedad, en tanto son causados por hechos de la vida social, pertenecen también al número de los sentimientos que estamos estudiando.

Spencer supone que el sentimiento de libertad, que en un principio sirve para mantener intacta la esfera de actividad requerida por el individuo para el ejercicio normal de sus fuerzas y deseos, sirve de una manera secundaria, cuando se excita por antipatía, para producir el respo to á la esfera semejante en que se mueven otros individuos, y también para incitar á la defensa de otros, cuando se menoscaba su esfera de acción; de donde el sentimiento de justicia (1). Por nuestra parte, sin negar que el sentimiento de justicia derive del de libertad, observamos cómo éste siempre se acompaña de los sentimientos de igualdad ó desigualdad (2) y de obligación ó dependencia social.

(1) «Las sociedades pasadas y presentes nos suministran abundantes pruebas de estas relaciones. En un extremo tenemos esta verdad familiar: el carácter que más fácilmente se pliega á la esclavitud es el mismo que está presto igualmente á representar el papel de tirano, cuando la ocasión se lo permite. En el otro extremo tenemos el hecho, de que nuestra sociedad ofrece muy claros ejemplos, de que cuanto más se acrece la tendencia á resistir la agresión, tanto más disminuye, en aquellos que podrían ser los agresores, la tendencia á llegar á serlo.»—SPENCER, *Principes de Psychologie*, t. II, pág. 650.

(2) Por esta consideración de la igualdad en el sentimiento de justicia ha dicho Aristóteles: «La justicia es justa para los iguales é injusta para los desiguales».

LECCIÓN 22

Sentimientos superiores.— Ya se ha dicho que estos sentimientos, por lo general sumamente complejos, resultan de la cultura, y que por su carácter desinteresado, ó no egoísta, pueden llamarse también *impersonales*. Tales sentimientos acompañan á nuestro pensar, se producen con ocasión de la contemplación de las obras de arte ó de la Naturaleza, se engendran con motivo de la vida moral, ó resultan de nuestras aspiraciones y concepciones ideales. Aun cuando rara vez se dé un género de estos sentimientos sin la compañía de los demás— pues el curso de los pensamientos se produce también con ocasión de la contemplación artística y el pensar tiene relación con la vida moral, etc.—, á fin de facilitar su estudio distinguiremos unos de otros, clasificándolos en cuatro grupos: lógicos, estéticos, morales y religiosos.

Sentimientos lógicos.— La formación y curso de representaciones va siempre unida á ciertos afectos. Cuando aumentamos nuestra experiencia, cuando hallamos unidad entre ideas que hasta entonces teníamos por discordes, cuando investigamos con fruto, sentimos viva satisfacción por ello mismo, y además por la superioridad y dominio social que implica. Por lo contrario, nos duele nuestra ignorancia y el no poder coordinar ideas ó darnos cuenta de las cosas, y al par nos sentimos rebajados y deprimidos ante quienes saben más que

nosotros (1). El error y contradicción en las ideas produce contrariedad semejante á la sentida cuando hallamos un obstáculo en nuestro camino. El pensar es penoso ó agradable, como cualquier movimiento, según el esfuerzo que nos cuesta.

La duda nos inquieta é intranquiliza cual la espera de lo incierto; la investigación motiva la ansiedad y la evidencia serena el ánimo con la visión de la exacta correspondencia entre las cosas y nuestro pensamiento. En suma: todo estado y proceso representativo ofrece al par una tonalidad afectiva correspondiente, no exenta de sentimientos concomitantes de carácter personal y social. Wundt nota que «en un estado de pensamiento en que aun no estamos en condiciones de mostrar con certeza las pruebas lógicas de un resultado intelectual, generalmente este último es ya anticipado por el sentimiento. Entendido en este sentido, el sentimiento es *el precursor* del conocimiento» (2).

Sentimientos estéticos. — Con gran exactitud observa Spencer que el carácter estético se asocia á aquellas sensaciones que ordinariamente se distancian más de las funciones necesarias para la vida. En tal respecto, pues, las sensaciones gustativas y olfativas como se presentan casi siempre unidas á los actos de comer y beber no pueden ser estéticas, y, en cambio, las visuales y auditivas, que precisamente se dan aparte del ejercicio de las citadas funciones, pueden serlo. Si á esto se une que los pla-

(1) Cuando nuestra ignorancia es conocida socialmente, nuestro disgusto se acompaña de vergüenza.

(2) *Psychologie physiologique*, t. II, pá . 394.

ceres de la vista y del oído, mucho más persistentes que los del gusto y el olfato, se evocan más fácilmente y suscitan mayor número de representaciones, se comprenderá cómo pueden refinarse extraordinariamente por obra de la educación (1).

El carácter *desinteresado* de lo estético, que se muestra cual la antítesis de lo útil, explica cómo aquellos objetos y acciones que dejaron de ser útiles (un antiguo castillo, un torneo) lleguen á ser estéticos. En cambio, objetos y acciones predominantemente útiles, sólo cuando se presentan de cierto modo son estéticos —por ejemplo, una vaca pintada, dando relieve á la forma y color del animal, puede hacernos olvidar la carne y la leche que nos proporciona.

Advirtamos que la obra de Arte como la naturaleza, desde el punto de vista de la contemplación estética, no se diferencian en nada, pues el mismo proceso psicológico se realiza en uno ú otro caso.

Como modalidades de lo estético tenemos el sentimiento de lo bello, lo bonito, lo cómico ó risible, lo gracioso, lo pintoresco, lo poético, etcétera. Fijemos nuestra atención en ellos, principalmente en el sentimiento de lo bello, para ver en qué estriban tales procesos afectivos.

Comencemos por hacer notar los múltiples errores en que se ha incurrido. Del sentimiento de lo bello se ha querido hacer una idea y una

(1) Entre las cosas que se expresan por el término refinamiento se encuentra, cuando se aplica al placer, la aptitud de prolongarle por mucho tiempo sin fatiga y sin causar saciedad.—BAIN, *Les sens et l'intelligence*, pág. 165.

idea única (1)—la belleza—, sin pensar, de una parte, que lo afectivo es irreductible á idea, pues placer y dolor son inefables, y de otra, que el sentimiento de lo bello no es simple, sino complejo y múltiple en sus modos, y por tanto pretender buscar un algo en las cosas que fije cuando son bellas, resulta quimérico (2). Nuestras anteriores afirmaciones se harán evidentes de que veamos las condiciones que integran el sentimiento de lo bello.

Por de pronto, hagamos constar que en lo bello, como en todo sentimiento, existen sensaciones, ya placenteras ó dolorosas (3). Y desde este punto es manifiesto cómo lo bello pictórico nada tiene que ver con lo bello musical, pues derivan de diverso origen sensorial. Además, si cada nota, si cada línea, si cada color, de por sí, producen un placer ó dolor determinado, combinadas según *ritmo ó proporción*—otra diferencia fundamental en lo bello—, resultarán agradables ó desagradables. Notas ó colores aislados, siendo placenteros, unidos en acorde ó al casarse pueden resultar agradables é inversamente. También á cada impresión sensorial, simple ó compleja, se asocian afectos diversos, según la experiencia del sujeto, que matizan el sentimiento diversamente. Por último, lo expre-

(1) Schopenhauer decía que la palabra *idea*, que á todos ofrecía un significado preciso, pronunciada delante de un alemán parecía que se iba á subir en globo; lo mismo pasa á muchos con *la belleza*.

(2) «Muchos investigadores partían de un punto de vista falso ó ilusorio, que hacía la discusión sin importancia desde el punto de vista de los resultados analíticos; creían que se podía encontrar un elemento único común á todas las cosas que pertenecen á la clase de lo bello. Y sin embargo, salvo quizá el sentimiento provocado, que tiene un carácter de uniformidad, á causa del empleo exclusivo de un mismo nombre para calificarle, no existe una cosa común á todos los objetos bellos. Si esa cosa existiera, la conoceríamos después de dos mil años que se la busca.»—BAIN, *Les émotions et la volonté*, pág. 221.

(3) Si se quiere ver la importancia de lo sensorial en lo estético, basta considerar cómo influye la fatiga.

sado es lógico ó ilógico (1), moral ó inmoral, religioso ó irreligioso (para indicar brevemente los elementos *ideales* de lo bello).

Por donde se infiere las múltiples formas de lo bello y los diversos grados en que se manifiesta, según confluyen mayor ó menor número de elementos. Así, lo bello de pura *forma*, lo bello derivado de la sensación y de la mera proporción, notoriamente es inferior á cuando se completa y acaba con una estructura lógica entre sus partes, moral en sus modos y fines, y alentada y engrandecida por el hábito religioso de la vida. Que no es sólo feo lo *deforme* ó *inarmónico*, si que también lo ininteligible é irracional, si que también lo bruto y grosero, si que también lo inhumano y sin ideal.

El sentimiento de lo sublime resulta de lo bello y de la admiración; por eso todo lo sublime se asocia á lo grande—lo grande estático ó dinámico, lo grande material ó moral—. A veces, se acompaña de algo penoso: el sentimiento de inferioridad. Lo bonito, por lo contrario, es lo bello en reducidas proporciones; de ahí que sólo se dé siempre en lo pequeño.

Lo cómico ó risible—sentimiento aún poco estudiado—se produce ante rápidas é inesperadas impresiones, ante el contraste de expresión ó situación. El sentimiento de superioridad personal, por parte del sujeto contemplador, no es ajeno tampoco al efecto cómico.

La gracia es inherente á la ligereza, á la rapidez y á lo poco costoso del esfuerzo en los mo-

(1) La tendencia intelectualista pretende siempre convertir en idea lo afectivo. Como acabamos de ver, una cosa es la contradicción lógica ó la duda, y otra el sentimiento de la contradicción ó de la duda. Estos sentimientos superiores también juegan su papel en lo estético.

vimientos. Cuando se califican de graciosas las cosas estáticas se hace por analogía, al considerar vencidas grandes resistencias con mínimos esfuerzos.

Sentimientos morales. — La convivencia social, variable según las distintas épocas y países, exige determinada forma de conducta y consiguientemente engendra determinadas afectaciones, ligadas á las acciones habituales, ó sean sentimientos morales: tal la satisfacción de conciencia ó el remordimiento, el sentimiento de obligación y de deber (1).

Examinemos dichos procesos psicológicos.

Manifiestamente, toda acción habitual, en tanto no llegue á la fatiga, cualquiera que sea su contenido, nos produce satisfacción; en cambio, toda acción contraria á un hábito nos molesta ó duele. Si nuestros pensamientos son los ordinarios, si nuestras inclinaciones las corrientes..., nos causan placer, pues tienen el encanto de lo familiar y trillado, de lo que cuesta poco ó ningún trabajo; mas si se trata de prácticas nuevas, si hay que crear, y por tanto que esforzarnos rompiendo con un hábito de tiempo contraído, nos duele. Ese es el placer de la satisfacción de conciencia, ese el dolor del remordimiento anejo á las acciones no habituales ó desusadas.

No es, pues, cual se cree comunmente, que esos afectos sean concomitantes á la bondad ó maldad de la acción. Si suelen ser su compañía no siempre le siguen. Buena prueba tenemos en muchos criminales satisfechos de su crimen y á

(1) Deber y obligación son diferentes y cumplen funciones distintas, como creo haber mostrado en mi *Boceto de Ética científica*.

quien remuerde sólo la buena acción que, alguna vez, hicieron (1). Buena prueba, también, el remordimiento que siente el bueno por acciones generosas que no está acostumbrado á practicar.

El sentimiento de obligación equivale al de supeditación ó sumisión á lo establecido socialmente; en tanto, el del deber seméjase al de una tensión interna, al de una exigencia de sí para consigo, que se considera necesario realizar.

Sentimiento religioso (2).—No hay que confundir la religión con el culto, la manifestación externa con el pensamiento y sentimiento de que deriva. Parando la atención en esto último, y dejando á un lado las múltiples formas adoptadas históricamente, encontramos que toda religión se basa en estas cardinales creencias: la comunión de los hombres y la redención ó liberación del mal, y, por consiguiente, el reconocimiento de nuestra imperfección presente. A semejantes pensamientos se auna los correspondientes sentimientos religiosos: el ansia redentora, la piedad humana...

(1) Los más empedernidos, si acaso se arrepienten, es de su torpeza por no lograr su propósito ó ser descubiertos en sus planes. Ciertos criminales consideran el ser presos como *un riesgo del oficio*.

(2) Religión de *re-ligo*—, volver á atar, es decir, creencia que sirve de vínculo entre los hombres después del vínculo de la naturaleza.

LECCIÓN 23

Las emociones: su génesis; sus diversas formas.—Como se vió, las emociones resultan de una asociación de afecciones elementales, una ó algunas presentes ó actuales, y otras ya pasadas: por esto influye tanto en las emociones la experiencia (1).

Las emociones se manifiestan cual sentimientos violentos ó enérgicos, que dominan, paralizan ó alteran el curso de las representaciones y perturban las funciones orgánicas; hasta el punto, en ocasiones, de causar la muerte.

El primer momento de toda emoción se marca por un sobresalto ó instante de turbación; después se sigue una aceleración en el curso de las representaciones, si se trata de la alegría, ó un retardo, si de la tristeza. En unas, nuestro pensamiento parece como que se dilata; en otras, como que se concentra; y en todo caso, la emoción ejerce una selección entre las representaciones que conduce á asociarlas en consonancia con la misma. Por último, la emoción se cierra en un sentimiento final.

Generalmente, las emociones penosas tienden á convertirse en disposiciones permanentes; así, la producida por la pérdida de una persona querida se resuelve en una tristeza más ó menos duradera, y la cólera, en un sentimiento de aversión, de rencor. La repetición debilita las

(1) No es posible distinguir con entera precisión la emoción del sentimiento, ya que en la formación de muchos de éstos interviene la experiencia afectiva pasada y al suscitar súbitamente la impresión actual las anteriores, da lugar al sentimiento de sorpresa ó sobre salto anejo á toda emoción.

emociones, pues suprime el sobresalto ó turbación inicial.

Tomando como base la *cualidad é intensidad* de los sentimientos de que se forma toda emoción, así como la *forma de su curso*, esto es, la rapidez de sucesión con que se presentan á la conciencia, Wundt (1) distingue las emociones del modo siguiente:

La cualidad del sentimiento hace que las emociones sean agradables ó desagradables, excitantes ó deprimentes, de tensión ó de alivio. En general, sólo una de las direcciones del sentimiento se marca como fundamental en cada emoción, y los demás elementos afectivos se agregan como secundarios, bien que puedan originar formas subordinadas de emoción divergente de la primaria. Así, la alegría, emoción placentera fundamentalmente, luego en su curso, por aumento del sentimiento, llega á ser excitante, y si la intensidad afectiva alcanza ciertos límites se trueca en deprimente.

La intensidad de los sentimientos distingue las emociones en fuertes y débiles.

A la *forma del curso* de la emoción, corresponde la distinción de las mismas en *irrupentes ó repentinas*—como la sorpresa, el aturdimiento, el terror, la furia—, las cuales suben rápidamente á un máximo y luego decrecen lentamente hasta la calma; en *gradualmente creciente*—como la preocupación, la duda, la tristeza, la ira, que llegando poco á poco á un máximo declinan igualmente. Forma especial de estas últimas, las emociones *intermitentes* ofrecen varias fases sucesivas, crecientes y decrecientes—

(1) *Compendio de Psicología*, págs. 241 y siguientes.

tal se producen, á modo de paroxismos, la alegría, la tristeza y la ira. Generalmente, rara vez las emociones repentinas tienen un curso intermitente.

Las emociones aceleran ó retardan las funciones orgánicas, y cada una ejerce particular influencia en uno de nuestros órganos; la tristeza obra principalmente en las glándulas lagrimales; el miedo, sobre los intestinos; la cólera, en el hígado; la ansiedad, en los pulmones; la inquietud, en el corazón, etc. Las emociones pueden llegar hasta producir la muerte. «La emoción esténica mata por apoplejía, y las asténicas por parálisis del corazón... Las emociones, aun moderadas, si son habituales, amenazan la vida. La inclinación á las disposiciones sobreexcitadas del alma favorece las enfermedades del corazón y las tendencias apopléticas; el cuidado y los pesares impiden la nutrición, dificultando continuamente el acarreo de los materiales nutritivos y los cambios gaseosos» (1).

Las pasiones: sus formas.—Las pasiones, cual sentimientos intensos, resultan de la repetición de una misma afección compleja; pudieran denominarse también sentimientos habituales. Toda experiencia afectiva aumenta la correspondiente disposición del sujeto, y en consecuencia está más presto á sentirla de nuevo. De este modo las pasiones vienen á constituir una como segunda naturaleza afectiva del individuo.

El arraigo de una pasión pende, en primer lugar, de la repetición del sentimiento correspondiente y de la frecuencia de tal repetición. A ve-

(1) WUNDT, *Psychologie physiologique*, pág. 374, t. II.

ces, sin embargo, un sentimiento inicial enérgico da origen á una pasión. Es de importancia señalar una aparente paradoja en orden á las pasiones. La repetición aumenta su fuerza incontestablemente—fuera de los casos de saciedad ó agotamiento—y, sin embargo, la repetición, disminuyendo la conciencia afectiva, parece debilitarla. Prueba de su incremento, mediante la reiteración, es su mayor impulso para la acción, el anhelo creciente que se siente por renovarla y el dolor que produce su privación. Esto explica, sintamos la pérdida de personas y cosas que teníamos por indiferentes (1).

De la pasión deriva la acción enérgica y perseverante en la vida.

Las pasiones son tantas cuantos pueden ser los sentimientos habituales, principalmente los que se unen á la acción. Pudiera creerse, á primera vista, entonces, que únicamente los sentimientos agradables sean capaces de convertirse en pasiones; mas si se tiene en cuenta la adaptación del sentimiento (2) y las asociaciones que suscita, se verá y explicará el hecho de transformarse en pasiones sentimientos primariamente dolorosos.

No terminaremos sin notar cuán errónea sea la creencia de quienes igualan la pasión con los malos sentimientos. La pasión será mala ó será buena, según fuere la acción á que impulse; así hay diferencia entre la pasión por el arte ó por el estudio y la pasión del juego ó del beber.

(1) Como dice el refrán: «No se conoce lo bueno hasta el punto que se pierde.»

(2) Veremos más adelante lo relativo á la ley de adaptación del sentimiento.

Tono emocional.—Personas diferentes se afectan de distinta manera por las mismas cosas: quién por nada se irrita, quién nada logra perturbarle, quién de todo teme, quién todo lo arrostra, etc. Esta disposición natural de ser afectado á su manera, constituye el *tono emocional*, el cual, no solamente constituye el punto de partida á que referimos todos nuestros afectos (1), sino la condición que los *entona* de diverso modo, en cada individuo. De consiguiente, el tono emocional ha de considerarse como el tronco afectivo en que vienen á injertarse los diversos afectos experimentados en la vida.

En consecuencia, el tono emocional difiere algo con la edad, mas siempre conserva su disposición primitiva. Las condiciones hereditarias son sus determinantes fundamentales: por eso cada familia, cada raza, cada individuo, ofrece sus variantes en tal respecto. Igualmente influyen en el tono emocional las condiciones de salud, la nutrición y el estado general de fuerzas. La salud predispone á la alegría, á la expansión y á la consideración ajena; la enfermedad, á la tristeza, á la concentración y al egoísmo. Una buena comida pone de buen humor; el hambre, la sed, el cansancio, predisponen á la animadversión y á la cólera. Y la fatiga determina la irascibilidad.

El tono emocional, á que los antiguos médicos y filósofos llamaban temperamento, no depende de la bilis, ni de la flema, ni de la sangre, ni de nada de aquello á que se atribuía; dimana tan sólo de las condiciones del sistema nervioso.

(1) Esta disposición normal del sentir constituye la medida práctica de nuestras afecciones; el nivel á que referimos todos los demás sentimientos. Cuando se ofrece alguna afección muy por bajo ó muy por encima de dicho nivel, nos quedamos «sin saber lo que nos pasa», como extraños á nosotros mismos.

LECCION 24

Leyes del placer y del dolor.—Aun cuando, á primera vista, parece que al producirse los afectos no tienen ley alguna—y así se creía hasta no ha mucho—, hoy sabemos que éstos varían en relación á ciertas condiciones. Estas leyes son múltiples, porque de varias circunstancias depende el que un afecto sea doloroso ó placentero.

Ley de las cualidades.—El placer ó el dolor se determina, primeramente, por la cualidad de la sensación. Esto se deja ver más particularmente en los casos en que el aspecto afectivo predomina sobre el perceptivo, como en las sensaciones orgánicas, olfativas y gustativas, aun cuando, en rigor, siempre se verifique.

Las sensaciones musculares acusan el sentimiento placentero de la fuerza ó el doloroso del agotamiento; la dificultad de respirar da un sentimiento de inquietud y de angustia; el hambre y la sed tienen otro tono que la satisfacción de las necesidades citadas.

El contacto con superficies blandas y lisas es agradable, y desagradable el de las ásperas y duras. En cuanto á las sensaciones olfativas y gustativas, cada una presenta, desde luego, un carácter afectivo distinto: compárese, en general, lo dulce y lo amargo, el olor de rosas y el de asafétida.

Los efectos de la luz y la oscuridad son manifiestos, y en cuanto á los colores, basta repe-

tir la experiencia de Goethe, de mirar á través de cristales de distinto color, para descubrir los diversos efectos agradables ó desagradables que nos proporciona. El rojo entona, el verde aquieta, el violeta deprime.

Por lo que respecta á los sonidos, compárese el silencio y el ruido, los sonidos bajos y los altos, las notas de la flauta y de la trompeta, y se observará cómo unas deprimen y entristecen y otras exaltan y alegran.

De todo lo cual resulta que la cualidad de toda sensación produce por sí misma, ya dolor, ya placer, sin que indiferentemente puedan causar uno ú otro.

Ley de las intensidades. — El placer y el dolor depende también de la intensidad del excitante (1). La acción de excitantes de intensidad máxima ó mínima producen dolor, y los de intensidad media, placer. Así, la oscuridad, el silencio y el frío excesivo son tan dolorosos como la luz intensa, el ruido estridente y el calor sofocante. En cambio, la luz, los sonidos, las temperaturas de intensidad media resultan agradables.

Es más, impresiones cualitativamente agradables ó desagradables cambian su tono al ser interferidas por su condición intensiva. Lo agradable del dulce, cuando se intensifica, se trueca en desagradable, y lo desagradable de lo amargo deviene placentero al disminuir de intensidad.

En las sensaciones internas funcionales desempeña el mismo oficio que el excitante el grado

(1) Recuérdese lo dicho en la lección 17 al tratar del placer y del dolor y sus efectos correspondientes.

de ejercicio funcional. Así, la inactividad muscular resulta tan dolorosa como su actividad excesiva, y sólo un moderado ejercicio causa placer. El hambre y la sed resultan dolorosos porque implican privación de ejercicio funcional, y la saciedad y el malestar consiguiente al mucho beber lo son también por exceso de actividad funcional.

Oscilando nuestra vida entre el dolor por exceso ó por defecto, y correspondiendo el placer á los grados intermedios, *lo indiferente se produce siempre que la intensidad del excitante ó el grado de ejercicio funcional nos hace pasar del dolor de la privación al placer de la excitación*; mas entre el placer y el dolor no hay grado para lo indiferente (1).

Conviene advertir que la intensidad del estímulo se ha de considerar en relación á las condiciones individuales, pues de otra suerte quedara invalidada la afirmación anterior. Un agradable paseo para un adulto ó un sano fuera dolorosísimo para un niño ó un enfermo. Quienes tienen delicada la vista no pueden soportar la intensidad de luz que quienes la tienen buena.

También para evitar posibles errores precisa cierta observación. Por efecto de existir dos denominaciones para un mismo sentimiento, según que es placentero ó doloroso, parece existir en ciertos casos una anomalía, pues hay afecciones que parecen siempre dolorosas y otras siempre placenteras. Así, el sentimiento relativo á la actividad, siendo placentero, se llama juego, y cansancio cuando doloroso.

(1) Placer y dolor constituyen lo interesante, así como lo indiferente equivale á lo que no tiene interés para nosotros.

Ley de asociación de los sentimientos.—

Dos afecciones sucesivas ó simultáneas tienden á evocarse la una á la otra. En virtud de esta ley se forman todas las afecciones complejas y, á su vez, todo complejo afectivo es influido por las afecciones concomitantes. Pudiera decirse que cada afecto se halla *encuadrado* por un sinnúmero de afecciones dadas en la experiencia, y evocadas después, las cuales *colorean* de diversa manera la sensación, el sentimiento ó afección que se considera. La influencia máxima se da entre afecciones congéneres (1).

La luz y el ruido van unidos á la vida, como la oscuridad y el silencio á la muerte. El sonido de la trompeta despierta sentimientos guerreros; los instrumentos populares evocan impresiones de fiesta; el incienso huele á iglesia; el heno, á campo; lo negro evoca tristeza; lo blanco, alegría; lo verde, la amable quietud de los campos. Una calle nos agrada más ó menos que otra, según nos distraiga ó moleste la afluencia de gente que por ella circula, ó también según que sea llana ó esté en cuesta. Una población, una casa, nos será grata ó repulsiva porque en ella tuvimos muchas alegrías ó muchos dolores. Lo que hacen los amigos nos parece bien porque los queremos y, en cambio, parece mal lo de los enemigos porque los odiamos. Una pieza musical impresionará de diversa manera por las circunstancias en que otra vez la hubiésemos oído. Si la oímos en compañía de personas queridas, cuando se festejaban las alegrías de la casa, nos será mucho más agradable; pero

(1) La contigüidad y la semejanza parecen dominar en la asociación de los sentimientos; pero también se asocian por contraste todo género de afecciones.

si la hemos oído en una situación triste, ó evoca recuerdos de cosas que pasaron para no volver y que entonces nos encantaban, la música sonará triste.

El aspecto risueño que, en general, tienen los días de la infancia, ya de la propia ó de la ajena, depende de la multiplicidad de afectos agradables que se asocian al recuerdo de aquel tiempo; en cambio, ¡cuánta melancolía no puede despertar la casa en que pasaron la vejez nuestros padres ó la cuna vacía del niño! Si las aldeas tienen más encantos que las ciudades, es que las cosas y personas permanecen más en una que en otra, y nuestras asociaciones afectivas y representativas en consecuencia son más fijas y constantes. Mas ¿cómo trabar intensas amistades quienes viajan en un tren?

(El amor ó aversión al pasado dimana de los sentimientos que engendran los sucesos, instituciones, costumbres, etc., que conocemos de esas épocas. El *misonetismo*, la acomodación á lo establecido, la resistencia á lo nuevo, no es sino fatiga, pereza en la acción y temor por lo porvenir; en cambio, la *neofilia* supone vigor de juventud, ansia de novedad y esperanza.)

De cuanto se ha dicho se infiere las modificaciones que opera en el sentimiento la experiencia ó cultura personal y, por tanto, la edad, el sexo y la profesión ó empleo del sujeto (1.)

Ley de alternancia ó de contraste.—No sólo se asocian las afecciones por contigüidad ó por semejanza, si que también por contraste,

(1) Toda afección tiene dos valores, como los números, uno absoluto y otro relativo ó de posición. El primero lo debe á su cualidad é intensidad; el segundo, á su asociación ó posición en la serie afectiva

dando lugar á efectos — no tan notados en el orden de las representaciones—cual la alternancia y el relieve con que aparecen los elementos asociados. Como al esfuerzo intenso ó continuo se sigue el agotamiento, á cada peculiar afección ó estado de ánimo sucede su contraria, pues agotándose las energías sensitivas de que se dispone quedan sólo libres para manifestarse cuantas no tuvieron empleo. Por eso el tono emocional ofrece sus oscilaciones; un placer ó un dolor duradero acusa sus intermitencias, y, en general, las afecciones todas pasan de una tonalidad á su contraria. Una alegría intensa predispone á la tristeza, lo cómico hace estallar la risa más fácilmente cuando se sigue á lo serio, la vida agitada y alegre suscita el sentimiento de la vida apartada y recogida. Como dice el adagio, «después de la tempestad, la calma» (1).

Del amor se pasa fácilmente al odio; del respeto, al desprecio; la saciedad del uno engendra su contrario. En los buenos tiempos se evocan las pasadas penas, é inversamente, los gratos recuerdos del pasado se suscitan por los dolores del presente. Esa alternancia ó contraste de los afectos múestrase tanto mayor con la inestabilidad nerviosa que ofrece el sujeto. Los niños, los salvajes, las personas histéricas, pasan prontamente de la exaltación á la depresión, del llanto á la risa, del amor á la aversión, de la estimación al menosprecio, etc. El hecho de que los criminales pasionales corran á denunciarse, una vez pasada la exaltación, cuando ven satisfecha su pasión, se explica perfectamente por la al-

(1) También el dicho «no hay boda en que no se lllore ni duelo en que no se ría» indica la observación general de que los estados de alegría suscitan los de pena, y recíprocamente.

ternancia afectiva. Para que surjan afecciones contrarias es menester que el resorte afectivo no haya perdido su elasticidad.

El contraste presta un gran relieve á los estados afectivos. El odio cruel de cuanto se amó, el desprecio por lo en otro tiempo respetado, son más acentuados que cuando se engendran tras la indiferencia.

LECCIÓN 25

Leyes del placer y del dolor.—Si por un punto pueden pasar infinito número de circunferencias, por dos puntos se trazaran algunas y por tres puntos, que no estén en línea recta, únicamente se podrá hacer pasar una sola. Esto es, cuanto mayor número de condiciones de los fenómenos se establezcan, más precisos quedarán.

De igual manera, tanto mejor explicado serán los fenómenos de placer y de dolor, cuanto mayor número de determinantes se precisen. Continuemos, pues, formulando otras leyes.

Leyes del cambio.—Las sensaciones, sentimientos, emociones y pasiones son influidos por sus antecedentes, y éstos, á su vez, influyen en los siguientes, hasta el punto de anular muchas veces su valor por una nueva afección derivada. La insistente repetición de un sonido ó de una pieza musical causa el sentimiento de la monotonía, el cual ahoga, por decirlo así, la tonalidad afectiva del sonido ó de sus combinacio-

nes. Igual acontece con toda serie de impresiones idénticas, ya sean más ó menos complejas, aunque, naturalmente, cuando esas afecciones sean menos complicadas, se engendrará la monotonía en un período de tiempo más corto. El cansancio ó hastío y el tedio ó aburrimiento, son distintas formas del sentimiento de monotonía (1). Una misma comida, el mismo tono de voz en quien habla, el trato con las mismas personas, la misma diaria ocupación, el mismo género de vida, cansa, aburre ó hastía. La repetición, pues, deprime el tono de los afectos y los hace indiferentes ó insoportables (2).

Por lo contrario, toda afección precedida ó seguida de otra distinta eleva su tono, al prestarle variedad. El placer de la novedad no tiene otro origen. El encanto de los viajes, la satisfacción en leer libros de Etnografía ó Sociología, el gozo que proporcionan los descubrimientos, la impresión que causa toda originalidad, se debe á la nota de novedad que les acompaña. Los objetos más triviales causan placer al ser nuevos para nosotros. Y lo mismo acontece con el sufrimiento: los primeros dolores, las primeras contrariedades y desengaños de la juventud, se ofrecen con mayor relieve que los posteriores, por razón de su novedad. Se engañaría, sin embargo, quien creyera que los afectos se *anulan*

(1) Esto no obstante, el hastio ó cansancio difiere del tedio ó aburrimiento, pues el uno deriva del continuado ejercicio y el otro de la continuada privación de ciertas formas de actividad.

(2) «Las gentes que las circunstancias obligan todos los días á poner en acción ciertas facultades de una manera exagerada y dolorosa, al verse privadas de los placeres que acompañan el ejercicio conveniente de otras facultades, se ven impulsados á exagerar los modos agradables de ejercicio que les quedan. Después de haber sido sometidos largo tiempo á estados de conciencia desagradables, un estado agradable se recibe con ardor y, en ausencia de otros estados agradables que alternan, se mantienen con persistencia exagerada en el ejercicio que le produce. De aquí las diversas formas de los excesos.» — SPENCER, *Principes de Psychologie*, pág. 289, t. II.

por la monotonía ó se elevan sin medida por la novedad, pues la mayor variedad tiende á caer en la monotonía, y toda pequeña variación se destaca como novedad en el campo de la monotonía.

Por otra parte, si el cambio matiza del modo expresado nuestros sentimientos, el ritmo del cambio se deja sentir también en los afectos. El lento mudar deprime las afecciones; la rapidez, dentro de ciertos límites, las exalta, y la muy rápida variación resulta molesta (1). La música puede ilustrar el caso. Los diversos aires al ejecutar una pieza musical hace varíe por completo el efecto que nos produce. La pausada sucesión de los sonidos la hace grave, triste ó seria; la rapidez la vuelve ligera, alegre y retzona. Una marcha fúnebre no puede ser rápida; un *scherzo* no puede ser lento.

El mismo efecto puede notarse en las composiciones poéticas, según su metro sea mayor ó menor. Los metros amplios son graves, tristes ó solemnes; los metros cortos, alegres, ligeros ó joviales.

Ley de sumación. — Impresiones que aisladas son impotentes, resultan eficaces cuando se repiten, pues sus efectos se suman. Un tenue ruido, un débil sabor, etc., deja sentir sus efectos cuando se repite. Pequeñas molestias ponen de mal humor, y pequeños placeres nos llenan de satisfacción. Sentimientos sin importancia se hacen enérgicos y llegan á ser pasiones. La cólera puede excitarse por cosas nimias, cuando

(1) El aturdimiento deriva de una multiplicidad de impresiones entre las cuales no podemos establecer conexión alguna.

éstas se ofrecen en gran número. De aquí esos estados inexplicables para muchos que no tienen presente sino las impresiones del momento y prescinden de los antecedentes (1).

Ley de minoración ó adaptación.—Es de experiencia común que todo placer, como todo dolor permanente, sufre con el tiempo una continua atenuación, pudiendo llegar hasta su extinción. Semejante fenómeno representa un caso particular de la ley de adaptación al medio, en virtud de la cual los individuos de un país no sienten la temperatura ordinaria, por extrema que sea, y sólo les impresiona sus variaciones extraordinarias. Cuando estamos por algún tiempo en una atmósfera olorosa no sentimos olor alguno. El ruido ensordecedor de los carruajes, en las grandes poblaciones, no molesta al cabo de cierto tiempo. De análogo modo nos adaptamos á la riqueza ó á la pobreza, á la desgracia ó al goce. El entusiasmo da lugar á la mera complacencia, á la indiferencia y hasta la apatía; la desesperación se trueca, con el tiempo, en conformidad; el dolor decrece hasta la melancolía, y el placer disminuye hasta el grato recuerdo del mismo. De este modo se explica, en parte, la notoria indiferencia de los viejos y el entusiasmo de los jóvenes por todo. Una impresión desagradable, en un principio, no sólo deviene soportable é indiferente, sino que aun se trueca en agradable—así el fumar ó tomar una medicina—, pues aminorándose las sensaciones dolorosas se destacan únicamente las placenteras.

(1) La Psicología vulgar, sin embargo, ha señalado este fenómeno en la conocida imagen de la última gota que hace derramar el agua de la copa.

Los sentimientos y el tono afectivo de la conciencia. — Aparte del movimiento de nuestros afectos de todo género y del tono emocional, la conciencia ofrece una disposición afectiva más ó menos duradera que matiza las varias afecciones engendradas ó suscitadas por la experiencia. Comunmente esta disposición afectiva de la conciencia se denomina *estado de ánimo*.

Es manifiesto: cuando estamos alegres, parece que todo respira alegría; cuando estamos tristes, propendemos á verlo todo triste. Hay momentos en que confiamos esperanzados en lo porvenir, en que todo es fácil; en cambio, en otras ocasiones nos asedia el temor por todas partes; unas veces tenemos una alta idea de nuestro poder y otras creemos somos incapaces de hacer nada de provecho.

Naturalmente, estos *estados de ánimo* ejercen una influencia decisiva en la modalidad, ya placentera, ya dolorosa, de nuestras afecciones (1).

(1) Según los temperamentos, estas desviaciones son más ó menos sensibles; pero nadie está exento de ellas. En ciertos individuos de complejión nerviosa delicada—los artistas, por ejemplo, ó las mujeres—, pueden devenir intensas. En muchas gentes son poco evidentes: son oscilaciones casi insensibles, que no se manifiestan al exterior sino por una amenidad ó una irritabilidad mayor. En todo caso, nunca hemos observado que una persona fuese de una perfecta igualdad de alma.

«Una pequeña observación nos ha permitido comprender este hecho bajo una forma, por decirlo así, cuantitativa. Hemos rogado, en diferentes ocasiones, á ciertas personas que nos expresen por una valoración numérica un hecho, por otra parte, incierto. Por ejemplo, hemos preguntado á un escritor cuántos ejemplares de su próximo libro pensaba que se venderían. Esta cifra nunca fué la misma: variaba en proporciones muy considerables. Sin embargo, ni el talento de nuestro amigo, ni el gusto de los lectores, ni las condiciones de la venta, habían cambiado.»—GODFERNAUX, *Le sentiment et la pensée*, págs. 89 y 90.

LECCIÓN 26

La actividad en general.—Todo ser vivo es activo, es decir, capaz de movimientos propios. La vida se nos ofrece como una serie de cambios y de reacciones del organismo al medio exterior; lo que no reacciona es lo muerto. La fuente del movimiento se encuentra en el organismo, y el despliegue de energías supone una potencial que se manifiesta en cada momento. Dicha potencial no tiene un valor fijo; oscila de un momento á otro en dependencia de algunas condiciones: en primer término, indudablemente, de la función nutritiva, proceso orgánico fundamental (1).

Por otra parte, internamente reconocemos en nuestra conciencia, prescindiendo de la serie de representaciones y entonaciones afectivas, ciertas tensiones, ya en un sentido, ya en otro.

Movimientos provocados y espontáneos.

—Nuestra conciencia distingue dos formas principales de acción: la de los movimientos espontáneos y la de los movimientos provocados. Los primeros no parecen depender de causa exterior alguna, sino que surgen como de nosotros mismos; los segundos manifiestamente están en relación con algo exterior, y se muestran como la obligada respuesta á los incentivos de fuera.

Evidentemente, los movimientos espontáneos

(1) «Siempre se ha observado que la actividad espontánea sube ó baja proporcionalmente á la nutrición en general, siendo la más rica durante la salud y la más pobre en la enfermedad, el hambre y la fatiga.»—BAIN, *Les sens et l'intelligence*, pág. 48.

no son sin causa, pues dependen de cambios internos, como la cantidad ó calidad de la sangre, y estos dan lugar á que la fuerza acumulada ó potencial del organismo se transforme en actual.

La vivacidad y deseo de moverse después de una buena comida, ó por la mañana, tras el descanso de la noche, es un hecho manifiesto en todos los animales, incluso el hombre; la energía desbordante tiende á verterse. Por otra parte, como se ha visto, las sensaciones internas funcionales exigen la realización ó cesación de la función correspondiente; de consiguiente, los movimientos externos provienen, en último caso, de los cambios producidos en el estado de los diversos órganos.

En cuanto á los movimientos provocados, el mayor número de nuestros actos pertenece á este orden, pues se muestran como reacciones, más ó menos rápidas y complicadas, á los estímulos del medio natural ó social. Por tanto, pues, toda acción no se produce sin causa.

Actividad interna y actividad externa.

— La conciencia distingue, en la total esfera de su actividad, el cambio de las representaciones, la mudanza de los afectos y la variación en las tensiones ó direcciones internas, y aquellos movimientos exteriores en que comúnmente se traduce dicha actividad.

En su conjunto, la actividad interna constituye la llamada *atención*, y la actividad externa se manifiesta bien por actos reflejos, instintos, inclinaciones, etc.

La actividad interna ó atención, si difiere de la actividad externa, no está separada de ella.

No podemos atender á cualquier objeto exterior sin que el sentido apropiado para recibir las impresiones no sufra alguna modificaci6n, y tratándose del sentido quinestético, sin que efectuemos algunos movimientos del cuerpo. El jugador de billar que sigue atentamente la direcci6n de la bola, deseando choque con otra, rara vez deja de efectuar un movimiento de cabeza ó del brazo, como si quisiera empujarla para que llegue. Es de notar que tales movimientos pueden atenuarse, mas nunca suprimirse.

Los hechos de pretendida adivinaci6n del pensamiento, llevados á cabo por Cumberland, se fundan precisamente en esta estrecha dependencia existente entre la actividad externa y la interna. Un sujeto esconde un objeto, y otro, sin decirle nada, lo encuentra; pero el *adivinator* ha de colocar la palma de su mano sobre la de otro cualquiera que sepa d6nde se escondió dicho objeto, y concentrar su atenci6n sobre el objeto y lugar en que fué colocado. Dispuestas las cosas de este modo, naturalmente, el individuo que atiende al sitio en que se halla tal objeto, sin querer ejecuta movimientos en aquella direcci6n, los cuales, sentidos por el adivinator, le sirven de guía cual si le condujeran de la mano.

Inclinaciones. — Los movimientos, por lo general elementales, que realizamos, bien de un modo espontáneo, bien provocados por una excitaci6n cualquiera, constituyen nuestras inclinaciones. La tendencia ó inclinaci6n nace de una necesidad sentida, la cual exige satisfacci6n; por consiguiente, supone una afecci6n impulsora y un movimiento *ciego*.

Tantas son nuestras necesidades primarias, cuantas son nuestras inclinaciones primeras. Con la edad, efecto del hábito, llegamos á contraer nuevas necesidades, y á éstas responden nuevas inclinaciones. En tal caso, el impulso nace de una impresión cualquiera exterior, la cual despierta el deseo ó necesidad, y, por consiguiente, el movimiento va *guiado* por una representación. Las tendencias ó inclinaciones primarias derivan de la necesidad sentida; las inclinaciones adquiridas ó secundarias pueden ser producidas por la perspectiva de un placer ó de un dolor.

Para evidenciar la diferencia entre las inclinaciones primarias y secundarias, fijemos nuestra atención en los dos hechos siguientes: el hambre inclina al alimento, no por el placer que se tendrá en comer, sino por acallar la necesidad sentida. En cambio, la inclinación por la música, derivada de haber oído música, se debe á la espera del placer que se obtendrá al oír la de nuevo (1).

Con el tiempo, las necesidades adquiridas llegan á ser de satisfacción tan apremiante, cual las nativas, y el mismo mecanismo psicológico de las unas se asemeja al de las otras; es decir, el impulso proviene más bien de dentro que de fuera. Por eso se da el caso de que, á pesar de haber llegado á sernos indiferente el objeto de la inclinación, persistamos aún en ella. Como veremos luego, de las inclinaciones derivan los actos llamados voluntarios.

(1) «Podemos llamar *procesos simples de la voluntad* á los procesos de la voluntad determinados por un motivo único. Los movimientos que implican estos procesos se indican también comúnmente con el nombre de *acciones impulsivas*.»—WУМOT, *Compendio de Psicología*, página 253.

Una observación. Como anteriormente hemos dicho que las afecciones impulsan á la acción y nos encontramos con sentimientos y emociones cual el miedo, el terror, la angustia, la pena, etcétera, cuyos efectos son paralizantes, conviene notar, para despejar la aparente contradicción, que tan activa resulta la afección cuando incita como cuando reprime.

Actos reflejos. — Los movimientos rápidamente ejecutados como respuesta inmediata á una impresión cualquiera reciben el nombre de reflejos. De éstos, por consecuencia de su rapidez, no se da cuenta la propia conciencia; mas pueden ser comprobados, en numerosísimos casos, por otras personas. Además, dichos actos son indefectibles en su ejecución, pues aunque nos lo propongamos no podemos impedirlos. El movimiento de la mano cuando se la pincha de improviso, el de retirar un miembro cualquiera cuando se le hace cosquillas, son de este género. Tales actos casi siempre resultan adaptados convenientemente á su fin.

Los movimientos llamados automáticos, de que nos ofrecen gran ejemplo las contracciones del corazón, consisten en una serie de actos reflejos, provocados alternativamente por la modificación de condiciones del órgano (en el caso citado por las propiedades químicas de la sangre).

Instinto. — Spencer ha sido el primero en fijar con precisión la significación de esta palabra en Psicología. El vulgo principalmente la emplea para designar todo otro género de inteligencia distinta de la del hombre.

Ahora propiamente, debe expresar una acción refleja compuesta, esto es, una serie de actos coordinados en vista de un fin, que se producen por un estímulo cualquiera, interno ó externo (1).

La ley enunciada al tratar de las representaciones y afecciones también se cumple por lo que respecta á la acción: *si dos actos van juntos, el primero evoca el segundo, y con tanta mayor frecuencia cuanto más constantemente se hallan asociados anteriormente los actos citados.*— De consiguiente, basta á veces un solo estímulo para provocar una serie de acciones, pues producida la primera ésta excita la aparición de la segunda, y así sucesivamente. Los movimientos de succión del niño, el poner éste sus manos al caer, etc., se producen por una sola excitación. La serie de movimientos puede ser más ó menos larga ó complicada.

Los instintos menos complejos se explican por la reiterada experiencia individual; pero los más complicados sólo pueden explicarse por la experiencia de la especie, ó sea por la herencia.

No todos los instintos se muestran desde el nacimiento, pues faltos de las condiciones necesarias en que apoyarse, sólo aparecen cuando éstas se dan; así el instinto genésico no aparece hasta la pubertad.

El instinto, cuando tropieza con algún obstáculo en su realización, despierta la conciencia

(1) El punto de partida fisiológico, en las sensaciones que con especialidad determinan los instintos, son los *órganos de nutrición y los de reproducción*. Todos los instintos animales pueden muy bien reducirse simplemente á las dos clases de instintos de *nutrición* y de *reproducción*; pero entonces, con especialidad á estos últimos, en sus manifestaciones más complejas, se agregan siempre impulsos auxiliares de defensa ó impulsos sociales que, por su origen, se deben considerar como modificaciones especiales del instinto de generación.—WUNDT, *Compendio de Psicología*, pág. 371.

del sujeto, y éste puede modificarlo, como ha demostrado, entre otros, Lubbock. El llamado instinto de conservación, de que tanto se habla, precisamente no es un instinto, pues rehuir el dolor y buscar el placer son condiciones primarias de la vida, y por consecuencia, todo acto tiende á adaptarse á dichos fines. Si considerásemos toda acción movida por el placer y el dolor como un instinto, reduciríamos toda la vida á una forma instintiva, lo cual es manifiestamente absurdo.

LECCIÓN 27

La atención: sus formas y modos.—En la sucesión de estados de conciencia notamos una actividad más ó menos manifiesta, que hace se destaquen con mayor precisión unos de otros: es la atención. Como las más de las veces, la atención *se dirige* al exterior y parece parte de nosotros una acción hacia el objeto (1), se habla de ella como de una dirección ó tendencia del espíritu á tal ó cual objeto.

La atención, como toda forma de actividad, no nace de sí propia. Las afecciones de todo género, primero, y en unión de las representaciones, después, son las causas de que deriva.

De las necesidades y deseos, primarios ó adquiridos, nacen los primeros y más principales impulsos para la atención.

La *dirección*, la *intensidad* y la *duración* de la

(1) Sentimiento de esfuerzo anejo á las contracciones musculares concomitantes á todo acto de atención.

atención se explican por la diversa cualidad é intensidad de los afectos. El paso del poliideísmo normal ó de la multiplicidad de representaciones «á un monoideísmo relativo, en que una idea madre atrae á todas las demás, sin permitir se produzcan asociaciones sino en estrechos límites», tiene por causa un sentimiento, una emoción ó una pasión dominante. Bajo la influencia del sentimiento no vemos más que lo congruente con el mismo, y toda discordancia tiende á desaparecer; una pasión vehemente, ciega para todo el resto. La tendencia á la unidad, carácter propio, como hicimos notar, de la actividad de la conciencia, se determina en estos casos por el tono emocional de cada individuo. Cuando falta ese «centro de gravedad», el encadenamiento de nuestros pensamientos se rompe y la vida consciente se disuelve. Los sentimientos lógicos y la pasión lógica promueven el enlace coherente de las representaciones é impiden las asociaciones fortuítas.

La *dirección* ú *orientación* momentánea ó constante de la atención dimana del sentimiento del momento ó de aquella disposición afectiva dominante en cada uno. Un golpe en un dedo hace atendamos al dedo; una conversación atractiva cautiva nuestra atención.

De otra parte el tímido ve en todo motivos de zozobra; el envidioso dirige la atención á cuanto despierta su envidia; para el filántropo no hay sino dolores que aliviar; para el enfermo su enfermedad; para el entomólogo, insectos; etc.

Únicamente cuanto es indiferente *no merece* atención.

En el niño y el salvaje la atención se orienta

hacia el mundo exterior para buscar los medios de vida ó rehuir los medios de muerte; mas con la edad y la civilización, uno y otro, subordinan su atención á afecciones más estables que marchan al par de la representación de un fin y hacen que dicha atención sea más coherente ó menos versátil.

La duración de la atención depende de la duración de los afectos. Un placer ó dolor pasajero la fija momentáneamente. Atendemos á una herida por tanto tiempo cuanto necesita de cuidados, y nos fijamos en las cosas en tanto la pasión por ellas perdura. Una atención de toda la vida implica una pasión de toda la vida. Por otra parte, la profundidad y concentración de dicha actividad deriva de la intensidad de los afectos.

También la edad y la cultura influyen en la persistencia y constancia de la atención.

La atención, cual los afectos, no es continua; tiene *intermitencias* más ó menos largas, cuando se trata de una obra por mucho tiempo perseguida (1) y ofrece *oscilaciones* de intensidad en cualquier acto algo durable. Así lo muestra, entre muchas otras, la experiencia siguiente: si en un medio silencioso se coloca un reloj de bolsillo á una distancia tal del oído que, prestando atención, apenas se perciba el ruido, se observa con intervalos de tres á cuatro segundos que dicho ruido aparece y desaparece.

Dos *formas* fundamentales ofrece la atención: espontánea y voluntaria; la primera es la originaria y la segunda su derivada. La atención es-

(1) A una gran atención sucede su relajación, ó su variación, casi siempre en sentido opuesto al anterior.

pontánea es fácil ó sin esfuerzo; la voluntaria supone un esfuerzo tanto mayor cuanto más profunda ó concentrada y, en su génesis, más apartada de la primera. La forma espontánea es connatural, ingénita y, por tanto, no necesita de la educación: la voluntaria, sin la educación no existiría. El proceso psíquico de la atención espontánea es menos complicado que el de la voluntaria. Veámoslo.

La atención espontánea deriva del estímulo interno de *una* necesidad ó deseo, ó también de *una* excitación exterior, y en ella el elemento perceptivo es escaso; por eso y por su unilateralidad seméjase al instinto. Su profundidad y concentración es proporcional á la intensidad del afecto antecedente: su constancia, determinada por la pasión ó tono emocional del individuo. Una atención constante á un orden de cosas, característica de una vocación, supone una pasión ó disposición afectiva nativa. El ejercicio espontáneo de la atención, es el practicado comunmente en la vida y representa casi la única forma de atención en el niño, el salvaje y más aún en al animal.

La atención voluntaria suscita *la múltiples* necesidades y deseos, ó *variados* estímulos externos, y se auna á complejo elemento perceptivo. La intensidad y extensión de la atención en este caso depende, más bien que de excitaciones primarias, del atractivo que recibe el fin prefijado, de los estados afectivos concomitantes al acto de atender y de otros que se le asocian de un modo inmediato. La constancia de la atención voluntaria deriva de la serie de impresiones interesantes continuamente renovadas. Es-

clareceremos este punto. Hagamos constar, por de pronto, que las cosas pueden ser interesantes ya por sí mismas ó ya por sus conexiones y consecuencias. La experiencia de la vida y la educación pueden mostrar esas conexiones derivadas y prestar interés á lo que por sí no lo tiene. El aprender á escribir por sí mismo no interesa, pero si se requiere indispensablemente como medio para comunicarnos con personas queridas ó de cuyo apoyo y colaboración necesitamos, entonces pasa á interesarnos: muchos aprendieron á escribir cuando el servicio militar ó los negocios les apartaron de su hogar. El deseo de sobresalir entre otros, la vergüenza ó el sentimiento del deber, pueden dirigir la atención á prácticas y asuntos de por sí no interesantes. Asimismo prácticas difíciles y enojosas que en un principio hasta nos repugnaban, cuando con el repetido ejercicio se hacen fáciles, llegan á interesarnos. Muchos estudios y oficios que en sus comienzos no despiertan atención, con el tiempo la cautivan hasta por toda la vida ¡Cuántos no se distinguieron en una labor para la cual se creyeron sin condiciones al comenzar!

La constancia en la atención voluntaria nace de una necesidad adquirida (profesional, etc.), ó de la renovación de interés: quien viaja, quien investiga, quien estudia, recibe de continuo impresiones interesantes provenientes de la cosa—al mostrarse en diferentes aspectos—ó de sí mismo, por la satisfacción del éxito, por la superioridad ó notoriedad alcanzada, etc.

El paso de la atención espontánea á la voluntaria se verifica gradualmente por la asociación que se establece entre el acto de atención y sus

estímulos cada vez más remotos, concomitantes y complejos,

En cada *forma*, la atención puede ejercerse en *modos* diferentes; puede dirigirse á los objetos exteriores y, por consiguiente, á los distintos sentidos perceptores—*atención sensorial*—ó puede seguir el curso de representaciones y las variaciones afectivas volviendo sobre sí misma—*atención refleja ó reflexión*.

En toda forma y modo de atención se producen contracciones musculares más ó menos generales, la respiración se suspende ó retarda en lo posible, la circulación se altera y la mirada se fija ó queda vaga (1). Siempre que se concentra la atención, el resto de los músculos no interesados se relaja; por eso, quien atiende profundamente «se queda con la boca abierta» (2), y al que se queda absorto se le caen los objetos de la mano. Cuando varias personas van conversando, los altos ó paradas que hacen coinciden con los períodos de mayor atención á lo que se habla.

Grados de atención.— La atención varía en extensión é intensidad; á la primera condición nos referimos cuando hablamos de concentrar la atención; á la segunda, cuando la calificamos de más ó menos profunda. La extensión ó radio de acción de la atención difiere según que se atiende á un objeto singular, se comparan varios objetos ó se hacen varias cosas á un

(1) Fechner ha hecho observar que en la percepción voluntaria de los fenómenos externos la tensión se dirige hacia el órgano sensorial que juega el principal papel, mientras que en la acción de la memoria y de la imaginación se retira enteramente de los órganos externos y toma la forma de una presión y de una contracción de la piel del cráneo, como si se ejerciera desde fuera sobre toda la cabeza.

(2) Por la relajación que sufren los músculos del maxilar inferior.

mismo tiempo. Yo he conocido á un jefe de Telégrafos que transmitía, recibía los despachos y conversaba con los de la oficina al mismo tiempo. La profundidad ó intensidad de la atención varía según el grado de abstracción de las representaciones á que se atiende...

Leyes de la atención.—La atención es proporcional á la intensidad del excitante y repetido ejercicio, de una parte; y á la energía física y grado de interés de sujeto, de otra.

Por de contado, la atención voluntaria exige las mejores condiciones de salud y de frescura mental.

Individuos enfermos ó fatigados son incapaces de ella, y el agotamiento marca el cero de la atención. Las vocaciones se marcan por la distinta orientación de la atención, y el repetido ejercicio de la misma da cuenta de sus diferencias según la profesión ú ocupación. No los talentos, mas las cualidades de la atención establece las distinciones entre los hombres: quienes *en todo se fijan* son los listos, quienes á nada ó muy poco atienden son los poco ó nada capaces. Los sabios no sólo se fijan en todo sino por mucho tiempo.

Es notable la sinonimia que existe entre *hombres atentos* y *hombres bien educados*.

LECCIÓN 28

Actividad voluntaria.—En la actividad de la conciencia podemos distinguir su manifestación interna de la externa, ó, dicho de otro modo, la atención y los movimientos corporales en que á veces se traduce. Igualmente en la atención distinguimos la atención sensorial y la reflexión. Ahora bien; desentrañando el proceso de los actos voluntarios, hallamos que son manifestaciones de actos internos ó de atención y que proceden de la rama de la atención reflexiva ó voluntaria. Así, en tanto los movimientos reflejos é instintivos y aun inclinaciones constituyen formas irreflexivas de la actividad, los actos voluntarios son siempre reflexivos.

Según lo expuesto en otro lugar, no ha de entenderse por reflexión el simple discurso interior, más ó menos abstracto—según el limitado punto de vista vulgar y común—sino una dirección de la atención al curso de las representaciones, afecciones y aun acciones internas. Por lo dicho se infiere que, los actos voluntarios cuentan como precedentes la energía de los sentimientos, la turbación de las emociones, el vigor de las pasiones y hasta el tono emocional que caracteriza al individuo y, al propio tiempo, las representaciones más ó menos complejas y enlazadas—ficciones, ideas, juicios y raciocinios, presentes ó evocados, que derivan directa ó indirectamente de la experiencia de la vida.

Conviene, asimismo, recordar que de todos los actos estudiados sólo las inclinaciones derivadas

se parecen á los voluntarios, pues son *guiados* por representaciones é *impulsados* por afectos. Mas si inclinaciones derivadas y actos voluntarios se asemejan en el respecto indicado, se diferencian profundamente entre sí por su complejidad, pues en tanto los primeros constituyen actos elementales—que únicamente derivan de una sola representación y un solo afecto y marchan rectamente al fin—, por lo contrario, todo acto voluntario implica una compleja acción, derivada de múltiples antecedentes representativos y afectivos y sólo se vierte al cabo ó toca su objetivo, tras complejo proceso de elaboración.

Momentos del acto voluntario. — El reflejo y el instinto son instantáneos, á la acción sigue inmediatamente la reacción; la inclinación requiere de más tiempo para cumplirse, y así es ya consciente; los actos voluntarios tardan aún más en efectuarse y, por eso, en ellos se da el mayor grado de conciencia. Ahora, esta más larga duración, y consiguientemente plena conciencia de los actos voluntarios, nos coloca en condiciones de poder examinar debidamente los diversos momentos del proceso voluntario. Veamos:

En primer término, todo acto de este género se caracteriza por la presentación á la conciencia de una multiplicidad de afecciones y de representaciones más ó menos complejas, ya provenientes de nosotros mismos ó del medio exterior; es el momento que se llama de la *motivación*.

El tono emocional, las necesidades, las pasio-

nes, los conocimientos ya adquiridos, forman la base; las impresiones y representaciones del momento incitan de un modo secundario.

Muchas veces parece que lo exterior tiene una gran influencia sobre nosotros; mas examinado el caso con detenimiento puede observarse que su valor lo recibe de nosotros mismos. La vista de la comida para el hambriento, del alcohol para el alcohólico, de la víctima para el vengativo, son nada ante el hambre, la pasión alcohólica ó el sentimiento de venganza.

Todo lo dicho al tratar de la atención, respecto á su orientación, intensidad y duración, puede repetirse para explicar la *dirección, intensidad y duración* del acto voluntario, con las modificaciones que luego se expondrán. Las variedades individuales afectivas, las distintas necesidades ó pasiones, los diferentes sentimientos, las desiguales sensaciones, indican primordialmente la dirección de la voluntad. La intensidad de los afectos condicionan la energía del acto y la duración de los mismos, esto es, la constancia ó perseverancia de la acción. *Las representaciones anejas á cada afección particular sirven de indicadores, mas no de impulso.* Pudiera decirse que las representaciones son á las afecciones como las etiquetas á las cosas; nos informan de qué se trata, nos sirven para distinguirlas, ordenarlas y echar mano de ellas en la ocasión con facilidad; pero... sería vano creer que la etiqueta del agua ó de la carne tiene las propiedades necesarias para saciar la sed ó el apetito. Por eso las representaciones suscitadas por palabras oídas ó leídas son como nada, en comparación á las nacidas de la propia experiencia. Si alguna

influencia tiene la palabra se debe á que evoca la experiencia propia.

La multitud de afecciones y de representaciones no se ofrecen á la conciencia á un mismo tiempo; *desfilan por ella*, destacándose más ó menos, mostrando su valor ó importancia, contraponiéndose ó sumándose para la acción. Este intervalo en que se muestran las distintas ideas, juicios, raciocinios, ficciones, afección, constituye el momento de la *deliberación*, el cual puede ser más ó menos largo.

Tras esto, la atención va de unas á otras representaciones, estima su valor, *pesa las razones*—en pro y en contra—, y al fin *se resuelve ó decide* por una entre varias, si son opuestas, ó lleva á términos de unidad ó subordinación la inconexa masa de afecciones y representaciones diciendo *yo quiero* ó pretendo, según que la acción sea realizable en el momento ó en lo futuro: tal el momento de la *resolución* ó decisión.

Deliberación y decisión forman la característica diferencial de los actos propiamente voluntarios (1).

A la decisión sigue la *ejecución*, es decir, el poner por obra cuanto se quiere ó el abstenerse de la acción. La ejecución puede ser inmediata ó realizable á más largo plazo; puede no requerir ningún acto intermedio ó exigir una serie de ellos preparatorios del final, que se ha proyectado. En el primer caso, si la ejecución no se sigue, la decisión queda como aspiración ó proyecto, y en el segundo se origina un nuevo acto voluntario, tomando como fin el medio ó

(1) La palabra voluntario proviene de la latina *volo*, que significa *quiero*. Los actos en que se dice yo quiero, tras la elección entre varios términos ó direcciones, son los voluntarios.

medios necesarios, oportunos y convenientes. Es de experiencia que no siempre deliberamos acerca de los fines, si que también respecto de los medios y de su carácter.

Por otra parte, si la ejecución resulta penosa ó difícil puede refrenarse ó rehuirse la acción, y si fácil y agradable presta nuevos estímulos para su realización (1).

Además, toda acción para ser realizada requiere como medio indispensable *poder* efectuarla, es decir, energía (2) y mecanismo para su ejecución. La energía para la acción pende de las energías de la vida; y del mecanismo ejecutor diré, tan sólo ahora, que la actividad involuntaria se ofrece como base de la voluntaria, esto es, que los movimientos reflejos, los instintos y las inclinaciones preparan á la voluntad dicho mecanismo ejecutor.

En la próxima lección me ocuparé más detenidamente de esta cuestión.

Motivo, móvil y fin.—Después de lo indicado, poco hay que añadir. Toda serie de representaciones en cuanto se relaciona con las acciones reciben el nombre de motivos; así como todas las afecciones en igual referencia,

(1) Wundt hace constar en su citado *Compendio de Psicología* que el proceso de la actividad voluntaria va acompañado de sentimientos concomitantes de decisión, de resolución, de duda ó indecisión y de actividad. Y como sentimiento total, anejo á todo el curso de la acción, hay un proceso creciente y decreciente que al final de la misma se convierte en los variados sentimientos de satisfacción, de desilusión, etc.

(2) En cada momento disponemos de una suma dada de energía; por consiguiente, el esfuerzo en un sentido restará fuerzas para otra dirección, y del vario empleo de nuestras fuerzas puede resultar el *agotamiento*.

Así se explica la relación inversa en que están, según se observa, la *intensidad* y la *extensión ó duración* de todos los fenómenos de la actividad. Una gran intensidad no es compatible, por lo general, con una gran duración ó variedad en la acción. Lo contrario supone una cantidad excepcional de energías.

el de móviles (1). Los motivos ó móviles que la psicología vulgar califica de superiores ó inferiores, de sensuales ó ideales..., son las representaciones ó afecciones, según su grado de complejidad. La distinción de motivos y móviles en efímeros y eternos se refiere á la duración del interés.

Por otra parte, la representación compleja de toda resolución se denomina fin ó propósito (2). En ocasiones, el fin se identifica con el motivo, cual acontece en las inclinaciones; pero las más de las veces dicho fin es á modo de resultante de las múltiples excitaciones recibidas por el sujeto.

Imitación é iniciativa.—Todos cuantos actos efectuamos, ya se presentan como nuevos, es decir, como no realizados por otro alguno; ó como copia é imitación de los ajenos. Los primeros, fruto de la iniciativa personal, resultan, bien de nuestra originaria espontaneidad ó bien constituyen una verdadera *creación* de la voluntad. Los segundos son consecuencia del contagio y sugestión social, y tienen un carácter más ó menos inconciente. Los actos de iniciativa implican la plenitud del proceso de todo movimiento voluntario; los actos imitados están desprovistos de todo *lo interno*. Para tener ini-

(1) «Todavía podemos distinguir cada motivo en una parte representativa y en otra sentimental; á la primera llamamos *razón determinante*, y á la segunda *fuerza impulsiva*. Si un animal de rapina aferra su presa, la razón del acto está en haberla visto; la fuerza impulsiva puede ser el sentimiento desagradable del hambre ó bien el odio de especie suscitado por aquella vista. Las razones de un asesinato pueden haber sido la apropiación de los bienes ajenos, la supresión de un enemigo ú otras semejantes; las fuerzas impulsivas, los sentimientos de indignancia, de odio, de venganza, de envidia, etc.»—WUNDT, *Compendio de Psicología*, pág. 251.

(2) Los antiguos decían intención; de aquí la expresión de buenas ó malas intenciones.

ciativas precisa pensar é imaginar, para imitar basta *simular* lo exterior de la acción de otro: la vista y la memoria juegan, en tal caso, el principal papel.

Las grandes iniciativas son patrimonio de los grandes hombres que se ofrocen como *modelo* á la acción de los demás. En la iniciativa radica el valor máximo de la voluntad, pues arranca de lo más íntimo y expresa la personalidad, en especial manera de un modo sobresaliente.

En cambio, los niños, los salvajes y las personas poco cultas propenden á la imitación y hasta llega á ser para las mismas un juego. La imitación constituye una especie de *mimetismo* social y, en cierto respecto, pudiera decirse que representa el homenaje prestado á la superioridad.

Lo mismo en la sociedad que en la vida individual, dominan las acciones imitadas y son en reducido número las expresivas de originalidad.

Desarrollo de la voluntad.—Los actos volitivos pueden ser más ó menos complejos. Los móviles y motivos no sólo varían por su número, si que también por su cualidad; la deliberación ó compulsión de dichos móviles y motivos es muy diferente, según se trate de muchos ó pocos, según que sean concordantes ó contrarios; y también por ser inferiores ó superiores; la decisión puede reducirse á una sencilla elección ó consistir en formular un vasto y complejo proyecto; y, por último, la misma ejecución comprende al movimiento de una parte ó de todo nuestro cuerpo, y esto, ya en un momento determinado ó durante mucho tiempo.

LECCIÓN 29

El hábito, sus formas, sus efectos.—

Anteriormente vimos cómo toda acción voluntaria requiere un mecanismo ejecutor. Ahora bien; dicho mecanismo está determinado, en parte, por las condiciones nativas ó hereditarias del sujeto y, en parte también, como consecuencia del hábito. Los movimientos espontáneos, los instintos, las tendencias ó inclinaciones, preparan los materiales de la acción para la voluntad. El movimiento reflejo de cerrar los párpados, cuando un objeto se aproxima rápidamente á los ojos, puede igualmente ser un movimiento voluntario cuando lo provocamos para que sirva de señal; el acto instintivo de la succión en el niño puede ser realizado á sabiendas, etc. Mas rara vez un acto voluntario se reduce á la simple repetición consciente de uno involuntario. Por de pronto, de ordinario, de la multiplicidad de acciones espontáneas se hace una selección, en vista de los resultados obtenidos por la pasada experiencia; en cuyo caso el acto voluntario deriva de un tanteo. Otras veces, estando asociados al acto que se ha de efectuar otros concomitantes innecesarios al fin propuesto—por ejemplo: cuando el niño aprende á escribir, inclina la cabeza, tuerce la boca, saca la lengua y hace contorsiones con todo el cuerpo—, es menester llegar á *disociar* dichos movimientos y reprimir ó refrenar los inútiles al objeto que se persigue. A veces, también, el acto voluntario implica una coordinación de movimientos

simultáneos ó sucesivos, y, por tanto, es preciso *asociar*, en una ú otra forma, los actos elementales, que ya sabemos efectuar previamente. ¿Cómo se logra esto y hasta dónde podemos llegar por ese camino?

Cuando una acción se efectúa, no se desvanece por completo el esfuerzo realizado, antes bien deja tras sí un cierto efecto, el cual se revela en una disposición ó aptitud para renovar la misma acción, en mejores condiciones. Ahora, si reiteramos el acto se acrecerá dicha aptitud. De consiguiente, pues, repitiendo una y otra vez las acciones, creamos los hábitos, es decir, la tendencia ó inclinación á renovar la acción. Por otra parte, ya sabemos que cuando dos actos van juntos, el primero evoca el segundo, y esto, con tanta mayor fuerza cuanto mayor número de veces hayan sido asociados entre sí. Por tanto, por la repetición podemos facilitar la selección de los actos; podemos producir su asociación simultánea ó sucesiva, ó podemos *disociarlos*, es decir, asociarlos de otro modo que hasta entonces. ¿Hasta dónde podemos llegar? Según sea la insistencia con la cual repitamos la acción, produciendo nuevas asociaciones, y la resistencia á la disociación que ofrezca el complejo de antiguos movimientos.

De lo dicho se infiere que, directa ó indirectamente, los hábitos sirven de apoyo al mayor número de nuestras determinaciones y constituyen *el poder* de la voluntad; poder, por tanto, que se asocia á las acciones regulares y ordinarias, pero que siempre falta para las acciones extraordinarias ó inusitadas. *No se puede sino lo que se aprende*, esto es, se necesita de la pasada

experiencia para la ejecución de actos voluntarios; acciones para las cuales no nos hemos preparado quedan siempre en proyecto ó, al ser realizadas, resultan defectuosas. Debe notarse que la asociación de actos sucesivos se produce más fácilmente que la simultánea, y que aun más difícilmente resulta el trabajo de selección de los actos cuando implica el dominio de nosotros mismos. Para llegar á dominarnos no basta un arranque del momento, sino que precisa el repetido esfuerzo de contraponer movimientos ó afecciones antagónicas á las que nos solicitan.

Los hábitos provienen de la propia iniciativa ó de la obediencia á las circunstancias, es decir, corresponden á la adaptación activa ó á la pasiva. Como, en general, el hábito deriva de la reiteración de los actos, la recurrencia de condiciones externas ó internas—tal cual la periodicidad de ciertas necesidades é instintos naturales ó la regularidad de las acciones, en relación al medio natural ó social—da lugar á la formación de éstos. Y así se explica que la complejidad creciente de la vida social y la correspondiente división del trabajo originen, de día en día, un mayor número y especificación de los hábitos.

Efectos del hábito.—La repetición de la acción da lugar á pluralidad de efectos. Además, de la disposición fundamental adquirida que *determina una tendencia* ó inclinación á renovar la acción—de tal modo que en muchas ocasiones los hábitos adquiridos se presentan con más fuerza que las disposiciones nativas, lo cual

ha hecho decir que el hábito es como una segunda naturaleza—hay que notar otros múltiples efectos.

Por de pronto, el hábito facilita la acción disminuyendo el esfuerzo necesario para realizarla, como puede verse en todos aquellos actos que, cual el andar, el escribir, etc., una vez *sabidos*, nos cansan menos y resultan mucho más expeditos que cuando los aprendimos. De otra parte, el hábito *abrevia el tiempo de ejecución*; así, quien comienza á hablar una lengua la pronuncia despacio, mas después que la domina la habla con rapidez (1). Asimismo, la reiteración del acto lo *precisa*; buena prueba de ello nos presenta el aprendizaje de todos los oficios. Esta facilidad, rapidez y precisión en la acción constituye la *habilidad*.

El hábito produce también una modificación psicológica de gran transcendencia en los actos, pues cambia su carácter. Cuando un acto se repite una y otra vez, la conciencia del mismo se debilita gradualmente, llegando hasta anularse. De esta suerte, actos primeramente reflexivos se transforman en irreflexivos ó mecánicos, y lo un tiempo voluntario, deviene instinto ó acto reflejo. No hay acción aprendida y ejercitada que no sufra tal conversión: el andar, el hablar, el escribir, la natación, la esgrima, el tocar un instrumento cualquiera, el aprendizaje de un oficio, todo pasa, todo acaba por ser más ó menos maquinal. Al comienzo somos concientes de cada uno de los momentos de la acción; mas al cabo sólo somos concientes del movi-

(1) Quien no domina una lengua no puede incomodarse *en aquella lengua*, pues la dificultad de la palabra sirve de freno á la vehemencia de la pasión.

miento inicial, quedando el resto en la sombra. Alguna vez, ni aun del primer momento tenemos conciencia, pues la excitación se ha fundido de tal modo con la acción, que forman un todo indisoluble (1). Quien tiene costumbre de dar cuerda al reloj al acostarse, bástale ver el reloj para darle cuerda, sin pensar lo más mínimo en lo que hace, al punto de que á veces, él mismo se sorprende de lo que hizo. Se cuenta de un asistente, que llevando una bandeja de dulces, se paró á leer un cartel, y como un transeunte diera la voz de ¡firmes!, tomó la actitud correspondiente, tirando la bandeja. La formación de acciones habituales constituye un progreso, pues disminuyendo el esfuerzo necesario para su realización, deja energías disponibles para nuevas iniciativas.

Grados del hábito.—Según la mayor ó menor complejidad de la acción, esto es, según el conjunto de actos asociados simultánea ó sucesivamente, y la fuerza ó arraigo del mismo, así difiere el grado del hábito. Cuanto mayor número de actos coordina, más extenso; cuanto menos conciente, más profundo. La dificultad de dominarlo ó alterarlo mide su fuerza.

Leyes del hábito.—La formación de los hábitos depende de ciertas condiciones. En primer lugar, es tanto más profundo cuanto mayor número de veces se repite. Esto no obstante, si

(1) Wundt hace notar que esa gradual transformación de los procesos en actos mecánicos—que esencialmente consiste en la eliminación de todas las partes psíquicas que existen, entre el punto inicial y final—puede verificarse, tanto en los movimientos impulsivos originarios, como en muchos de los secundarios, nacidos de la condensación de los actos voluntarios.

la acción primera secunda un instinto ó coincide con las condiciones nativas, adquiere desde luego gran arraigo.

En segundo lugar, en igualdad de condiciones, aumenta con la *frecuencia* de su repetición, siempre que no se llegue á la fatiga.

Asimismo, una acción deviene habitual tanto más pronto cuanto mayor sea el interés directo ó asociado que el acto ofrece.

Todo hábito que se opone á otros contrarios ó semejantes resulta de difícil formación. Sabido es cuesta mucho corregir una posición viciosa en quienes tocan un instrumento musical cualquiera ó manejan mal una herramienta.

Además, el vigor físico y, por consiguiente, la edad y la salud, son determinantes de gran importancia en la adquisición de los hábitos.

LECCIÓN 30

Perturbaciones de la voluntad.—Recuérdese lo dicho al tratar de las perturbaciones de la memoria (1). Las formas anormales de la acción no son sino grados diferentes de lo normal. Todos estamos, en ocasiones, remisos para la acción; otras no refrenamos nuestros impulsos; á veces, vacilamos en lo que hemos de hacer, nos distraemos de nuestra labor ó seguimos con pertinacia un fin cualquiera en la vida, y no por esto puede decirse estamos perturbados. Lo anormal estriba en el grado ó carácter que

(1) Véase la lección 16.

revisten tales hechos. Perseguir toda la vida una *idea* ó un ideal, como hace un inventor ó un reformador político, es cosa sana; mas preocuparse, al andar por la calle, de poner el pie en las junturas de las baldosas de la acera, mostrar indecisión en cosas triviales, pretender volar... notoriamente acusa desequilibrio mental. La adecuación de la acción es la piedra de toque para distinguir los estados normales de los anormales.

Antes de seguir más adelante, recuérdese también cómo los actos externos voluntarios ó involuntarios derivan de la actividad interna, ya espontánea, ya voluntaria.

Teniendo esto presente, resulta que muchas de las perturbaciones de los movimientos externos radican en las que sufre la atención. Sin embargo, como hemos estudiado separadamente la actividad interna y la externa, también ahora examinaremos una aparte de otra, en lo que cabe, en su aspecto anormal.

Las perturbaciones de la atención se denominan vulgarmente *distracciones*. Mas la observación científica nota que bajo este nombre se comprenden lo mismo la falta de atención, cuando se debe á excesiva fijeza y reducción de su campo, como acontece en la *obsesión*; que cuando resulta de su versatilidad extrema, ó cuando deriva de su flaqueza ó falta de fijeza.

La atención puede ser nula como en los idiotas; versátil é incoherente, como en los imbéciles, histéricos, maniáticos y embriagados; fija en exceso, como en los obsesionados, monomaniacos, hipocondríacos y melancólicos.

Los idiotas son incapaces de toda reflexión,

y ninguna impresión mueve su atención, aparte las excitaciones del hambre; se asemejan á los niños pequeños, que ni aun responden á las excitaciones externas de un modo adecuado y sólo logran despertarles excitaciones muy intensas. En los imbéciles—aunque á ratos se parecen, en este respecto, á los idiotas—, su estado más constante es la inestabilidad, el pasar de un asunto á otro; si se les hace una pregunta, contestan brevemente y pasan á otra cosa sin enlace con la anterior. La versatilidad en los histéricos llega al máximo, pasando con rapidez de unos asuntos á otros, los más diferentes y opuestos. La inestabilidad en los embriagados (por el alcohol, el opio ó el *haschich*) y en los maniáticos, más se debe á rapidez que á incoherencia. Por último, la fijeza de atención en los hipocondríacos se une á determinadas sensaciones, en tanto en los obsesionados toma el carácter de pasión vehemente.

El éxtasis constituye una forma especial de obsesión, pues siendo más ó menos duradero, nunca es permanente y se limita á reducido número de ideas.

Todas estas perturbaciones de la atención, como sus derivadas manifestaciones externas, revelan una sensibilidad enferma ó anormal.

En las perturbaciones de la actividad externa pueden distinguirse varias formas fundamentales: la abulia, la impulsividad, el capricho y la rutina.

Abulia.— Consiste la abulia en no poder realizar ciertos actos, aun cuando aparentemente el mecanismo ejecutor y la inteligencia estén intactos.

tos (1). Como quiera que impresiones enérgicas promueven á veces ciertos actos, que creen no poder ejecutar los abúlicos, parece debe achacarse dicha anomalía á la carencia de excitación suficiente para la acción. Los neurasténicos, los tomadores de opio, etc., son atacados de abulia. A veces también las grandes emociones sumen en semejante estado. De ordinario, la actividad habitual de los abúlicos no sufre alteración. La indecisión ó manía de la duda (2), todas las formas de *fobias* (agorafobia, claustrofobia, hidrofobia, etc.), deben considerarse como formas de abulia.

Impulsividad.—En el impulsivo, la volición seméjase á un instinto; sus acciones son rápidas é inmediatas á la sollicitación del estímulo, sin que pueda dominarse. Unas veces, el impulso es inconciente (3); otras, la conciencia se da cuenta de él, pero el individuo se siente dominado por algo que reprueba. Los epilépticos y los histéricos ofrecen con frecuencia hechos del primer género; los monomaniacos, del segundo. La dip-

(1) El médico inglés Bennett refiere el caso de un hombre que frecuentemente no podía ejecutar lo que deseaba. A menudo intentaba desnudarse, y pasaba dos horas antes de poder sacarse la levita... Un día pidió un vaso de agua; se le presentaron en una bandeja, pero no podía cogerlo por más que lo deseaba y tuvo al criado de pie, delante de él, una media hora antes de poder sobreponerse á tal estado. Le parecía, dijo, que otra persona había tomado posesión de su voluntad.

(2) «Una mujer muy inteligente no puede salir á la calle sin preguntarse: ¿Se caerá algo á mis pies desde un balcón? ¿Será un hombre ó una mujer? Esta persona, ¿se herirá ó se matará?»—*Legend du Saulle*.

Hay enfermos que no se atreven á hacer nada sin tomar grandes precauciones. Si escriben una carta, la leen muchas veces, temiendo tenga alguna falta; si cierran una habitación, vuelven repetidas veces á comprobar si está bien cerrada, etc.

(3) «Tal es el caso de aquella mujer que, sentada en el banco de un jardín, en un profundo estado de tristeza sin motivo, de repente se levanta y se tira á un foso lleno de agua, para ahogarse, y que después de salvada y de volver á una lucidez perfecta declara á los pocos días que no tiene conciencia alguna de haberse querido suicidar ni recuerdo alguno de aquella tentativa.»—*FOVILLE*, citado por *RIBOT* en *Les maladies de la volonté*.

somanía, cleptomanía, piromanía, monomanía suicida ú homicida, constituyen otras tantas formas especiales de impulsividad (1).

Capricho.—El carácter propio del capricho es el desorden y la obediencia á los motivos y móviles inferiores. Vulgarmente se dice de una persona caprichosa «que obra sin cabeza». Tal expresión no carece de sentido, aunque requiere alguna explicación. Se sabe que los movimientos reflejos, instintivos y habituales se producen en los centros nerviosos inferiores (medula, cerebelo y cerebro intermediario), y las voliciones ó movimientos voluntarios en el cerebro; ahora la existencia de caprichos supone la existencia de movimientos inferiores sin la regulación que ejercen los centros superiores. El capricho, pues implica incoherencia ó versatilidad en el obrar, falta de adecuación entre la acción y su objeto (2). Esta inestabilidad en la acción es peculiar de los histéricos.

Rutina.—Si el llegar á formar hábitos de todas las acciones ordinarias y comunes de la vida—por las razones expuestas (3)—, es condición de adelanto, también si éstos arraigan tan profundamente que no admiten modificación alguna ulterior, lejos de servir de apoyo, se cambian en traba y obstáculo, y en vez de llamarse hábito, merece el nombre de rutina.

Muchos suelen confundir la rutina y la cons-

(1) Entre el cleptomano y el ladrón, entre el piromano y el incendiario, etc., no hay más diferencia que la adaptación ó inadaptación del acto; robar por robar es el caso del cleptomano; robar para aprovecharse del robo es el caso del ladrón. El piromano incendia por incendiar; el incendiario incendia por venganza.

(2) Dando valor á cosas que no lo tienen, y viceversa.

(3) Véase la lección 30.

tancia, á pesar de diferir enteramente una de otra, pues en tanto la rutina consiste en obrar siempre de igual manera, incluso cuando las circunstancias ya variaron; la constancia estriba en obrar siempre para el mismo fin, aunque el modo ó los medios varíen. De consiguiente, pues, mientras la rutina indica la carencia de voluntad propiamente dicha, la constancia implica la voluntad más desarrollada, á la par enérgica y tenaz.

LECCIÓN 31

El lenguaje en general.—Todo sér vivo realiza movimientos, los cuales están en relación con cuanto siente y piensa, si tiene aptitud para pensar. Tales movimientos, al mismo tiempo que manifestaciones vitales, son expresión de estados de conciencia; al propio tiempo que prácticos, son simbólicos; por tanto, son lenguaje.

Cuando un hombre, ó animal cualquiera, ejecuta un movimiento, puede ser para otro semejante suyo expresión ó símbolo de cuanto pasa en su interior. Si echa mano á un objeto, expresará el deseo de poseerlo; si lanza un grito, indicará su espanto, su sorpresa, su alegría, etc. No constituye, pues, el lenguaje una serie de actos especiales cuyo objeto sea la expresión de los estados internos ó de conciencia, sino que todos los movimientos realizados, todas las acciones, son lenguaje.

Ahora bien; si todos los actos son lenguaje, no todos los actos son iguales; por consiguiente, según difiera la forma de nuestras acciones, así también diferirá aquél. Por tal razón distinguimos el lenguaje de gestos del oral, y éstos de la gráfica ó lenguaje pintado.

El signo: sus formas.—Cualquier hecho que acompaña á otro de un modo permanente, y que, por consiguiente, su representación es capaz de evocar en nuestra mente la representación del que la sigue—según la ley fundamental de todos los procesos psíquicos—, constituye un signo. Es uno de los fenómenos más sencillos y que, sin embargo, muchos hicieron de él gran misterio. La significación ó relación entre el signo y la cosa significada no es sino la conexión natural entre los hechos. Ahora bien, por un mecanismo de simplificación, que tantas veces se ofrece en los procesos psíquicos, y que trueca relaciones mediatas en inmediatas, el hombre aparece como creando arbitrariamente el nexo entre el signo y lo significado. De aquí la distinción comunmente establecida entre signos naturales ó artificiales, según que el hombre no interviene para nada en la asociación del fenómeno que sirve de signo y el que es significado, ó según que el hombre parece determinar la conexión entre tales hechos y sus valores respectivos. Así, el humo se muestra cual signo natural del fuego; el relámpago, de la electricidad atmosférica; el llanto, de la tristeza; la interjección, de la emoción, y la palabra (fundamentalmente), de la idea. En cambio, la bandera convenida es el símbolo de la patria; una campana que suena

equivale á un llamamiento, y cualquiera señal ó seña puede significar tal ó cual cosa.

Lenguaje de gestos. — Acciones instintivas y movimientos automáticos expresan necesidades, emociones y pasiones. La comunidad de naturaleza entre los hombres sirve de base á la interpretación de tales signos, y el acierto ó desacierto en la interpretación del acto producido, causando placer ó dolor, hace en consecuencia que se repitan unos y no otros. De tal modo, el individuo pasa de la forma espontánea de signos á la forma intencional: es decir, los movimientos involuntarios primitivos se cambian en voluntarios.

Todo el cuerpo toma *actitudes* diferentes según el modo distinto de pensar y de sentir del sujeto; pero como hay partes del cuerpo mucho más movibles que otras, y como unos actos se ven más fácilmente que otros, de ahí que los movimientos de la cara, de la cabeza, de los brazos y de las manos sean los que más participación tomen en la expresión de nuestras afecciones y pensamientos.

Próximamente estudiaremos las principales formas de expresión de los sentimientos; mas por ahora nos fijaremos tan sólo en lo referente á la expresión de las ideas.

La comunicación mediante gestos constituye un lenguaje universal que, en su forma espontánea, no necesita aprenderse. Los niños, los sordo-mudos y los salvajes usan tan sólo de este lenguaje ó se valen del mismo para matizar ó reforzar la expresión del lenguaje oral. En uno ú otro caso, el objeto que excita el sentimiento

se muestra con la mano ó con la mirada, y si está ausente, se indica la dirección en que marchó ó su presumida posición respecto de nosotros. Igualmente expresamos lo grande por la elevación de la mano y lo chico por un movimiento contrario; el pasado, con un movimiento hacia atrás, y el porvenir con uno hacia adelante. Los signos de afirmación y de negación, mediante los movimientos de la cabeza, son universales; únicamente algunos pueblos cambian el signo, empleado por la generalidad (1).

En los gestos se distinguen dos clases principales: los *indicativos* ó *demostrativos*, así llamados porque sirven para indicar ó mostrar los objetos, y los *figurativos*, porque pintan, describen ó imitan el objeto de que se trata en sus rasgos más salientes. Entre estos últimos, pueden ser distinguidos los gestos *designativos*, de los *codesignativos* y de los *simbólicos*. Los gestos designativos pintan directamente el objeto: tal el que expresa una casa. Los codesignativos no representan el mismo objeto, sino algún hecho asociado al mismo: tal la expresión del caballo, por la designación del acto de montar.

Los gestos simbólicos no se emplean sino para las ideas abstractas; así, el sordo-mudo, para decir «un discurso engañoso, mentido ó

(1) Las formas más constantes de expresar por gestos ciertas ideas son las siguientes:

Niño—signo de lactar ó de cunear; buey—simular sus cuernos, su marcha pesada ó sus maxilares, que rumian; perro—simular el movimiento de la cabeza cuando ladra; caballo—figurar la movilidad de las orejas ó dos dedos á caballo sobre otro; ave—figurar el pico con dos dedos de la mano izquierda y darle de comer, simular su vuelo; pan—signo del hambre, cortar y llevar á la boca; carta—gesto de escribir y cerrar, ó de escribir y leer; interrogar—mirar con aire indeciso; malo—simular el disgusto y hacer gestos; número—indicarle con los dedos; gran número—abrir rápidamente las manos varias veces; comprar—simular contar moneda, dar con una mano y tomar con otra; amar—tener la mano sobre el corazón; odiar—el mismo gesto con signo de negación; olvidar—pasar rápidamente la mano por la frente, con encogimiento de hombros.

erróneo», dice un discurso *torcido*, poniendo el dedo índice sobre la boca y realizando después un movimiento tortuoso ó no recto.

El orden de los gestos en el discurso, esto es, la sintaxis mímica, se determina por el interés del que habla.

Lenguaje oral.—El hablar consiste en una serie de movimientos de la cavidad bucal, de la laringe y de los pulmones; es decir, en una serie de gestos fónicos.

El lenguaje oral lo constituyen, tanto los sonidos interjeccionales, cuanto los sonidos articulados, ó palabra, propiamente dicha. Ahora bien; así como el gesto ó la mímica es para quien lo interpreta un lenguaje visivo, el oral es para otro un lenguaje auditivo. Además, el primero está más en relación con las cosas presentes, y el segundo con las ausentes. El lenguaje oral se acompaña del gesto, tanto más cuanto más inculta ó vehemente es la persona.

Los movimientos que engendran la palabra, como los gestos, son igualmente instintivos ó reflejos al principio; mas después pasan á ser voluntarios. El lenguaje, en el transcurso del tiempo va adquiriendo *formas* cada vez más complicadas.

En el lenguaje articulado se distinguen las lenguas monosilábicas, aglutinantes y de flexión, las cuales, en general, parecen corresponder á diversos grados de desarrollo mental de los pueblos. Sin embargo, se ha de notar que en todos esos estados del lenguaje subsisten palabras del tipo anterior, pues las formas superiores no suprimen el empleo de las inferiores por

completo; únicamente las palabras del tipo superior son las más numerosas. Entre el desarrollo del lenguaje en los pueblos y en el individuo parece existir cierto paralelismo.

En cuanto al orden en que se originan las palabras, las primeras son los pronombres, tras éstos los adjetivos, luego los sustantivos, después los verbos, y últimamente los adverbios y preposiciones (1).

Las palabras sufren cambios en su valor gramatical, lo mismo hoy que siempre; el paso de adjetivos á sustantivos, de éstos á verbos, el de adverbios á preposiciones, lo vemos frecuentemente en nuestros días. Además, la significación de las palabras se altera de continuo—y es natural así suceda, puesto que el lenguaje es una manifestación de la vida—; así, pagano, en tiempos, quería decir habitante de un pago ó aldea, y hoy significa quien no es cristiano; antes se entendía por ciudadano el habitante de una ciudad, hoy el miembro de un Estado; etc.

Gráfica ó escritura.—La escritura es una especie de dibujo ó grabado, que implica un conjunto de movimientos del brazo y de la mano, muy limitados y precisos. Mediante la escritura se da condiciones de permanencia al lenguaje y se establece un vínculo entre las diversas edades de la Historia.

La gráfica ofrece diversas formas en su desarrollo á través del tiempo. Primero es *pintura escritural* (ó gráfica), en que se representa un pensamiento *como un todo*; luego, *escritura figu-*

(1) Los pronombres equivalen á los gestos indicativos; los adjetivos, sustantivos y verbos á los figurativos.

rativa (ó de imágenes), en que el pensamiento se expresa en sus partes constitutivas. Tanto en un caso como en otro, lo expresado no es el sonido, sino el pensamiento.

Posteriormente aparece la escritura *fónica*, esto es, la expresión, mediante signos escritos, de los sonidos; gran progreso, realizado primero, á lo que parece, por chinos y egipcios.

La escritura fónica es primero *vocabular*; después, *silabal*, y, últimamente, *literal*, según que expresa gráficamente vocablos, sílabas ó letras. Según Müller, los egipcios fueron también los primeros en producir la escritura silabal, y luego la literal (1). La falta de adecuación entre los sonidos y su expresión literal, en algunas lenguas, supone la permanencia de la escritura antigua, á pesar del cambio fonético operado en la misma. Las formas superiores de la gráfica anulan por completo las inferiores, las cuales se usan tan sólo como entretenimiento (2).

El lenguaje sufre también sus perturbaciones. De ellas tan sólo indicaremos aquellas que tienen carácter preponderantemente psicológico; es decir, la afasia, la alexia, la agrafia, la afemia y el psitacismo. Al tratar de la asociación de representaciones se hizo notar cómo la de un objeto cualquiera se asociaba á la palabra leída, escrita, pronunciada ú oída. Ahora bien; cuando se rompe semejantes asociaciones entre la representación de las cosas y sus signos corres-

(1) La escritura literal de los diversos pueblos difiere, no sólo por sus caracteres, si que también por el orden de su disposición. Los chinos escriben de arriba á abajo; en las lenguas semitas se escribe de derecha á izquierda; en las arias, como la nuestra, se hace de izquierda á derecha; los griegos de los primeros tiempos escribían *boustrofedon* (como un buey que ara), ó sea de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, alternando los renglones; etc.

(2) La diversión de la interpretación de jeroglíficos, por ejemplo.

pondientes se producen las perturbaciones indicadas. La *afasia*, es decir, la carencia de palabra mental, consiste en la falta de asociación entre las representaciones de los objetos y la palabra pronunciada; no es, pues, la mudez, la cual supone alguna perturbación de los órganos vocales. En la *afemia* no hay conexión entre las representaciones y los sonidos vocales oídos; hecho que no puede confundirse con la sordera, que depende de alguna lesión del oído. La *agrafia* estriba en la imposibilidad de escribir, no por incapacidad de ejecutar los movimientos correspondientes, lo cual sería un caso de parálisis, sino porque no se sabe lo que se escribe. La *alexia*, llamada por algunos impropriamente ceguera verbal, depende de la falta de asociación entre las representaciones y sus signos escritos; por consiguiente, no se puede leer, pero no porque no se vea lo escrito. Por último, el *psitacismo*—el hablar á lo loro—consiste en proferir palabras sin saber lo que se dice.

El lenguaje y el pensamiento.—En general, el lenguaje conserva cierta independencia respecto de las ideas, cual lo prueban numerosos hechos. En primer lugar, es notorio cierto desarrollo mental en los niños sin el auxilio de la palabra, como hay pueblos que careciendo de determinados vocablos muestran en su vida poseer la idea ó sentimiento correspondiente. Además, se ha señalado que idiotas completamente desprovistos de inteligencia tienen un lenguaje mucho más desarrollado que otros más elevados intelectualmente (1). Es asimismo de

(1) SOLLIER.—*Psychologie de l'idiot et de l'imbécile.*



experiencia común ver personas inteligentísimas de palabra muy defectuosa. Y, en contrario sentido, ¿qué diremos del gran número de escolares, muchas veces palabreros, sin saber lo que dicen?

Por último, considérese que si una misma idea cabe expresarla en lenguas diferentes, también en una misma lengua puede significarse cosa igual con múltiples vocablos y frases (2); de consiguiente, es posible coexista la abundancia de palabras con la penuria de ideas.

Sin embargo, indudablemente el lenguaje constituye un poderoso auxiliar del pensamiento, pues ciertas elevadas abstracciones serían muy difíciles, si no imposibles, sin la palabra y, por otra parte, merced al lenguaje se fijan los pensamientos, facilitando su análisis, su retención en la memoria ó su disposición en el discurso. Además el lenguaje permite muchas veces al razonar prescindir del contenido y fijar nuestra atención tan sólo en los signos. Así, pues, el lenguaje facilita y afirma nuestros pensamientos, *mas no los crea.*

(1) ¿De cuántos modos no podemos expresar la idea de morir? Expirar, fallecer, acabar sus días, terminar la vida, exhalar el último suspiro, estirar la pata, pasar á mejor vida, doblar la servilleta, entregar su alma á Dios, irse al otro mundo... ¡Cuántas palabras para una sola idea!

Los filólogos han mostrado la existencia de *dobletes*, ó sea de dobles palabras, derivadas de igual raíz, en una misma lengua para expresar igual idea ú otra muy análoga: así, obrero y operario, docto y ducho, mesura y medida, computar y contar, etc.

De otra parte, niños é incultos con pocas palabras dicen mucho. La gente campesina dice los papeles por los periódicos, los intereses por el dinero. Una niña al buho lo llamaba el pájaro-gato.

LECCION 32

Movimientos expresivos.—Hasta ahora fijamos la atención en el significado representativo de los movimientos; al presente pondremos de manifiesto, siquiera sea brevemente, su significación afectiva.

Los gestos, los ademanes, las actitudes, el ritmo y entonación de la palabra, hasta la misma forma de la letra, revelan la corriente de sentimientos, de pasiones y emociones que embargan el ánimo.

No es posible estudiar, siquiera con mediano detenimiento, la variedad de expresiones afectivas en una obra elemental cual la presente; así me limitaré á señalar los fenómenos más comunes en este orden, en sus rasgos más notables. Y para facilitar y simplificar semejante estudio agruparé los hechos análogos.

Expresión del placer y del dolor.—Una diferencia marcadísima existe entre la expresión del placer y la del dolor, en todos los órdenes. Con ocasión de impresiones visuales agradables, los ojos se abren, se abrillantan y parece como que se salen de las órbitas; si se trata de impresiones olfativas, las ventanas de la nariz se dilatan, para mejor dejar paso á los buenos olores; en suma, cada sentido presenta el máximo de superficie á la acción del estímulo. En cambio, cuando las impresiones son dolorosas, los párpados se cierran, las ventanas de la nariz se repliegan; en suma, todos los sentidos tratan de

disminuir la superficie afectada por cualquier excitante.

Los sentimientos ó pasiones se expresan por varios sentidos á la vez; así, estando satisfechos, la nariz se dilata, la boca se entreabre, la mirada se aviva, etc.

Muchos sentimientos y pasiones tienen una expresión igual ó semejante, aunque por lo general más difusa, á la de ciertos placeres y dolores sensoriales. La repugnancia ó el desprecio se manifiesta por gesto igual, que un mal olor ó un mal sabor; la ofensa moral, cual el dolor causado por una luz intensa; el miedo, como el frío; etc. Mantegazza ha señalado la existencia de *sinonimias mímicas*, es decir, de expresiones comunes ó parecidas para diversos afectos. La modestia, el pudor y la humildad; el orgullo y la vanidad; el odio y la crueldad, se expresan de un modo parecido.

Algunas emociones se exteriorizan por aquella serie de movimientos que le darían satisfacción; así, la cólera, semójase á la acometida de un adversario: se cierran los puños, se rechinan y enseñan los dientes, se alarga el cuello y el cuerpo todo toma una actitud provocativa.

Los estados de exaltación y depresión.—Los estados de exaltación ó de abatimiento se manifiestan de un modo más difuso y menos fugaz. Y todas las afecciones depresivas ó excitantes participan del tono general correspondiente. La alegría nos *infla* y asemeja al hombre que disfruta de buena salud; la tristeza nos pone encogidos y alarga la cara, dándonos la apariencia de los flacos y enfer-

mizos (1); el soberbio tiene la expresión de quien domina, y el humilde, la del sometido; el orgullo es ostentoso, y la modestia, reconcentrada; el desconfiado tiene la mirada vacilante del inquieto, y el tranquilo se muestra muy sobre sí y muy sereno.

La edad, el carácter y la educación, en general, modifican la expresión de los sentimientos. La mímica del niño es intensa, expansiva y versátil; la del hombre maduro, concentrada, débil y constante. La influencia del carácter también se manifiesta: el orgulloso tiñe de orgullo, su risa, como su llanto; su caricia, como su cólera. Por otra parte, sabido es que las *maneras* difieren según la educación de las personas; que la gracia, la elegancia, la tosquedad ó la rudeza se dejan ver inmediatamente, lo mismo en el porte que en el ademán ó el gesto. En general, se observa que la educación modera la expresión, privándola de su parte bestial y ruda: una persona culta marca su desdén por una mirada ó una sonrisa irónica, mientras la inculta simula el vómito ó escupe al suelo.

Grados de expresión. — Según la mayor ó menor intensidad de los afectos, así la expresión se acentúa más ó menos, haciéndose más ó menos difusa: la cara de satisfacción, la sonrisa, la risa, la carcajada y la multitud de contorsiones que la acompañan marcan distintos matices de la alegría; el ponerse serio, el sollozo, el llanto, expresan diversos grados de tristeza.

(1) Por eso parece que los hombres sanos siempre están alegres y, en cambio, los enfermos tienen cara de tristes ó de malhumorados.

Reservas é hipocresía en la expresión.

—La hipocresía es la mentira en la acción. Una expresión puede ser falsa, bien porque se exagera, bien porque se atenúe ó bien porque se simule el afecto (1). Mantegazza observa que «se miente más fácilmente con los labios y con la palabra que con los gestos».

En toda expresión simulada hay exageración, es decir, desproporción entre la manifestación y la intensidad del afecto; mas en tales casos la piel conserva su color normal, y si se prolonga por algún tiempo la situación mentida, deja ver ciertas contradicciones. Regla general: siempre que se efectúa un cambio brusco en la expresión existe hipocresía; de la risa no se pasa con presteza al llanto, ni de las manifestaciones del amor á las del odio.

El hipócrita casi siempre exagera, porque cree insuficiente para su objeto los medios que emplea. Las fuertes emociones son silenciosas, y más se muestran por la acción que por la palabra.

Por lo contrario, cuando se deprimen las manifestaciones afectivas, se producen ciertos movimientos de otro orden — así, el colérico, al reprimirse, golpea el suelo con el pie, mueve los dedos ó respira con fuerza—, ó se deriva el impulso de la emoción por vanos discursos ó por manifestaciones de una emoción semejante; por eso, quien quiere ocultar su risa dice chistes ó pone algo en ridículo, etc.

(1) Sin incurrir por ello en falta de hipocresía, exigiendo la vida social una cierta moderación en nuestras demostraciones, obliganos á determinadas *reservas* en la expresión de nuestros dolores y alegrías, como de nuestros entusiasmos y decepciones. Sin tales comedimientos, la vida sería molesta y antiestética, cuando no imposible, con las rudezas é intemperancias de una franqueza salvaje. Así, pues, no todo fingimiento es forzosamente hipocresía.

Mantegazza observa cómo «de todos los músculos, los del tronco y miembros son los más dóciles á nuestra voluntad, los de la cara menos obedientes y los de los ojos los más independientes». Y añade: «He aquí por qué, en una expresión mentida, se hacen tantos movimientos con los brazos y piernas, tantas contracciones de los músculos faciales, mientras que el ojo resiste valientemente, ó al menos es el último que se presta á estas mentiras» (1).

La entonación y el ritmo de la palabra indican de igual manera los distintos afectos que nos dominan cuando hablamos. La voz del amor es suave; la del odio, dura; la de la tristeza, apagada y lenta; la de la alegría, bien timbrada y rápida. El tono decide muchas veces de la significación de las palabras; la ironía, la malicia, etcétera, no se expresan por el habla, sino por la entonación. Insultad con tono cariñoso, y no hay ofensa; proferid un elogio con tono duro y marcando las sílabas, y hará más daño que cualquier franca censura.

Igualmente, quien escribe deja ver en los rasgos de la pluma el espíritu que la anima. Sin estudio, por mera impresión, todos distinguimos la letra de mujer de la de varón; la de la persona culta ó inculta; la del enérgico y resuelto de la del apocado y temeroso. Con algún estudio se llega á saber que el hombre cuidadoso se revela por la disposición de los encabezamientos y de las márgenes y por una puntuación minuciosa; que la escritura ascendente pertenece á los ardientes y ambiciosos, y la descendente es propia de los tristes y desalentados; que la

(1) *La physionomie et l'expression des sentiments*, pág. 210.

dulzura se pinta en los rasgos redondeados y en los finales suaves, así como la dureza se acusa por las formas angulosas. Ciertamente que, en las obras de *grafología* abunda aún mucho la fantasía; pero de todas suertes siempre resultará como hecho fundamental é indubitable «que la pluma anotando el pensamiento registra las impresiones constantes é inmediatas del que escribe» (1).

Por eso actualmente se persiguen con ardor los estudios de *grafología*, para llegar á elucidar la relación que existe entre las distintas maneras de escribir y los diversos afectos y caracteres.

LECCIÓN 33

El carácter: su formación.—La manera propia de reobrar á las circunstancias, es decir, el temple, la energía, la constancia en la acción de cada cual, es su carácter; es cual marca ó señal que distingue á unos de otros. Claro que, suponiendo toda acción una afección y, á veces, una representación, todo carácter implica un tono emocional y una forma de pensar. Mas siendo la reacción la característica que revela cuanto somos, el carácter se toma también como la expresión la más completa de toda la persona. De otra parte, el carácter expresa la individualidad psíquica, respecto de la cual los móviles ó motivos sólo tienen un valor relativo.

Un carácter implica constancia y, á veces, re-

(1) CREPIEUX-JAMIN, *L'écriture et le caractère*, pág. 35.

sistencia y unidad. La primera condición, ó sea la persistencia en obrar siempre en un mismo sentido jamás falta, pues aun en el caso de aquellos que consideramos *sin carácter*, por carecer de regularidad en sus acciones, dicha irregularidad también es permanente. Cuando no hay constancia es que el individuo ha cambiado de carácter. La unidad ó coherencia entre las acciones la tienen algunos, mas no todos, y la resistencia á los incentivos de fuera tan sólo muy pocos la presentan. El que logra dar coherencia y resistencia á su carácter, puede considerarse como el artista de su propia vida. La sociedad estima como preciosas dichas condiciones de carácter—cualquiera que sea, por otra parte, su sentido—, pues permite fácilmente contar con tales hombres en las diversas circunstancias.

En todo carácter pueden distinguirse, bien elementos nativos—por consiguiente hereditarios—, bien elementos adventicios ó adquiridos en el transcurso de la vida. Cada individuo, al nacer, trae, juntamente con una especial estructura corporal y tendencia al desarrollo, una manera peculiar de sentir, de ordenar sus representaciones y de ejecutar los movimientos. La herencia, pues, no es sólo física, sino mental, como lo prueban evidentemente numerosos hechos de familias que, en la misma ó en diferentes generaciones, se distinguen por sus naturalistas, por sus oradores, músicos, poetas, etc.

La Biología considera como evidentes los hechos de la herencia y determina sus leyes; la Psicología moderna también llega á iguales resultados.

Pertenece al dominio común el conocimiento

de múltiples hechos que patentizan lo relativo á la herencia. ¿Cómo el hijo reproduce el tipo de escritura, el modo de andar, el gesto de su padre, del abuelo ó el tío, hasta el punto de presumir el parentesco quienes á éstos conocieron? Acaso pudiera achacarse á la educación recibida; mas ¿cómo tal supuesto, cuando la reproducción de los rasgos de los antepasados ó de los colaterales se da también en el caso de haber muerto los progenitores antes ó poco después de haber ellos nacido? (1)

La negativa opuesta á la realidad de la herencia dimana, á mi entender, del desconocimiento de los hechos y además de considerar equivocadamente á la persona, tomando por fundamental lo individual y no lo genérico. Lo más patentemente manifiesto en nosotros, primero, es el hombre; luego, el blanco; tras de éste el europeo; después, el español, y últimamente, el ser de la familia de tal. Así nos ven los otros desde fuera, objetivamente.

Por eso muestran los hechos, se hereda primero lo específico; después, lo genérico; luego, lo familiar (en sentido de los naturalistas), y por último, lo de los padres. Así vemos más ostensiblemente confirmada la herencia cuando se refiere á los caracteres y cualidades del grupo más amplio. Igual acontece respecto á la herencia, en particular, de tal cual capacidad ó aptitud; cuanto más genérica menos excepciones muestra. El coleccionador de sellos, el botánico y el zoólogo; el jugador y el aventurero..., generalmente presentan la misma disposición; nada tiene, pues, de extraño que el descendiente de un

(1) Véase, con este objeto, el libro de RIBOT *L'hérédité*.

aventurero sea un jugador; el del botánico, *filatelista...*

Biológicamente, la reproducción se refiere á la función nutritiva, y psíquicamente la herencia debe considerarse como una forma de memoria (1). Lo que se implanta en el organismo humano no se borra fácilmente; mas así como ciertos recuerdos parecen haber desaparecido para siempre, así la herencia no parece mostrarlo todo; sin embargo, recuerdos y herencia se revelan en circunstancias excepcionales, cuando se los creía desaparecidos.

Los elementos adquiridos provienen de las múltiples circunstancias del medio natural ó social en que cada cual se encuentra, y se injertan como ramas en el tronco nativo ó hereditario del carácter, para reforzar ó modificar las tendencias fundamentales.

El psicofisiólogo italiano Sergi, uno de los que más estudiaron lo referente al carácter, ha formulado una teoría acerca de la formación del mismo sumamente ingeniosa y comprensiva. Compara Sergi la formación del carácter á la constitución diluviana del planeta, y en síntesis viene á decir que, así como se superponen los estratos terrestres sobre la roca primera cristalina, así también sobre las condiciones nativas, la vida va depositando en nosotros las disposiciones creadas por las acciones realizadas en cada momento, y que si de ordinario las capas terrestres conservan su primera disposición y

(1) Mi querido amigo y profesor el Dr. Simarro, en sus lecciones de Psicología fisiológica, en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid, ha dedicado varias conferencias, en distintos cursos, á tratar este asunto. Y con abundantes datos y reflexiones ha evidenciado que la herencia debe considerarse como un caso de memoria, esto es, como una memoria de la especie.

sólo en circunstancias extraordinarias afloran á las capas superiores la materia de las inferiores, no de otra suerte aparecen en la superficie de nuestro carácter, en ciertas ocasiones, disposiciones y energías por largo tiempo sepultadas en su fondo.

De lo dicho se infiere que si el elemento adventicio del carácter tiene gran importancia para el trato social, pues en las condiciones normales y corrientes, revela lo adquirido; lo hereditario del mismo es lo fundamental para el educador y para todo aquel que ha de contar con los hombres en circunstancias difíciles.

Clasificación de los diversos tipos de carácter.—Los caracteres, pues, difieren unos de otros por la herencia ó por las circunstancias diversas en que los individuos se encontraron. Por consecuencia de tan múltiples y variados factores, los caracteres son de diversidad extraordinaria. Esto no obstante, fijándonos en sus notas más salientes, podremos considerar como tipos genéricos algunos de ellos.

Recientísimos los estudios acerca del carácter, ya varios autores formularon diversas clasificaciones. No creemos que ninguna de ellas logre perpetuarse en lo porvenir, á pesar de la valía de alguno de los investigadores. Ahora, como la clasificación hecha por Ribot fué la última propuesta—y sin duda al formularla tuvo presente el trabajo realizado por los antecesores—, á ella nos atendremos, en sus rasgos más generales y sin descender á detallar los últimos grupos que consigna.

Ribot simplifica la tarea colocando el mayor

número de caracteres en dos grandes clases: los *amorfos* y los *instables*. Los primeros, de naturaleza plástica en exceso, no acusan ninguna aptitud innata, ninguna vocación especial y, por consiguiente, son el producto de su medio, es decir, de la educación que recibieron. «No son una voz, sino un eco; el azar decide de ellos, y en todo hacen como todo el mundo.»

Los *instables*, escoria de la civilización, no ofrecen ni unidad ni permanencia; inciertos, caprichosos, «obran de la misma manera en circunstancias diferentes y diferentemente en circunstancias idénticas». Es el gran grupo de los caracteres patológicos.

Por lo que toca á los demás, reduciéndose la vida psíquica, en sus manifestaciones más generales, á sentir y obrar, los caracteres se presentan agrupados en dos grandes clases: los *sensitivos* y los *activos*. Los unos, como su denominación indica, impresionables en exceso, dominados por las sensaciones internas principalmente, son pesimistas, inquietos, temerosos, tímidos, meditativos, etc. En los otros, predomina la tendencia continuamente renovada á la acción, viven sobre todo exteriormente y son optimistas, alegres, emprendedores, audaces, etcétera.

A las dos clases antedichas se añade una tercera, la de los *apáticos*, cuyas manifestaciones más ostensibles consisten, en un estado de atonía, en un rebajamiento del sentir y del obrar por bajo del nivel medio; siendo, por tanto, perezosos, descuidados. Sin embargo, cuando tienen inteligencia adquieren gran relieve.

Tales son los géneros de carácter; veamos

ahora las especies. Entre los sensitivos se distinguen: los *humildes*, de sensibilidad excesiva, inteligencia ilimitada y energía nula, temerosos é inquietos de todo y por todo; los *contemplativos*, de gran desarrollo intelectual, de inteligencia penetrante, pero de actividad nula, indecisos como *Hamlet* ó ensimismados; y los *emocionales*, de impresionabilidad extrema, de gran sutileza intelectual y de fuerte actividad, pero intermitente. A este último grupo pertenece la mayoría de los artistas.

El grupo de los activos tiene dos géneros: el de los *activos mediocres* y el de los *grandes activos*, según el grado de inteligencia. Al primero pertenecen los *sportmans*, los deseadores de aventuras, los batalladores sin malicia, y al segundo los conquistadores y grandes estadistas.

Por último, entre los apáticos se distinguen dos clases: unos, poco educables, sin plasticidad alguna é ininteligentes; y otros, de grandes disposiciones intelectuales, dirigidas á la especulación ó á la práctica.

Individualidad y personalidad.—No se ha de confundir la individualidad con la personalidad; la primera constituye la manera propia de ser de cada cual, en cuanto deriva de las condiciones naturales; la segunda constituye la manera de ser de cada uno, en cuanto originada por hechos sociales; la una es el aspecto natural, la otra el aspecto social de todo hombre. Un individuo puede ser alto ó bajo, blanco ó negro, tener tales ó cuales instintos; la persona podrá ser culta ó inculta, tener tales ó cuales derechos, ser moral ó religiosa.

Originalidad.— Como cada hombre tiene padres diferentes, y aun teniendo los mismos, jamás se da el caso de que dos sujetos se encuentren influidos por iguales condiciones de vida, de ahí que toda persona sea singular y no haya otra idéntica á la misma. Por eso cada uno presenta en su conducta un modo propio de obrar, y por mucho que quiera copiar de otro, siempre en lo que hace resulta original. Sin embargo, sólo se dice de un hombre que es original ó tiene originalidad cuando por sus aptitudes se distingue, *desde luego*, del modo de ser de los demás. La originalidad, pues, es la expresión de una personalidad, de un carácter.

Vocación.— La inclinación especial por tal ó cual ocupación ó ejercicio constituye la vocación, esto es, aquello para lo cual uno es llamado en virtud de sus aptitudes naturales. Quien no tiene oído no puede ser músico, quien *no ve el color* no puede dedicarse á la pintura, quien carece de destreza manual no podrá seguir un oficio delicado, quien poco siente é imagina no será poeta, quien no es dado á las abstracciones superiores no será matemático ni filósofo. Así, desde la aptitud de los sentidos y la habilidad en la ejecución de los movimientos, hasta la modalidad especial para combinar las representaciones ó ser afectado por las cosas, todo contribuye á determinar la vocación.

LECCIÓN 34

Sueños y ensueños (1).—Psíquicamente, el sueño implica una ausencia ó debilitación de la conciencia. Su mayor profundidad corresponde al momento inmediato después de dormirse, pues más tarde se convierte en un sopor que persiste algunas horas hasta el despertar. La magnitud necesaria de estímulo para producir el despertar mide la profundidad del sueño.

Como causas psíquicas del sueño se ofrecen la ocupación de la atención, la fatiga, las grandes emociones y, principalmente, la carencia de impresiones exteriores. Sin embargo, la fatiga en exceso y la pertinaz atención á un orden de ideas (una preocupación) quitan el sueño. Las personas poco acostumbradas á trabajos intelectuales se duermen fácilmente al poco tiempo de emprenderlos.

La cesación del mismo se produce, bien por excitaciones corporales, internas (2) ó externas, las cuales, pasado el período profundo del sueño, tienen la intensidad suficiente para despertar; ó bien por la vivacidad del ensueño que las mismas provocan. El hábito, dentro de ciertos límites, ejerce una gran influencia en la dura-

(1) Fisiológicamente, el sueño es un proceso biológico de carácter periódico; por tanto, en íntima dependencia con el sistema nervioso. Durante el sueño se produce la restauración de las fuerzas perdidas en la vigilia, y una vez ésto efectuado, el sueño cesa espontáneamente. En el sueño, las funciones del sistema nervioso cesan casi por completo, el reposo muscular es absoluto, disminuye el calor del cuerpo, se atenúan los movimientos cardíacos y respiratorios y se aminoran las secreciones y la excitabilidad refleja.

(2) «Podemos admitir que la refección de los nervios y de los centros nerviosos, á consecuencia del sueño, es la causa de la explosión de actividad espontánea que se manifiesta al despertar.»—BAIN, *Les sens et l'intelligence*, pág. 44.

ción del sueño, pues el sistema nervioso se acostumbra á reintegrar sus fuerzas en el tiempo que se le concede. Por otra parte, excitantes habituales ó interesantes para el sujeto provocan el despertar, aunque sean poco intensos; así, á la madre la despierta la voz de su hijo, por tenue que sea; al molinero, la parada del molino, etcétera. Se cuenta de un avaro que despertó al ponerle una moneda de oro en la mano.

La voluntad puede diferir la satisfacción de la necesidad del sueño, dentro de ciertos límites; pero resulta impotente para suprimirlo indefinidamente, pues la incapacidad de las funciones mentales, el delirio y hasta la muerte son consecuencias inexorables de su privación.

El sueño da lugar siempre, ó algunas veces (1), á los ensueños, es decir, á ese estado en que nuestra conciencia aparece más ó menos alterada, inmediatamente después de comenzar el sueño ó próximo al momento de cesar; las más de las veces cuando es poco profundo.

La causa de los ensueños son las sensaciones internas ó externas, pues al dormir no permanecemos completamente aislados del exterior, y mucho menos si nuestro sueño es ligero.

Por raros y extravagantes que parezcan nuestros ensueños, siempre se deja ver en ellos nuestra individualidad, y hasta nuestra personalidad. Cuanto nos interesa en la vigilia nos interesa en tal estado, y la trama del ensueño se teje con los hilos de la vida. Las experiencias de la vida diaria, aunque metamorfoseadas, forman el contenido de nuestros ensueños. Así que, general-

(1) Aun está en discusión si soñamos siempre ó sólo alguna vez, cuando dormimos.

mente, las representaciones son ilusorias, y algunas de carácter alucinatorio, pues ninguna parte toman los sentidos en su producción. En tal estado, siendo nula la atención, falta la comprobación de la experiencia y desaparecen las incoherencias y contradicciones de nuestras representaciones: por eso quien sueña cree en la realidad de sus ensueños. Durante el sueño parece perdido el sentimiento de la personalidad, hasta el punto de sufrir el desdoblamiento de la misma, sin darnos cuenta de ello (1), y la volición alcanza su máximo, si bien el sujeto es incapaz de traducirla en actos.

Alfredo Maury emprendió una serie de experiencias con objeto de mostrar la influencia de las impresiones recibidas durante el sueño. Al efecto, dió instrucciones á una persona para que estando á su lado mientras dormía, produjérasele impresiones diversas—sin decirle nada anteriormente—y le despertara al momento. Después de haberle hecho cosquillas con una pluma en los labios y la nariz, Maury soñó que le habían aplicado un emplasto de pez en la cara y que luego se lo arrancaban rápidamente, despellejándole, etc.

De tales observaciones y otras semejantes, resulta que una posición incómoda del que duerme se asocia á un trabajo penoso ó á la ascensión á una montaña, etc.; que un ligero dolor intercostal es el puñal de un enemigo; la extensión involuntaria del pie, la caída desde una torre de gran altura; el ritmo de los movimientos respiratorios se traduce en el del vuelo ó en algo

(1) Muchas veces en sueños nos proponen problemas que *nosotros* resolvemos, ó dialogamos con otra persona, etc.

que vuela—por ejemplo, un ángel que baja del espacio—; las impresiones visuales se transforman en fogatas ó en letras escritas; los ruidos, en discursos; etc.

Las sensaciones internas originan gran número de ensueños; así, «quien tiene hambre, con pan sueña»; quien tiene sed, ve fuentes cristalinas ó contempla cómo otros sacian su sed; etc.

Mas si de las sensaciones parte el impulso para los ensueños, la reproducción del curso de representaciones constituye el resto. Los recuerdos de los días anteriores, sobre todo aquellos que nos produjeron gran impresión—como la muerte de los parientes (1), la visita inesperada de algún amigo, etc.—, son los asuntos del drama que se nos representa y en que tomamos parte. A veces también los sucesos esperados con impaciencia sirven de pasto á nuestros ensueños.

A su vez, el tono emocional ó el carácter pre-dispone al desarrollo de ensueños, en conformidad con el mismo.

Darwin menciona el hecho de un *gentleman*, sordo desde hacía treinta años, que no podía conversar sino por escrito ó mediante el lenguaje de los dedos, y pretendía que en sus ensueños jamás conversaban con él sino de esa manera y que nunca tuvo la impresión de un lenguaje hablado. Tal hecho puede probar, asimismo, la influencia de nuestras costumbres en los ensueños.

Por último, se ha observado que los ensueños, acompañados de la palabra hablada, no se recuerdan al despertar.

(1) Wundt hace notar que de aquí proviene la creencia general de que los muertos continúan durante la noche el comercio con los vivos.

Hipnotismo.—Los ensueños fueron siempre, y aun son para muchos, asunto de gran maravilla; pero todavía más extraordinario y sorprendente, hoy como ayer, lo referente al hipnotismo y al sonambulismo. Bien podemos traer á colación la observación de Spencer, respecto de otros hechos: «Así como en la ascensión de un globo nos encontramos con un fenómeno que parece por completo en desacuerdo con la ley de la gravedad, aunque en realidad está por completo en armonía con ella, lo mismo pueden producirse cambios mentales que, aun cuando parezcan opuestos directamente á la ley de sucesión psíquica, no obstante son su cumplimiento.» He aquí por qué, por muy extraordinarios que parezcan, tales hechos tienen su ley, á veces, en la misma expresión que los sucesos más triviales (1).

Bajo el nombre de hipnotismo se comprende el estado de hipnosis y todos aquellos á que da lugar la sugestión (2).

La hipnosis seméjase al sueño; pero se diferencia de él en que sólo una parte de las operaciones mentales queda en suspenso; la vuelta á la vigilia se opera rápidamente y se logra gobernar voluntariamente, por medio de la palabra, al sujeto que se encuentra en tal estado

(1) «Sueños ó hipnosis han sido frecuentemente, en parte también para los psicólogos, objetos de hipnosis místicas y fantásticas. Se hablaba de una actividad psíquica mayor en los ensueños, de efectos psíquicos á distancia en los ensueños y en la hipnosis. Especialmente en este respecto, el hipnotismo, aun en tiempos recientes, se ha empleado para sostener representaciones espiritistas supersticiosas... En realidad, todo lo que en estos fenómenos resiste á una prueba exacta, puede sin dificultad explicarse psicológica y fisiológicamente; pero lo que no puede explicarse de tal modo se demostrará siempre, mediante un examen más íntimo, que es ó autoilusión supersticiosa ó engaño propuesto.»—WUNDT, *Compendio de Psicología*, pág. 388.

(2) Fundándose en que los fenómenos que caracterizan el estado de hipnosis pueden obtenerse en algunas personas que duermen con sueño natural, la Escuela de Nancy sostiene que la hipnosis no es una neurosis, sino un estado fisiológico.

con mayor facilidad que en el sueño ordinario.

Además, con ocasión de la hipnosis, gran parte de las representaciones de la vigilia pierden su eficacia; el individuo, aun cuando obra como si estuviera despierto, carece de la atención y reflexión habitual y, en consecuencia, los reflejos aparecen exagerados y los movimientos efectuados seméjense á los instintivos. Como ni la sensibilidad exterior ni la ejecución de los movimientos queda anulada, algunos han descrito el hipnotismo como un sonambulismo provocado.

Durante la hipnosis, el sujeto imita automáticamente los movimientos que ve realizar al hipnotizador ó ejecuta las órdenes de éste. El hipnotizado, lo mismo que el sonámbulo, olvida lo sucedido hasta que cae de nuevo en tal estado.

Se ha pensado que no todas las personas eran susceptibles de ser hipnotizadas; mas no es así. Lo que ocurre es que hay personas (las histéricas) que se reducen más fácilmente á semejante estado. Igualmente se creyó que para provocar la hipnosis eran necesarias excitaciones sensoriales, una atención sostenida, una impresión enérgica, etc.; mas lo cierto es, que nada se logra por tales medios si no se asocian á la idea dada al sujeto, ó presumida por él mismo, de que debe dormir. Si Braid podía dormir á varios sujetos por la fijeza de la mirada en un objeto brillante, téngase en cuenta que la fatiga de los párpados y la posición del globo ocular, algo dirigido hacia arriba, sugiere la idea del sueño. Lo indudable es que, la idea de que va á pasar algo extraordinario, la creencia en la aparición de tal es-

tado, la presencia de otros hipnotizados ó la repetición de la hipnosis por el sujeto predisponen á la misma.

Después de lo indicado, llega el momento de decir que la hipnosis, considerada en un principio como fenómeno fundamental, ha pasado á ser un hecho secundario, y aun de escasa importancia. En cambio, *la sugestión* (1) se tiene hoy por primordial, toda vez que la hipnosis, como todos los demás fenómenos concomitantes, derivan de ella. Por otra parte, ciertos hechos que antes parecían únicamente ligados á la hipnosis, se provocan al presente en estado de vigilia, y hasta cabe que el sujeto se sugestione á sí mismo.

Actualmente, pues, se distinguen las siguientes formas de sugestión:

1.^a La *autosugestión*, en que el individuo neutraliza ó exagera en sí mismo ciertas impresiones ó movimientos, como acontece en toda la labor interna de la autoeducación.

2.^a La *sugestión en estado de vigilia*—en que tampoco juega ningún papel la hipnosis—, tal los casos de ilimitada confianza inspirados por ciertas personas, el prestigio de los superiores, la ceguera de las pasiones, etc.

3.^a La *sugestión hipnótica* ó producida en estado de hipnosis. Algunos distinguen en esta forma dos variantes: la llamada *intra-hipnótica* y la *post-hipnótica*. En la primera, la sugestión se refiere á los actos que han de realizarse en estado de hipnosis, y en la segunda, á los que

(1) Según Wundt (*Compendio de Psicología*), la sugestión consiste en la comunicación de una representación rica de sentimiento que ordinariamente se hace por persona extraña, en forma de mandato (sugestión externa), y á veces por el mismo hipnotizado (autosugestión.)

han de cumplirse pasado un cierto plazo y cuando cese la hipnosis (1).

Lo propio de la sugestión consiste en que el individuo en tal caso ni siente, ni piensa, ni hace nada sino lo que le ordena ó sugiere el operador. La sensibilidad puede ser exagerada ó abolida hasta el punto de no sufrir el dolor de las operaciones quirúrgicas. El sugestionado jamás puede hacer cuanto cree no puede hacer ó cuanto se le dice no puede hacer; por eso hace esfuerzos violentos para levantar un brazo ó una pierna que se le ha dicho no puede mover.

A lo que parece, la explicación de tales hechos radica en la atención del sujeto mismo ó en la captación de su atención por otros, según los casos.

Sonambulismo.— El sonambulismo es un estado análogo al de hipnosis producido á consecuencia de causas físicas; por ejemplo, una lesión cualquiera ó una enfermedad cerebral. El sonámbulo, como indica su nombre, es un sér que sueña y anda (2). Lo característico de semejante estado consiste en ser obsesionado por el ensueño, de tal manera, que todas las impresiones del medio exterior que no guardan relación con el mismo son como si no fueran y, en cambio, todas las impresiones relacionadas con su ensueño adquieren gran relieve. De aquí las anomalías observadas en el modo de conducirse los sonámbulos: la anestesia de unos sentidos y la hiperestesia de otros, la penetración de tenues

(1) En el momento en que se realiza la sugestión post-hipnótica parece que el individuo se encuentra en un estado psicológico especial de hipnosis derivada.

(2) Generalmente, los movimientos, se limitan á hablar durante el ensueño.

impresiones y la imposibilidad de ser afectado por otras mayores.

El sonámbulo puede ver y no oír; puede oír y no ver; puede no ver los objetos próximos, y, en cambio, ver los objetos lejanos; puede no oír ciertos ruidos ó sonidos fuertes y claros, y, sin embargo, oír otros imperceptibles para los demás. Asimismo, puede tener conciencia de cuanto le rodea, como si estuviera despierto, ó no saber nada de cuanto pasa en torno suyo, cual si estuviera sumido en profundo sueño. Además, el sonámbulo, merced á una hiperestesia visual, puede ver en la oscuridad, cual los gatos y las aves nocturnas. Hechos de tal naturaleza hizo pensar á muchos en la posibilidad de que los sonámbulos poseyeran otros medios de percepción diferente de los sentidos, cuando no hay nada de eso.

Sin duda la oclusión de los sentidos para todo cuanto no se acomoda con su ensueño, unido á la hiperestesia quinestética, que les asemeja á los ciegos, son causa de que el sonámbulo pueda marchar tan rectamente y sin cuidado alguno por los parajes peligrosos en que se aventura á caminar. Como observa Maudsley: «La manera de hacer una cosa difícil, pero practicable, no es entrever vagamente las dificultades, sino ver con precisión los medios de logro; entonces la fuerza no se distrae por consideraciones extrañas».

Como ya hemos dicho en otra ocasión, el sonámbulo se acuerda en un ataque de cuanto le pasó en otro, aunque en la vigilia nada recuerde. Sólo alguna vez suele recordar confusamente su ensueño, cuando sufre algún accidente en sus excursiones.

Caracteres principales de las perturbaciones mentales.—En varias ocasiones nos hemos ocupado de ciertos procesos psíquicos anormales. Ahora bien; los hechos estudiados implican necesariamente perturbaciones mentales, y los diversos tipos y formas que los alienistas señalan no son sino combinaciones distintas de tales fenómenos patológicos (1).

Ya se vió anteriormente cómo de las afecciones deriva el impulso para la atención ó la acción exterior, y cómo ellas también encadenan el curso de las representaciones. Por consiguiente, habrá de considerarse á las afecciones como la raíz de que nace toda perturbación mental. En efecto; las perturbaciones en la ceñestesia, en el tono emocional ó en las sensaciones internas ó externas marcan el comienzo de toda alienación. Como consecuencia de la alteración afectiva, se producen las alucinaciones é ilusiones y se modifica el curso de las representaciones, bien haciéndole incoherente, bien conduciéndole á la obsesión. Por otra parte, la abulia, en sus múltiples formas, como la impulsividad, en sus varias manifestaciones, notoriamente derivan de alteraciones afectivas.

Ahora una observación para combatir un error muy extendido: el trabajo intelectual no

(1) Á fin de que el lector tenga alguna orientación en estas cuestiones consigno la clasificación de las perturbaciones mentales de Mr. Regis, al presente la más comunmente aceptada.

Mr. Regis distingue fundamentalmente la **PSICOSIS** ó alteraciones mentales, de las **PSICOPATIAS** ó enfermedades relativas á la evolución mental.

De las primeras hace dos grupos: las *generalizadas* (mania, melancolía, manía-melancolía ó locura de doble forma y confusión mental) y las *esenciales* ó delirios.

De las segundas, después de apartar las *referentes á la evolución psíquica* ó demencia, de las *relativas á la evolución* ó degeneración, diferencia estas últimas, según sus grados: en *desequilibrados*, *degenerados* medios ó propiamente dichos y *degenerados inferiores* ó monstruosidades (imbéciles, idiotas y cretinos).

vuelve loco á nadie. Cuando se trabaja en exceso, la fatiga bienhechora avisa primero. que no debe continuarse, y de no escucharla, resueltamente pone límite á la labor. Lo que enloquece no es el trabajo, sino la ansiedad, la inquietud, la rivalidad y el torrente de emociones y pasiones que algunos ponen en su obra.

LECCIÓN 35

La evolución mental.—La mente del hombre sufre, con la edad y la cultura, sucesivas transformaciones. Si en lo físico crece y se desarrolla, en lo mental ó psíquico le sucede lo propio. El crecimiento no va sin el desarrollo, aunque uno difiera del otro. El crecer supone tan sólo aumento de materiales; el desarrollo implica la creciente complejidad en estructura. Por ambos modos evoluciona nuestra mentalidad.

La mente crece cuando aumenta el número de sus representaciones, de sus afecciones ó de sus actos elementales; la mente se desarrolla cuanto más complicadas resultan las combinaciones ó asociaciones de las representaciones, de las afecciones ó de las acciones, originando construcciones cada vez más ricas y variadas.

Ahora, para darnos cuenta más fácilmente de la evolución de los fenómenos psíquicos, como hasta el presente los consideramos en sus especiales aspectos representativo, afectivo y activo,

fijaremos la atención en el modo como en cada uno de ellos se cumple dicha evolución (1).

Evolución del proceso representativo.—

Todos los sentidos, primordialmente, no son sino uno: el quinestético-táctil. Correspondientemente, las primeras representaciones que formamos son de una sola clase: la de cambios operados en el mundo exterior. La diferenciación de los sentidos se acusa por la diferenciación en el orden de las representaciones. A su vez, en cada grupo de representaciones de los distintos sentidos se notan diversos grados de desarrollo: la luz y la oscuridad, primero; la sucesiva representación de los distintos colores y matices, después, y mucho más tarde las representaciones complejísimas de la distancia, posición y relieve de los cuerpos en cuanto á la vista. Los ruidos y sonidos diferentes distinguidos igualmente poco á poco, y sólo posteriormente la percepción de su distancia, dirección, tocante al oído. Y así en cada orden.

Respecto á la asociación de representaciones, aparecen primero las formas simultáneas y luego las sucesivas, y entre estas últimas prodúcese primero las externas y luego las internas. Las asociaciones independientes ó imaginativas se dan antes que las dependientes ó intelectuales, pasando las primeras desde las creaciones más sencillas hasta los productos máximos del ingenio humano, y dando lugar las segundas á las ideas, juicios y raciocinios, de abstracción y generalidad creciente. Tanto unas como otras

(1) Creo inútil observar que los procesos de evolución que se indican son esquemáticos y *simplistas*, y en modo alguno reflejan su realidad.

se consolidan luego en formas estables mediante la reiteración.

Evolución del proceso afectivo. — Par y paso al desenvolvimiento representativo, se desarrolla lo afectivo, de lo menos distinto á lo más distinto, de lo más elemental á lo más complejo. Sentir *indistintamente* un cambio interno ó externo; ser afectado después *diferentemente*, ya por los cambios internos, ya por los externos; impresionarse luego *diferentemente* por cada una de las mutaciones internas ó de los sentidos externos, en cada uno de sus matices y tonalidades; tal la gradación por que pasan nuestras afecciones. Y una vez diferenciadas, hasta ese punto, cada una de las impresiones, combínanse entre sí, en variadas formas, para constituir los sentimientos y emociones, las cuales, al cabo, por la repetición, se convierten en pasiones.

Evolución de la actividad. — De los primeros é incoherentes movimientos que responden al tumulto de las necesidades se destacan con más ó menos fijeza las tendencias ó inclinaciones elementales, ciegas primero, guiadas por la representación luego. De los actos espontáneos se originan los provocados; de la actividad interna deriva la externa, realizándose cada vez más el dominio de los órganos corporales; de la asociación coherente de las inclinaciones resultan los complicados actos volitivos, y de la pertinaz reiteración de uno ó varios actos voluntarios se forman los hábitos, los instintos y actos reflejos, que legados á otras generaciones

les sirven de cimiento para elevar más gallardas obras.

Por tanto, si la mente en todos sus aspectos, si en un sentido diferencia sus procesos, en otro los coordina haciéndolos más complicados, bien que de cuando en cuando reduzca ésta su complejidad, mediante el proceso reductor del hábito, ya en la esfera del pensamiento, ya de la acción.

El medio natural, el medio social y el espíritu.—Todo cuanto somos depende de lo nativo ó heredado, ó de cuanto suscita en nosotros las circunstancias naturales ó sociales por que pasamos. Fundamentalmente, hay una individualidad, una aptitud singular de ser afectados por lo exterior, que al par nos conmueve é informa para reobrar en consecuencia. Las formas de pensar, el tono emocional, el carácter, muéstranse como notas singulares de cada uno, las cuales coloran de diversa suerte lo recibido del mundo exterior. La individualidad, da la variedad y el medio natural y social, la uniformidad. Por eso la persona aparece como la síntesis de lo común y de lo diferente, y así, ni la más selecta ni la más abyecta individualidad se sustrae á lo humano y social, ni personalidad alguna se halla privada de condiciones de originalidad.

La influencia del medio natural en el espíritu es doble: una directa y otra indirecta. Cada uno de los agentes naturales, en su diversidad ilimitada, luz, color, sonido, etc., van modelando nuestro espíritu, de la misma suerte que el artífice la estatua. Un país sumamente variado por los accidentes del terreno, por el número de sus

vegetales ó animales, forzosamente ha de ejercer distinta influencia en el hombre que una planicie estéril y desierta. La variedad del medio es como una *escuela natural*, en que se enriquece más ó menos la mente, con multiplicidad de representaciones, con pluralidad de afectos y con variedad de prácticas. El terreno uniforme da la uniformidad de ideas, de sentimientos y de ejercicios. ¡Mas cuánto no difiere el habitante de la montaña y el de la planicie, el que mora en tierras del interior ó en la costa! ¡Y qué influencia no tiene el cielo azul y el sol espléndido de los países meridionales, ó el cielo gris, escaso de luz, de los pueblos del Norte!

De igual manera el medio natural ejerce también una acción indirecta al contribuir á tal ó cual género de vida. Unas veces, la escasa fertilidad del suelo fuerza á ruda labor; otras, su feracidad hace posible la ociosidad; las montañas sirven de obstáculo á la extensión de la convivencia social, y ríos y mares son vías naturales de comunicación entre los hombres.

Pero aun mayor influjo ejercen las condiciones sociales. La acción social, ya de un modo difuso é involuntario, ya en una forma definida é intencional, hace del individuo una persona, esto es, un gestor y colaborador en la obra colectiva (1). El lenguaje, en cuanto producto so-

(1) «Ningún hombre está aislado, ninguna de las épocas que conocemos se da por sí sola; en todo presente vive el pasado, y lo que el individuo llama su personalidad es, en el sentido riguroso de la palabra, un tejido de pensamientos y de sensaciones, de las cuales la mayor parte no son sino la repetición de lo que la sociedad, en medio de lo cual vive, posee como bien espiritual común. La masa entera de las representaciones viene de fuera, precisamente como la lengua materna.

»Y no sólo la suma de vida espiritual, en cuanto consiste en el *pensar*, es un bien originariamente común, si que también la *voluntad* del hombre que se dirige según los pensamientos, las resoluciones que tomamos en cuanto tenemos presente lo que los otros quieren, muestran claramente que nuestra existencia espiritual es originariamente de naturaleza *social*. Nuestra vida privada es solamente distinta de la

cial, sustituye al nativo y espontáneo; por la imitación de los ejemplos se asimila el nuevo ser las prácticas y costumbres establecidas; por la simpatía desenvuelve el mayor número de los sentimientos, y por obra de las leyes adquiere las primeras ideas de lo justo y de lo injusto. La sociedad es un ambiente tan necesario al hombre como el aire que respira, y sin él, no sólo su vida orgánica, sino su vida mental, sería imposible; buena prueba de ello el sentimiento melancólico y triste de la soledad, despertado por ese vacío y como amenguamiento de la propia existencia; buena prueba de ello el agotamiento del espíritu solitario; buena prueba de ello el dolor cruento que se siente ante todo apartamiento ó exclusión de la vida social. Son las primeras impresiones ideas y prácticas que recibimos las de la familia y las de nuestros compañeros y convecinos; luego, las de nuestros maestros y la de nuestro pueblo. Así se cumple la obra educadora, en diversas esferas, por la eficacia del espíritu colectivo, en que el nuestro se nutre y á que presta vida.

Ahora bien; no sólo obra en nosotros el presente social, sino también el pasado, y por eso el influjo de la sociedad en el hombre aumenta con el progreso general de la civilización; progreso determinado por el ideal y asentado en la tradición secular de los que fueron, que no sólo vive en derredor nuestro, sino que toma carne

vida universal, en la cual encuentra y encontrará siempre su origen, sus medios auxiliares, sus condiciones, sus reglas... Mas es claro que todo el tejido de la existencia social, no sólo consta de los hilos que hilan los individuos, sino que debe ser compuesto en aquella *misma forma* en que los individuos coligan sus pensamientos, sus sentimientos y sus resoluciones; puesto que es preparado por los individuos, y fuera de sus espíritus y de sus ánimos no hay nada semejante.—
HERBART.

en nosotros mismos y vive en nuestras inclinaciones é instintos, como en nuestras concepciones y afectos.

De aquí también que el hombre, determinado, en un principio, por las circunstancias del medio natural de un modo inexorable, al acrecentar su poder, y con la cooperación de sus semejantes, no sólo se sustrae á las fatalidades del medio, sino que domina de día en día las circunstancias adversas ó promueve aquellas que le son de beneficio. De este modo el hombre, esclavo, al principio, de la Naturaleza, deviene libre por obra de la sociedad.

Y de la propia suerte aprende en la convivencia social á dominar su naturaleza bestial, á transformarse en ciudadano del mundo, á colaborar en la obra común, reconociéndose solidario, así para el bien como para el mal, y libre bajo la idea de la justicia.

“POST SCRIPTUM,,

Mis propósitos, manifestados en la advertencia preliminar, como habrá visto el lector, sufrieron gran alteración.

La teoría de la conciencia ha sido renovada y completada; el carácter unitario de la imaginación, la inteligencia y la memoria quedó avalorado mediante la sumaria exposición de la teoría de la iteración; los fenómenos intelectuales, en especial lo relativo á los juicios y raciocinios, fueron puestos en luz de un modo personal, cambiando el punto de mira lógico acostumbrado, por el verdaderamente psicológico que aquí les corresponde, y también, aunque muy brevemente, se habla por primera vez de imaginación afectiva.

Esto, unido á complementos y ordenaciones nuevas de la materia, hacen que esta edición se diferencie grandemente de las anteriores, mucho más de lo que creyera podía distinguirla cuando escribí el susodicho preliminar.

ERRATAS

<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
17	15	lai dgestión.	la digestión.
32	22	una.	alguna.
97	7	»	LECCIÓN 14.
187	4	se ofrecen.	no se ofrecen.

ÍNDICE

PRELIMINAR.—Pág. 3.

INTRODUCCIÓN. — Origen de las ciencias en general. — Conocimiento vulgar y conocimiento científico.—Saber propio y saber ajeno.—Ciencia y Arte.—Ciencia es previsión y poder.—Pág. 5.

LECCIÓN 1.^a—De la Psicología.—El hombre: cuerpo y alma. — Fenómenos psicológicos y fisiológicos. — Observación interna y observación externa.—La experimentación en Psicología. — Concepto preliminar de la Psicología científica.—Pág. 15.

LECCIÓN 2.^a—Ampliación del concepto de la Psicología.—Psicología antropológica y animal. — Psicología de los sexos. — Psicología de las edades. — Psicología individual y social. — —Psicología comparada. — Psicogenia. — Psicología fisiológica. — Psicofísica.—Pág. 25.

LECCIÓN 3.^a—La conciencia y la Psicología.—Conciencia marginal y focal.—Clasificación de los fenómenos psíquicos.—El fenómeno psíquico complejo ó real.—Pág. 33.

LECCIÓN 4.^a—Sensación, percepción y representación. — Sensaciones internas y externas. — Sensaciones generales y especiales. — Condiciones de la percepción.—Pág. 41.

LECCIÓN 5.^a—Percepciones táctiles.—Experiencias de Weber. — Sentido térmico.—Percepciones quinés-

téticas.—Sentido del equilibrio ó de la orientación.—
Pág. 47.

LECCIÓN 6.^a — Percepciones visuales: luz y color
forma de los cuerpos. — Percepción de la distancia,
magnitud y posición de los cuerpos.—Percepción de
la profundidad ó del relieve.—Pág. 53.

LECCIÓN 7.^a -Percepciones auditivas, sonido y rui-
do.—Distancia y dirección del sonido.—Percepciones
gustativas.—Percepciones olfativas.—Pág. 59.

d LECCIÓN 8.^a — Asociación de representaciones: sus
leyes. — Formas simultáneas y sucesivas. — Síntesis
intensiva y síntesis extensiva. — Asimilación de re-
presentaciones.—Combinación de representaciones.—
Pág. 64.

l LECCIÓN 9.^a — Asociación de representaciones suce-
sivas. — Asociaciones externas. — Asociaciones inter-
nas.—La asociación de representaciones y el lengua-
je. — Ley general de la asociación de representacio-
nes.—Pág. 68.

LECCIÓN 10. — Las llamadas ilusiones de los senti-
dos. — Alucinaciones. — La imaginación, la intelligen-
cia y la memoria.—Pág. 75.

LECCIÓN 11. — La imaginación: sus diversos proce-
sos. — El ideal. — La invención y el genio. — Tipos de
imaginación.—Pág. 82.

LECCIÓN 12. — La inteligencia. — Las ideas, los jui-
cios y los raciocinios. — Condiciones del desarrollo in-
tellectual.—Formas de talento.—Pág. 87.

LECCIÓN 13.—Ideas concretas é ideas abstractas.—
Grados de abstracción. — Abstracción é imagina-
ción. — Ideas particulares y generales.—Proceso psi-
cológico de la abstracción y de la generalización. —
Pág. 92.

LECCIÓN 14. — Los juicios: sus formas y grados. — Los ratiocinios. — Inferencia. — Ratiocinio analógico. — Inducción y deducción. — Pág. 97.

LECCIÓN 15. — La memoria. — Recuerdo y olvido. — Reminiscencia y reconocimiento. — La inspiración. — Tipos de memoria. — Condiciones del desarrollo de la memoria. — Pág. 105.

LECCIÓN 16. — Perturbaciones de la memoria. — Amnesias. — Hipermnesia. — Paramnesia ó falsa memoria. — Leyes de desarrollo y de regresión de la memoria. — Pág. 112.

LECCIÓN 17. — Fenómenos afectivos: sus diferentes formas. — Placer y dolor: sus efectos. — Placeres y dolores anormales. — Anestesia é hiperestesia. — Página 117.

LECCIÓN 18. — Aspecto afectivo de las sensaciones externas. — Sensaciones internas: su clasificación. — Sensaciones internas tactilo-térmicas. — Sensaciones orgánicas. — Sensaciones funcionales. — Cenestesia. — Página 122.

LECCIÓN 19. — Sentimientos: sus formas principales. — Emociones y pasiones. — Afecciones distintas y de diverso grado. — Memoria y amnesia afectiva. — Imaginación afectiva. — Pág. 129.

LECCIÓN 20. — Diversidad de sentimientos: su clasificación. — Sentimientos personales: estudio de los principales. — Pág. 136.

LECCIÓN 21. — Sentimientos sociales. — Simpatía y antipatía. — Afecciones de familia, patriotismo, amistad, etc. — Pág. 140.

LECCIÓN 22. — Sentimientos superiores. — Sentimientos lógicos. — Sentimientos estéticos. — Sentimientos morales. — Sentimiento religioso. — Pág. 146.

LECCIÓN 23.—Las emociones: su génesis: sus diversas formas.—Las pasiones: sus formas.—Tono emocional.—Pág. 153.

x LECCIÓN 24.—Leyes del placer y del dolor.—Ley de las cualidades.—Ley de las intensidades.—Ley de asociación de los sentimientos.—Ley de alternancia ó de contraste.—Pág. 158.

x LECCIÓN 25.—Leyes del placer y del dolor (continuación).—Leyes del cambio.—Ley de sumación.—Ley de minoración ó de adaptación.—Los sentimientos y el tono afectivo de la conciencia.—Pág. 164.

LECCIÓN 26.—La actividad en general.—Movimientos espontáneos y provocados.—Actividad interna y actividad externa.—Inclinaciones.—Actos reflejos.—Instintos.—Pág. 169.

d LECCIÓN 27.—La atención: sus formas y modos.—Grados de atención.—Leyes de la atención.—Página 175.

d LECCIÓN 28.—Actividad voluntaria.—Momentos del acto voluntario.—Motivo, móvil y fin.—Imitación é iniciativa.—Desarrollo de la voluntad.—Página 182.

d LECCIÓN 29.—El hábito: sus formas.—Efectos del hábito.—Grados del hábito.—Leyes del mismo.—Página 189.

d LECCIÓN 30.—Perturbaciones de la voluntad.—Abulia.—Impulsividad.—Capricho.—Rutina.—Página 194.

LECCIÓN 31.—El lenguaje en general.—El signo: sus formas.—Lenguaje de gestos.—Lenguaje oral.—Gráfica ó escritura.—El lenguaje y el pensamiento.—Pág. 199.

LECCIÓN 32.—Movimientos expresivos.—Expresión del placer y del dolor.—Los estados de exaltación y depresión.—Grados en la expresión.—Reservas é hipocresía en la expresión.—Pág. 208.

LECCIÓN 33.—El carácter: su formación.—Clasificación de los diversos tipos de carácter.—Individualidad y personalidad.—Originalidad.—Vocación.—Página 213.

LECCIÓN 34.—Sueño y ensueños.—Hipnotismo.—Sonambulismo.—Caracteres principales de las perturbaciones mentales.—Pág. 221.

LECCIÓN 35.—La evolución mental.—Evolución del proceso representativo.—Evolución del proceso afectivo.—Evolución de la actividad.—El medio natural el medio social y el espíritu.—Pág. 231.

«POST SCRIPTUM».—Pág. 238.

ERRATAS.—Pág. 238.

ÍNDICE.—Pág. 239.



